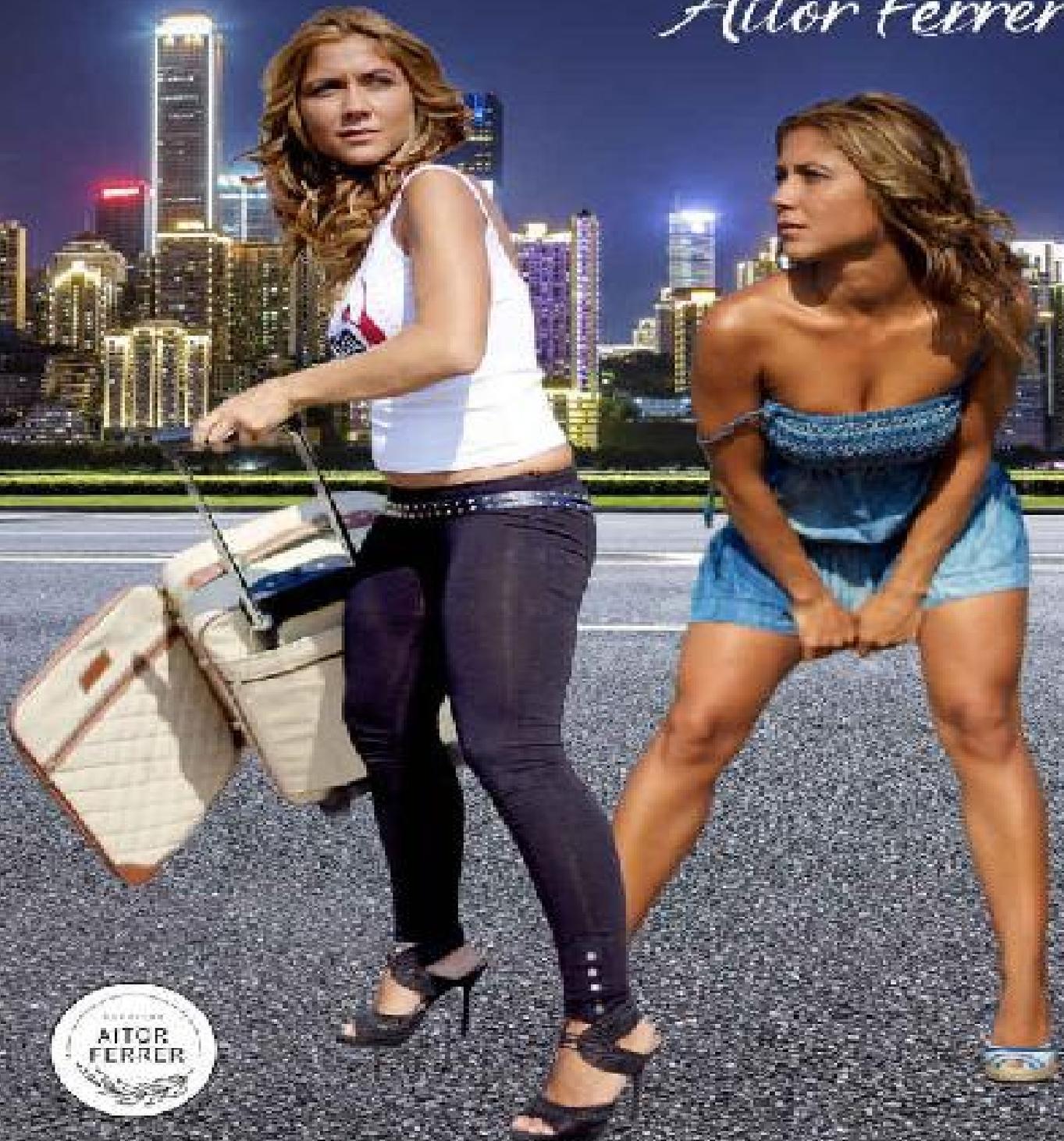


Dos de amor, por favor

Aitor Ferrer



**Dos de amor,
por favor**

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

Dos de amor, por favor.
©Aitor Ferrer
Primera edición. Octubre 2020.
© Imagen portada: Adobe Stock.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Capítulo 1

Exultante, así me sentía en aquella maravillosa jornada de verano en la que por fin se iba a cumplir mi sueño. Y es que no todos los días tenía una el placer de conocer a su hermana y encima ¡gemela!

Sí, sí, como os lo cuento. A Cecilia y a mí nos separaron al nacer, un error que había tardado nada más y nada menos que veinticinco añitos en resolverse...

“Un error”, dicho así cualquiera puede pensar que a mi madre le faltara un tornillo y que una de las niñas se le hubiera caído sin darse cuenta. Pero no... A la pobre la durmieron en el momento de dar a luz (nunca supo a santo de qué) y después los médicos le explicaron que una de sus dos hijas se había ido al cielo.

Mucho no se equivocaron, pues lo cierto es que se marchó lejos de narices, concretamente a Miami... Ahí era nada.

Toda mi corta vida me la pasé con la cantinela de que mi hermana no había sobrevivido al parto y que yo tenía que ser fuerte por las dos, ya que había tenido la dicha de quedarme en este mundo mientras que ella se marchaba al otro.

Poniendo las cosas en su sitio, ahora sabía que la dicha era la suya y que quien de verdad había vivido era ella, que para eso se había criado en un ambiente privilegiado y yo en uno bastante modesto, aunque a mucha honra.

Todo ocurrió por una casualidad del destino. ¿Cuántas posibilidades había de que aquello ocurriera? Pues francamente, casi inexistentes. Mi prima Lucía acababa de ganar una beca para estudiar Periodismo en Miami y, al segundo día de estar allí, se dio de frente, según ella, ¡conmigo!

—Prima, ¿estoy soñando? ¿Cómo es posible? Te juro que me voy a pellizcar, eres la última persona que esperaba ver aquí. ¿Esto es una broma de un programa de televisión que viene buscando catetas por el mundo como nosotras o qué? —Me abrazó o más bien creyó abrazarme.

—*Who are you? I don't know you.* —Fue toda la respuesta que obtuvo.

—Mira que serás cachonda y luego dices que no tienes buen oído para los idiomas, mal rayo te parta... Menos mal, si cualquiera diría que te has criado aquí, mira la tía...

El desplante que recibió a continuación, cuando a su juicio “me” giré sobre mis talones y la dejé con viento fresco allí, hizo que mi Lucía, que podría ganar perfectamente un premio a la universitaria más burra del año, “me” cogiera por la coleta y “yo” chillara como si me estuvieran cociendo en una olla.

Claro que ni era a mí a quien había cogido por la coleta ni yo quien había chillado...

Cuando Lucía terminó por cerciorarse, después de que aquí se formara una gresca de espanto, de que aquella no era su prima, entró en shock al punto de que terminó con una pastillita debajo de la lengua en la enfermería del campus.

Una vez repuesta y pensando que todo aquello había sido fruto de su imaginación (contempló la posibilidad de que alguien hubiera colocado alucinógenos en su desayuno) me llamó por teléfono y me contó lo ocurrido.

—Lorena, por mis mulas que eras tú, que yo seré un poco descerebrada, pero que loca no estoy. Eras tú...

—“Eras tú quien me dio más abrazos en los malos momentos...” —le canté por Merche mofándome de ella.

—Eso, tú canta, canta, pero te digo yo que aquí ha habido un *poltergeist* o algo, tú te has teletransportado por un agujero de esos del espacio y después te has vuelto para Málaga tan campante.

—Sí, sí, que buena es mi madre para que no esté yo de vuelta a la hora del almuerzo, capaz es de echarme el plato por la cabeza.

—Muy graciosa, tú tómatelo a cachondeo, pero que te digo que te he visto y es que te he visto...

—Que sí, pesada, que era yo, que quería gastarte una broma y, como me sobra el dinerito, he dicho “ahora mismo me voy a darle una sorpresita a mi Lucía que la voy a dejar con las patas echa trancas”, va a alucinar...

—¿No me crees? Pues te digo yo que un día te vas a tener que comer tus palabras, te lo digo...

—¿Me estás vacilando, prima? ¿A qué clase de birras le dais ahí? Por Dios que deben tener una graduación que le salga a una por las orejas, no he escuchado una cosa igual en mi vida...

—Yo solo te digo que tú no me creas, pero que “arrieritos somos y en el camino nos encontraremos”, te lo advierto.

Lucía colgó el teléfono y yo me quedé llorando de la risa. Mi madre, que andaba por la casa canturreando el “Marinero de luces” de Isabel Pantoja, se contagió de mi risa, sin saber de qué leche estábamos hablando.

—Lorena, hija, qué arte tienes en esa cara, ¿se puede saber qué es eso tan gracioso que te ha dicho tu prima? Porque hacía tiempo que no te veía reír así...

—Mamá, pues nada, que jura y perjura que me ha visto en la universidad, en Miami y, como no es pesadita, cualquiera la baja del burro. Que dice que me ha visto y que me ha visto, que no hay más...

Grabado tengo en la memoria esa milésima de segundo que transcurrió entre que yo nombrara Miami y que a mi madre se le cortara el punto... y hasta casi la respiración.

—¿En Miami has dicho? Lorena, ¿en Miami?

—En Miami, mamá, sí... ¿Es que no vocalizo? Que me vas a hacer coger complejo.

—Es que en Miami...

—Mamá, ¿qué pasa allí? No me asustes, que te has quedado blanca, parece que te has lavado la cara con lejía Neutrex.

—Es que en Miami vivía tu padre, hija.

Aquella sí que era una novedad. Desde que tenía uso de razón estaba servidora preguntándole a su madre por la identidad de su padre, sin lograr que jamás saliera de sus labios una palabra.

Yo siempre supuse que mi padre tenía que haber sido una pieza de cuidado para que mi madre no quisiera ni mentarlo y no debía andar muy desencaminada.

—¿Mi padre era de Miami? Mamá yo creo que ha llegado el momento de que me cuentes muchas cosas, ¿no te parece?

—Lo mismo sí, hija, yo sé que me he dejado ir una mijilla en esto, pero supongo que tienes todo el derecho del mundo a saber.

—Pues digo yo que sí, venga mamá, suéltalo, que me estoy poniendo de los nervios.

Y eso que yo no sabía lo que venía, pero me iba a enterar en breve. Aunque la que se enteró de verdad fue mi madre.

—Hija, tú sabes que yo otra falta tendré, pero a trabajadora no hay quien me gane.

—Lo sé, lo sé, mamá.

—Pues cuando tenía dieciocho añitos entré al servicio de una familia de Miami que se había trasladado aquí a Málaga por trabajo. Yo daba saltos de alegría porque era mi primer empleo, y porque todavía no los conocía, que ya luego salté menos. Bueno, sí que salté en más de una ocasión, pero para tirarme de los pelos del moño de la guasa que tenían.

—Unos señoritingos de cuidado, ¿no?

—No lo sabes tú bien. Allí el único que se salvaba (o eso creía yo en ese momento) era el hijo, Ronald, que tenía cara de ángel...

—¿Y rabo de demonio? —le pregunté haciendo una graciosa mueca y mi madre me indicó que como siguiera por ahí iba a tener que tomar sopa con pajita a partir de entonces, pues me iba a saltar todas las muelas.

—Perdón, perdón —carraspeé.

Mi madre se removía en su asiento y se notaba que el relato la estaba importunando al máximo, por lo que la dejé seguir antes de que perdiera el hilo.

—Ronald era bueno y amable conmigo. Nos llevábamos siete años, pues él tenía justo tu edad actual y yo veía en él una tabla de salvación cada vez que sus padres me chillaban, que lo hacían siempre y en todo lugar. Bastaba que vieran una mota de polvo para que ya estuvieran blasfemando los muy estúpidos.

—Qué gloria, mamá —suspiré.

—Sí, hija, pero en esos momentos solía salir en mi defensa Ronald, que parecía un alma cándida, por lo que se fue colando en mi corazón.

“Y en otros sitios...” pensé yo sin atreverme a musitar palabra, que bastante esfuerzo estaba haciendo ya la mujer al echar toda esa mierda fuera.

—Lo entiendo, mami.

—Cariño, una no es de piedra, y a mí el chico me gustaba más que los espetos de sardina, así que un día, en el que él se había plantado delante de sus padres para cantarles las cuarenta por haberme ofendido, una cosa llevó a la otra y yo terminé en su cama.

—¿Y ahí empezó una bonita historia de amor, mami?

—Por eso hubiera puesto yo la mano en el fuego, pero se ve que era la única tonta que lo sentía así, eso o que después le dieron la vuelta como a un calcetín.

—Sigue, mami, desahógate.

—Un par de meses después yo estaba que me iba por la patilla y me compré un Predictor, rezando porque no se tiñera de rosa en mi cuarto de baño, como cantaría Sergio Dalma.

—Mamá, pues anda que he sido yo una niña deseada...

—Hija de mi vida y de mis entrañas, que yo te he querido luego con todo mi ser, pero que entonces era una chiquilla y temblaba como una hoja solo de pensar en una barriga.

—Ya lo sé, mami, si no hay otra como tú, qué te voy a contar, si yo te adoro.

—Y yo a ti, mi niña, que para eso nos quedamos solas en el mundo cuando me enteré de que te esperaba.

—¿Ronald no te apoyó, mami?

—Ese desgraciado se ve que consideró que ya me había apoyado bastante, pero con “ll” y no con “y”.

—Ay, mami, qué penita me da.

—Sí hija, y lo peor es que a mí solo me quedaba mi hermana Matilde, que mis padres ya habían fallecido y, para colmo, en nada me dijeron que eran dos y no una las criaturas que estaba

esperando, que ahí ya me vine abajo del todo. Mi hermana tampoco estaba para tirar cohetes y la suerte parecía habernos dado la espalda.

—Pero tú eras una campeona, mami, que yo lo sé.

—Sí, hija, que las mujeres de nuestra familia valemos mucho, que tu difunta abuela era también una jabata, pero que el miedo no había quien me lo quitara. Hasta que un día me armé de valor y me dije que mis chicas vendrían con un pan debajo del brazo y que allí se habían acabado los remilgos.

—Así se habla mami...

—Y luego llegó el día de dar a luz. Yo lo único que sé, mi niña, es que allí hubo algo muy raro. Que vale que tu padre y tus abuelos no quisieran verme ni en pintura, pero que en ese parto hubo como una mano negra desde que puse el pie en el hospital.

—¿Qué dices, mami? No me vayas a decir que...

—Que sí, hija, que a mí me durmieron sin tener por qué hacerlo, que ese parto venía muy bien. Y lo peor del todo no es eso, sino que yo siempre he jurado que allí vi a la bruja de tu abuela cogiendo a una de mis hijas, pero luego la razón me decía que tenía que haberlo soñado, que mi pequeña no había sobrevivido, como me dijeron.

—Mami, ¿entonces tú sospechas que esos desalmados se pudieron llevar a mi hermana?

—Sí, cariño, esos hijos de mala madre nunca pudieron darle un hermano a Ronald, según él me contó y además se habían quedado con las ganas de tener una niña. Y ahora me doy cuenta de que igual el destino se lo puso en bandeja y lo que les dio fue una nieta. Verás, en realidad, dos, pero...

—Pero ¿qué, mami?

—Pues que debieron pensar que así se quedaban con parte de la sangre de su sangre y mataban dos pájaros de un tiro; a mí, que era la pobretona que no querían para su hijo, me dejaban la otra y la boca callada. ¿Cómo he podido estar tan ciega todos estos años?

—Mami, ¿y cómo lograron llevarse a la niña? No lo entiendo...

—Poderoso caballero es don dinero, hija, ¿o es que todavía no lo sabes?

Capítulo 2

Después de tener aquella primera conversación con mi madre, llamé a mi prima Lucía.

—Lucy, escucha con las orejas, porque lo que te voy a decir es de vital importancia... Tienes que localizar a la chica que has confundido conmigo.

—Y dale, que no la he confundido, que vale que igual ha sido una ida total de pinza, pero que eras tú, Lorena.

—No, yo no era, pero igual sí mi hermana gemela.

—¿¿¿Tu hermana gemela??? Pero si ella falleció en el parto. Prima, ahora eres tú la que parece ida, no me asustes.

—Ni ida ni leches, parece ser que mi hermana puede estar viva, y yo creo que tú la has encontrado.

—Yo no gano para sustos. Mira que venía feliz e ilusionada a estudiar a Miami, pero para mí que de aquí salgo con las patas por delante.

—No seas exagerada que, si no me ha dado a mí un jamacuco al enterarme de la noticia, no te da a ti.

—Claro, como no eres tú la que se ha encontrado con esa aparición, a mí todavía me tiemblan las piernas. Si es que era una calcamonia tuya, prima...

—Normal, si es mi gemela, ¿a ver qué querías?

—Pero ¿cómo va a ser tu gemela? A mí me vais a volver loca...

—Es que es una larga historia que ya te contaré. Tú de momento límitate a obtener toda la información que puedas de esa chica.

—Eso será si la vuelvo a ver, que en el campus este hay más gente que en el comedor de Harry Potter, a ver si tú te has creído que esto es como el colegio de nuestro barrio.

—Pues nada, tú abre bien los ojos, haz un esfuerquito.

—Muy graciosa, ¿y si te mando a la mierda?

Ya le había tocado la fibra sensible. Yo a mi prima siempre le decía que ella tenía que ser descendiente de Juanito Valderrama porque tenía los ojos rasgados como los chinos y que parecía que estaba siempre conspirando. Así que decirle que los abriera bien era todo un vacile por mi parte.

Una semana transcurrió hasta que se volvió a encontrar a esa chica. Para entonces mi prima ya estaba al tanto de todo y sabía que, el día que se volviera a cruzar con ella, debería seguirla.

—Acabo de verla. —Me telefoneó.

—Pues tienes que seguir el plan, ¿sabes si se aloja en el campus o se vuelve a casa?

—Ni idea, pero no te preocupes que en cuanto acabe de hablar contigo me acerco y le paso un cuestionario.

—Mira, no sería mala idea.

—Si ves que se marcha, la sigues con un taxi.

—Ole, me encanta la idea, no reparemos en gastos, ¿será por dinero? —La ironía era uno de sus fuertes.

—Ya te enviaré yo algo, no te preocupes.

—Sí, mándame un bocadillo de mortadela con aceitunas, no te fastidia...

Mi prima y yo hablábamos el mismo idioma. Su madre, Matilde, y mi madre, habían hecho lo imposible por sacarnos a las dos adelante y para ello las escaleras que limpiaron fueron incontables.

Ella era tres años menor que yo y estaba en el último curso de su brillante carrera, por lo que conseguir aquella beca había supuesto para ella el primer gran logro de su vida.

En mi caso, yo no servía para los estudios y bastante hice con terminar a regañadientes el Bachillerato y conseguir luego un puesto de trabajo en la sección de maquillajes de El Corte Inglés que me colmó de felicidad.

Yo, entre coloretes, barras de labios y paletas de sombras de ojos, me sentía como pez en el agua, por lo que no tenía mayores aspiraciones. Además, aunque mi trabajo no es que estuviera especialmente bien remunerado, me servía para llevar unas perrillas a casa con las que alivié la carga de trabajo de mi madre. Y todavía me quedaba un dinerillo para mis gastos, que una es coqueta de nacimiento e ir como un pincel forma parte de su *modus vivendi*.

Precisamente en esos emblemáticos almacenes fue donde conocí dos años atrás a Martín, el hijo de mi jefe. Fue un día en el que él vino a hablar con su padre y a la que dejó sin habla fue a mí.

Martín tenía planta de galán de cine hasta el punto de que yo lo comparé desde el primer momento con un Mario Casas de la vida... Un Mario Casas que, para mi regocijo, se fijó en mí del mismo modo que yo en él. Y justo ahora llevábamos dos añitos viviendo una historia romántica que yo deseaba que se prolongara de por vida.

Sin embargo, y pese a que para mí era un príncipe azul, mi madre y yo habíamos discutido más de una vez a consecuencia de su carácter, quizás demasiado apaciguado para la vida.

—Hija mía, que yo no digo que tu novio no sea guapo, que se parece al muñeco ese Ken, pero que tú también eres una Barbie y además muy trabajadora. Y a él lo veo currar menos que a los Reyes Magos, que lo hacen una vez en el año y además es de mentira.

—Mamá, mira que tienes mala lengua cuando quieres, que vale que Martín no tiene todavía del todo definido su futuro laboral, pero que le falta un tris para acabar la carrera de Arquitectura y seguro que después se lo rifan...

—Sí, hija, se lo rifan para mandarlo a la gran puñeta, ¿cuánto tiene pensado seguir estirando el cuento? Que no se sabe si eso es una carrera o un chicle, qué hartura.

—Mamá, lo único que pasa es que Martín es un niño bien y, como la vida no le ha metido prisa, pues él se la toma con un poco más de tranquilidad...

—¿Con un poco más de tranquilidad? Por Dios, si se mueve menos que una tortuga con muletas, si en vez de sangre parece que tiene horchata en las venas, hija mía...

—Mamá, no hables así de Martín, hazme el favor, que me siento fatal...

—Pero hija, si yo no quiero hacerte daño, lo único es que no me apetece que se aprovechen de ti.

—¿Qué dices, mami? Pues anda que tengo yo un sueldo como para mantener a nadie... En nada, Martín estará trabajando y ya podremos pensar en comprarnos el piso.

Esa era mi ilusión y en ello creía firmemente. Ciertamente que Martín no se había tomado la carrera demasiado a pecho, pues aún estaba en ello a sus veintiocho años, pero yo sabía que pronto tendría el título en la mano y que todo cambiaría.

Un poco sí tenía que reconocer que mi novio era de dormirse en los laureles, pero yo lo achacaba a que su padre, Servando, le había puesto la vida en bandeja de plata, y claro... a nadie le amarga un dulce.

Ese era para mí el único defectillo de mi chico, por el que yo suspiraba y con el que tenía un proyecto de vida que incluía casa diseñada por él mismo, tres niños y un perro. Todo un sueño que haríamos realidad en breve.

Mientras ese momento llegaba, yo disfrutaba con él de todo nuestro tiempo libre, haciendo uno y mil planes. Dado que a Martín nunca le faltaba dinero en la cartera, no parábamos quietos y yo también aportaba todo lo que me era posible, por lo que el techo no se nos caía encima.

Cada vez que yo lograba librar un fin de semana, nos íbamos de hotelito rural o del plan romántico que se terciara, que para eso estábamos conociendo en profundidad las mieles del amor.

Además, otra de las características que más me gustaban de Martín era su increíble sentido del humor que, unido al mío, formaban un cóctel Molotov de constantes risas que nos alegraban la vida. Y para qué decir cuando en ocasiones se nos unía mi prima, entonces ya era la madre de todos los disloques, el acabose, el disparate total...

Hablando de Martín, se me ha ido el santo al cielo y me he desviado bastante del día en el que Lucía se volvió a encontrar con mi hermana. Pues bien, resultó que finalmente sí tuvo que seguirla a casa porque ella no se alojaba en el campus.

—Y no veas que casa, prima, es como la de los niños esos de “Élite”. —Mi prima y yo nos habíamos enganchado tela a la serie de Netflix.

—Sí, sí, y nosotras somos la parte pobre de la serie...

—Claro, claro, mira, yo soy la becaria.

—Sí, sí, tú eres como Rebeca, que es el personaje que te pega.

—¿Qué dices? Te maten a palos, yo no soy una choni de manual como esa, cría prima para esto...

—No, tú eres como Carla, no te fastidia.

—Joder, como la marquesita tampoco, pero un terminito medio, guapa.

—Sí que es verdad, me he pasado tres pueblos —me disculpé.

—Sí, sí, ahora intenta arreglarlo, que te ha quedado precioso, pero como me necesitas...

—Sí, sí, que te necesito, tienes que averiguar quién es su padre y, por ende, el mío. Porque ¿tú sigues pensando que es mi hermana? ¿La ves igualita?

—No, mujer, lo del otro día era una careta, ahora se parece más a Oprah Winfrey.

—Pues ya puedes sacar la vena esa periodística que llevas dentro y a asegurarte del asunto dando con el paradero del tal Ronald, que contenta me tiene...

—Sí, sí, tú pide por esa boquita, no te cortes...

Dos días más tarde, mi prima había hecho las pesquisas suficientes como para enviarme al móvil una foto de hija y padre... Una foto que me impresionó hasta la saciedad cuando llegó a mis manos.

—Mami, tengo algo que enseñarte —le dije cuando llegó a casa con las bolsas de la compra.

—Hija mía, si es otro de esos vídeos de tu novio pasándoselo genial con sus amigos como si tuvieran quince años, me lo puedes ahorrar, que lo veo un poco friki.

—No es nada de eso, mamá. Es algo que tienes que ver, pero siéntate.

—¡¡Ay, hija!! Que lo veo venir.

—Tranquila, por favor...

Asentí con la cabeza y mi madre se sentó. Nunca la había visto tan afligida como cuando contempló esa foto. Aunque ella era todo un ejemplo de lucha y superación, su corazoncito estaba más que tocado aquellos días.

—Lorena, cariño, tienes que ir a buscarla. Yo no sé si voy a tener fuerzas de encararla sin saber cómo va a reaccionar, pero tú tienes muy pocos años y mucho empuje y seguro que la convences de que tiene que venir a verme.

—Te lo prometo, mami, te lo prometo. Y a su padre, ¿qué quieres que le diga?

—A ese desalmado dile solo que voy a luchar por recuperar lo que me ha robado y que tenga presente desde ya que la vida le va a hacer pagar por todo lo que ha hecho.

—Pero mamá, hay una cosa que no entiendo. Si él era tan bueno contigo, ¿qué pudo pasar para que se diera la vuelta como un calcetín? A mí se me va a ir la chorla con todo esto.

—Hija, supongo que me dio coba como a un chino. Visto como actuó, ese solo quería llevarme al catre y “una vez metido, nada de lo prometido”, ya sabes cómo funciona esto.

—Yo solo sé que no sé nada, como Sócrates, mamá.

—Ay, mi niña, qué culta es, si es que no has estudiado porque no te ha dado la gana, que tú, donde pones el ojo, pones la bala.

—Sí, sí, mamá, espero que no sea un balazo el que me arreen en Miami.

Capítulo 3

—Ojalá pudieras venir conmigo —le dije a Martín un día antes de mi partida.

—Preciosa mía, sabes que nada me haría más ilusión que compartir contigo un momento tan especial, pero es que coincide con el de mis exámenes finales y, si no los hago, mi padre me capa.

—Por supuesto, amor, no se me ha pasado ni por la cabeza esa posibilidad. Tú tienes que estar a lo que tienes que estar y no hay más.

—Menos mal que tengo la novia más comprensiva del mundo y lo entiendes, porque si no, me pondrías en un gran aprieto, nena.

—Ni en broma, tú a lo tuyo y yo a lo mío, que seguro que te traigo a tu cuñada de vuelta.

—Bueno, bueno, qué ilusión, la familia crece —repuso.

—Oye, no te me emociones tampoco demasiado, que a ver si al final me vas a dejar por mi hermana —le advertí.

—¿Tú eres boba? Ni por todo el oro del mundo te dejaría yo.

Choqué los cinco con mi chico porque bien sabía él que esa era la frase que yo quería escuchar y me dispuse a ir a casa con mi madre.

—Lorena, hija, quiero que le lleves esto a tu hermana. —Me dio una preciosa cajita con un chupete grabado en la tapadera.

—¿Qué es eso, mami? Mira que yo soy muy sensible, no me vayas a hacer llorar.

—Son los patucos que tejí para ella mientras estaba embarazada. A los tuyos buen uso que le di, pero los de ella se quedaron intactos, como si en el fondo de mi corazón yo pensara que algún día se los iba a poder regalar.

—Ay, mami, qué bonito, mira que te gusta hacerme llorar, ya estoy como una Magdalena. Eso sí, que te conozco y eres muy pesada, no te vayas a creer que mi hermana se va a poder poner los patucos, que como tenga los pinreles igual que yo...

—Como los tenga como tú, calzará también unos esquiés, que yo no sé cómo puedes andar con eso. —Señaló a mis pies, que sí que eran grandes, claro está que mi madre también era exagerada por naturaleza.

—¿Qué carácter tendrá? —le pregunté cogiéndole la mano.

—Pues mira, hija, dicen que basta que una tenga dos hijas para que sean completamente distintas, pero yo creo que la esencia de tu hermana debe ser buena y noble como la tuya.

—Mami, ¿y si miramos si todavía hay posibilidad de que te vengas y vivimos esta aventura juntas?

—No me pongas en el palo, hija, esto me está sobrepasando. Haz eso por mí, tráemela tú a casa. Además, sabes que me dan pavor los aviones y hasta Miami me ibas a tener que dar o tres puñetazos para dejarme frita.

Nada, que me tocaba afrontar aquello conmigo misma y punto redondo. En principio, iba a aprovechar una semana que había acumulado de vacaciones. A mi suegro, Servando, le pareció una idea estupenda y me apoyó a tope. Como era mi jefe, no tuve ningún problema para que me concediera los días en esa fecha.

No pude pegar un ojo en toda la noche, suerte que Martín me acompañó al aeropuerto.

—Amor mío, en cuanto llegues, me confirmas que estás bien. Ya estoy deseando que vuelvas

—me dijo a modo de despedida y yo pensé que no podía ser más lindo.

—Te voy a echar mucho, pero que mucho de menos. Ten cuidadito que en esta fecha hay mucha pelandrusca suelta en Málaga y no quiero pensar en tener que desmoñar a una a mi vuelta.

—Puedes ir tranquila y lo sabes. Yo solo tengo ojos para ti, mi vida.

Y yo solo los tenía para aquel muñeco de ojos celestes que me despidió con un beso tórrido. Pensar que mi madre no lo tragaba era algo que me apenaba, ¿cómo podía ser si era imposible que fuera más lindo?

Con sus ojos grabados a fuego en mi mente, me subí en aquel avión al lado de aquel señor mayor tan dicharachero y divertido.

—¿Tú a qué vas a Miami, hija? —me preguntó después de santiguarse cuarenta veces y mientras el avión despegaba.

—Yo, a buscar a una hermana que no conozco, ¿y usted?

—Qué emocionante, hija. Pues yo voy a buscar a una novia que todavía tampoco conozco.

—Anda, qué gracia. ¿Y ha contactado con ella por Internet?

Pensé en una de aquellas páginas de contacto que ofrecían la posibilidad de encontrar pareja a personas de todas las edades.

—Qué va, si yo todavía no he contactado con nadie.

—¿Y entonces? —Me intrigaba saber de su historia.

—Entonces voy a tirar la caña, que estoy seguro de que de allí me vengo con novia.

Eso era seguridad en uno mismo y lo demás eran tonterías. No se podía tener más arte. Ojalá que mi madre hubiera pensado lo mismo, pues había tenido la vida sentimental de una almeja... Pero ella todavía era jovencísima y yo tenía la ilusión de que un día apareciera ese hombre que conquistara su corazón.

Incluso en alguna ocasión había bromeado con Martín al respecto, pues su madre había fallecido cuando él tenía quince años y su padre tampoco había rehecho su vida.

—Mira que si al final tú y yo lo tenemos que dejar porque seamos hermanos. —Me gustaba picarle así.

—Sí, hombre, en eso estaba yo pensando. Ellos a la suya y nosotras a la nuestra.

Pero claro, aunque Servando no es que fuera mal hombre, pelín elitista sí que era, y yo no podía evitar pensar que a veces nos mirara a mi madre y a mí con cierto aire de superioridad. Cosas de la vida, pues bien orgullosa que estaba yo de quien me trajo al mundo...

El vuelo se me hizo más que eterno, aunque me ayudó a mitigarlo una pequeña sorpresa que Martín me instaló en la tablet antes de salir. Fue abrirla y ver el acceso directo.

Se trataba de un vídeo que había grabado en conjunción con todos nuestros amigos. A decir verdad, los que yo ahora llamaba nuestros amigos eran en realidad los suyos de toda la vida, pero en mi caso soy bastante sociable y me adapté a la perfección a ellos.

Los mejores amigos de mi Martín eran Jaime y Toni, médico y enfermero respectivamente. Mientras que Jaime era muy serio y formal, Toni era un torbellino que tenía revolucionado a medio hospital.

Me hizo gracia pensar que, de vuelta a Málaga, mi hermana acabara con Toni y así los cuatro pudiéramos salir en plan parejitas, solo de imaginarlo se me saltaban las lágrimas de la emoción.

En el mismo grupo estaban Carmen, que era un amor de niña; Julia, que ni fu ni fa; y Rosa, que de flor delicada no tenía más que el nombre porque esa estaba hecha de la piel del diablo.

Resulta que la tal Rosa estaba enamorada de toda la vida de Martín, por lo que mi llegada al grupo no le cayó especialmente bien.

—Es una muerte de hambre y una trepa —le escuché decir a la semana de parar con la pandilla.

—Y tú una niña de papá, engreída y consentida que se muere de celos porque yo me he llevado el gato al agua.

—Ten cuidado, que torres más altas han caído y tú no le llegas a Martín ni a la suela del zapato...

Ese fue nuestro comienzo bélico. Con el paso de los meses, fue llegando algo de calma, aunque entre Rosa y yo únicamente había una especie de tregua que podía desembocar en un nuevo conflicto en cualquier momento.

Suerte que siempre estaba Carmencita quitando hierro a todos los asuntos porque aquella arpía no daba puntada sin hilo y, aunque normalmente no tenía ovarios de buscar un enfrentamiento abierto, tampoco perdía oportunidad de lanzar un buen pildorazo a cada momento.

Si por algo resultaba positiva tan enrarecida situación era porque Martín no tenía ojos más que para una servidora, cosa que hacía que a Rosa se la llevaran los demonios. A ver si había suerte y un día se la llevaban de verdad, y la soltaban donde Cristo perdió la boina.

Eso es lo que solía decirme mi amiga Nazaret, que esa sí que se había criado conmigo y que no soportaba el ambientito que rodeaba a Martín.

—Ni por todo el oro del mundo me juntaba yo con esa gente, Lore —me comentaba cuando yo le contaba cómo se las gastaban.

—Mujer, tampoco es para tanto, solo es cuestión de hacer un poco de tripas corazón. Y cuando una está enamorada, eso es más fácil.

—Pues a mí me iba a salir el enamoramiento por las orejas, porque en esa chupipandi —como ella solía llamarla para mofarse—, tienen todos más cuentos que Calleja. Dios me libre a mí de tener que juntarme con ellos.

—Pues el día de mi boda no vas a tener más remedio que aguantarlos —le decía yo.

—Pero una vez y se la llevó el gato, que a mí no me coges tú en otra así ni de coña.

En cierto modo me daba de penita que Nazaret no se llevara con nuestros amigos, porque ella había sido mi hermana postiza desde que nos conocimos el día de nuestra Primera Comuni3n.

Y no puede decirse precisamente que empezáramos con buen pie. Ella salía de la iglesia con su grupo cuando yo entraba. Despistada como soy, no me di cuenta y pisé la falda de gasa de su vestido, rasgándole la falda. Con un cabreo de mil demonios, Nazaret me dio un tir3n de la manga de farol del mío y la descosió. Y no me sacó el brazo de milagro...

—Me las pagarás —le dije y me fui hacia ella con la intenci3n de darle una buena tunda. Claro está que ella tampoco era manca y las dos nos fuimos bien servidas a leches.

Mi madre tuvo que ir corriendo a por hilo y aguja para coserme la manga. Y la madre de otra de mis compañeras echó mano del maquillaje para taparme el moret3n del ojo, pues Nazaret sabía bien donde apuntaba y me lo dejó a la virulé.

Para colmo, cuando fui a sonreír para las fotos, comprobé con horror que en medio de la zapatista me había arrancado de cuajo un colmillo de leche que todavía me quedaba y vine a salir como el famoso “Peíto” que hizo famoso El Loco de la Colina, todo un numerito.

Sin embargo, y a pesar de que me deslució un día tan especial para mí, la muy zopenca estaba llamada a convertirse en mi mejor amiga. Resulta que, un rato después de que se armara la marimонера, coincidimos en el mismo restaurante y al final de la tarde ya nos habíamos hecho inseparables.

A la hora de pasar al instituto, elegimos el mismo, por lo que nos convertimos en cómplices de

vida, además de amigas, y compartimos primeros amores y confidencias.

Nazaret había sido una de las personas que más me animó a ir en busca de mi hermana, de quien todavía no conocíamos ni el nombre, aunque la nostalgia asomó a su rostro cuando me dijo que no me fuera a olvidar de ella ahora que tendría una hermana de verdad.

Yo, como no podía ser de otra manera, le dije que ni muerta, que a partir de ese momento pasaba a tener oficialmente dos hermanas; la gemela y la postiza, pues así era como lo sentía.

Su sonrisa se fusionó con la mía. De haber podido, Nazaret también habría sido una candidata ideal para acompañarme en aquella intensa búsqueda, pero ya bastante hacía con atender su trabajo en la guardería y a su padre, que se había alcoholizado después de que su madre lo dejara por otro y no le dijera a ninguno de los dos ni que por ahí se pudrieran.

El asunto, que como veis soy toda una especialista en irme por los cerros de Úbeda, es que disfruté de lo lindo en ese vídeo, pues bien se notaba que mi chico se había dejado la piel para que todos los demás se implicaran y me dieran mucho ánimo en un viaje que a mí se me antojaba como uno de los más importantes de mi vida. Y es que, innegablemente, así iba a ser.

Uno a uno, me fueron deseando toda la suerte del mundo, incluida Rosa, con la salvedad de que su hipócrita sonrisa me hacía pensar que lo mismo tuvieron que apuntarle con una pistola para que cediera. Con esa idea en la chorla, di una cabezadita en la que llegué hasta a soñar. Y lo hice con un reencuentro con mi hermana que me dejó el mejor sabor de boca.

Como yo suponía, ella primera se mostraba incrédula cuando me vio ante su persona, como si de una broma fuera, una especie de espejo que le haría albergar no pocas dudas sobre si aquello era posible. No obstante, en cuestión de segundos, me abrazó y me dijo que ella y yo no volveríamos a separarnos jamás.

Con ese agradable sueño pensé al despertar que igual se me había caído hasta la babilla. No es que tuviera evidencia de ello, pero corrí a comprobarlo al abrir los ojos. Falsa alarma. El señor mayor me miró con ganas de continuar la conversación. En definitiva, teníamos para rato...

Recé para que el reloj se apresurara, pero no. El cúmulo de emociones que sentía se iba transformando lentamente en un nudo en mi garganta que, de seguir así, llegaría a ocuparla por completo.

Era como si la cercanía a Miami me causara un extraño efecto físico, casi paralizante, aunque yo sabía que cuando el avión aterrizara, no me faltarían redaños para terminar aquello por lo que había volado hasta el quinto pino; encontrar a mi hermana y convencerla de que debía volver con su madre, de quien nunca debieron separarla.

Capítulo 4

Bajé del avión y respiré profundamente. Ya estaba en aquella tierra soñada...

Era curioso, pues de pequeña siempre me imaginaba veraneando en Miami, como una ricachona al uso. Quién me iba a decir entonces el verdadero propósito que me llevaría allí.

Pensé en Martin y en lo mucho que me hubiera gustado que me acompañase. Era un amor, vaya vídeo que me había dedicado, pues después de la de todos nuestros amigos y como colofón, su intervención duraba varios minutos deseándome lo mejor y recordándome aquello que me decía siempre; lo orgulloso que se sentía de mí.

Pensando, pensando, no vi a mi prima, aunque ella sí que me vio a mí.

—¡¡¡Lore!!! ¿Se puede estar más empanada? Que estoy aquí, niña...

—¡¡Lucy!! —Le di un fortísimo abrazo, pues ella era otro de los grandes pilares de mi vida.

—Te presento a George, un amigo y compañero —me dijo señalando al chico que la había llevado hasta allí en su coche, según me explicó a continuación.

—¿Un amigo? —le dije por los bajinis, pensando en que ojalá se lo hubiera ligado porque un portento así era lo que le deseaba yo a mi prima.

—Un amigo solo, pelmaza —me contestó y entendí que no escondía nada. Lástima...

George me dio dos besos y me regaló una sonrisa tan amplia que pensé que un buzón de correos se quedaba corto a su lado.

—Gracias por traer a mi prima, George. Reconozco que toda la ayuda es poca en este caso —le comenté en mi inglés, que no era tan bueno como el de ella, a mi entender.

—Mírala, y luego dice que no se apaña con los idiomas, hija de mi vida, si en nuestra familia valemos para todo...

Teníamos todo el día por delante, aunque el agarrotamiento que yo sentía en las piernas amenazaba con hacernos compañía durante el mismo. Mientras los saludaba, comencé a moverlas, no me fuera a dar a mí un trombo o algo, gesto que a mi prima no se le pasó por alto.

—Lore, ¿tienes el baile de San Vito? Mira que me pones muy nerviosa cuando haces esas cosas, anda...

—¿Qué hago yo? No empieces con tus manías, Lucy, que mira que vengo *atacaíta* perdía...

George nos miró porque entre nosotras estábamos hablando en castellano, como haciendo un esfuerzo por intentar comprendernos.

—¿*Atacaíta*? —reprodujo con un acento tan gracioso que provocó en mí una carcajada.

—Sí, *atacaíta*, como en las sevillanas que canta Martirio. — Y, sin vacilar, mi prima y yo tomamos posiciones y nos marcamos allí mismo la primera con una gracia y salero que no se pudo aguantar.

Sin más, George también se lanzó al ruedo y, antes de que quisiéramos darnos cuenta, ya éramos un trío, de baile, claro. Cuidadito, que dicho así ha podido sonar muy frívolo y una era mucho más convencional que todo eso, máxime cuando estaba enamoradita perdida, como era el caso.

—Te cuento, prima. Hemos estado mirando lo que me dijiste del alojamiento, pero aquí estamos en temporada alta y te va a costar un pico por muy esmirriada que sea la habitación que pilles, te lo advierto.

—Pues anda que me lo pintas bonito, como me sobra presupuesto por todas partes... Solo el billete me ha dejado temblando.

—Ya me lo imagino, y yo tengo un presupuesto como para financiarte. Ahora, eso sí, no temas, que soy una superdotada y ya he buscado la solución.

—¿La solución? Más bien querrás decir un puente bajo el que pueda quedarme, ¿no?

—Que no, tonta, te vas a quedar en casa de George, que este es hijo de unos millonetas, igual que tu hermana. Y, encima, sus padres están de viaje, no te vas ni a sentir violenta.

Que no me iba a sentir violenta, decía...

—Pero, prima, ¿qué dices? A ti te han lavado el cerebro o algo aquí, no asuntos.

—¿Por qué? ¿Cuál es el problema? El chaval se ha ofrecido y a mí me ha parecido una idea magnífica para que te ahorres unas perras. No hay quien te entienda.

—No, no, no hay quien me entienda...

George nos miraba y nos decía que hablábamos demasiado rápido, haciendo gestitos con las manos para que pausáramos el ritmo. No estaba equivocado ni nada, con lo que nos gustaba a nosotras meter el turbo a la hora de hablar...

Él solo cogía palabras sueltas y estaba deseando meter baza, por lo que yo intuía.

—Chiquillo, a mí no me digas que me calme, que yo vengo con más nervios que Cervantes en un parque eólico, hazme el favor, hombre ya...

El chaval, aunque no le cogía el hilo del todo a la conversación, se reía con mis aspavientos.

—Es que está estudiando castellano, pero todavía acento de Triana no es que tenga la criatura.

—Mi prima le hizo un gesto cariñoso en la cara, ya que se veía que era un amor.

—Ya, ya, pero que yo no le voy a servir de profesora particular, mujer, que yo no me puedo quedar en su casa.

—¿No? —Me miró él con carita de cordero degollado. Eso lo había entendido a la perfección.

—No, hombre, no, que yo tengo novio, *boyfriend*, ¿tú me comprendes?

El chaval asintió y mi prima no tardó en volver al ataque.

—Te ha entendido él y todo el aeropuerto, hija mía, qué vozarrón tienes...

—Pues es de familia, no te vayas a creer que tú eres la discreción personificada.

—No, pero al menos no soy una antigua como tú. Acepta su invitación, que el chaval no te va a comer, a no ser que tú quieras, claro...

Mi mirada incendiaria debió convencerla porque en ese momento se calló. Martín tampoco es que fuera santo de la devoción de mi prima y eso era algo que se notaba.

—Lucy, bueno está lo bueno, vamos a tener la fiesta en paz. Yo no puedo hacerle eso a Martín.

—Pero ¿me puedes explicar a qué te estás refiriendo exactamente? Que yo no te estoy diciendo que tengas un *affaire* con el muchacho, pero que te dejes ayudar.... Jo, con lo contenta que estaba yo con la solución que te había buscado.

—Cariño, si yo te lo agradezco de corazón, pero es que...

—Ya veo que me lo agradeces, sí, poquito más y me sacas los ojos. —Gesticuló como dando a entender que yo daba miedo a veces.

Suspiré pensando que me vendría de perlas poder aceptar la oferta de aquellos dos y la miradita implorante de George tampoco es que ayudara mucho en ese sentido.

—Es que yo no creo que a Martín no le gustara ni una pizca, prima. Y lo entiendo, ¿eh? Que no te creas que a mí me haría ninguna gracia que él fuera por ahí alojándose en casa de alguna amiga de sus primos.

—Ya, lo que pasa es que hay una ligera diferencia entre tú y él, porque tu novio tiene la cartera

abarrotada de billetes y tú, en cambio, vas a terminar pidiendo un crédito para sufragar tu estancia aquí como no te andes lista.

Eso era verdad. En casa no estábamos sobrados y la jodida artritis que estaba azotando últimamente las manos de mi madre amenazaba con que su trabajo fuera cada vez a menos.

—Ya, prima, pero entonces, ¿qué hago?

—Pues yo lo tengo muy claro. Alójate en casa de George y no le des muchas explicaciones a Martín, no seas tonta.

—¿Y eso no es mentirle? —Puse los brazos en jarra.

—Eso es ocultarle una mijilla la verdad.

—Pero me va a preguntar abiertamente, nosotros nos lo contamos todo.

George seguía observando la conversación de tal modo que solo le faltaba comer palomitas.

—Pues entonces recurras a una mentirijilla piadosa y le dices que te alojas con una amiga mía.

—Convierto a George en Georgina y asunto concluido, ¿no?

—Eso es, me llena de orgullo y satisfacción ver que vas avanzando —parafraseó al rey emérito.

—Ay, prima, qué lío... —suspiré.

—El del monte Pío, pero que aquí no nos vamos a quedar todo el día. Coge la maleta y...

—“*Coge tu pañuelo y póntelo, vamos a la playa, calienta el sol...*” —le canté y las dos retrocedimos por un momento a nuestra infancia, cuando nuestras madres nos cantaban así camino de la playita de nuestra Málaga natal.

—Ole el arte, prima...

—Venga, pues no se diga más, para vosotros la perra gorda. George, espabila, que me voy contigo para tu casa, *your home*, ¿me entiendes?

—Pero quieres de dejar de tratarlo ya como si fuera retrasado, me lo vas a traumatizar —se quejó Lucy.

Pese a ello, muy traumatizado no es que lo viera yo al chico, la verdad, más bien lo vi pletórico.

Llegamos a su coche o, mejor dicho, a su cochazo deportivo y descapotable, y yo me quedé con la boca abierta.

—Para mi prima, lo mejor. —Lucy estaba encantada en su papel de anfitriona.

—Ya veo que no te codeas con los pobres, precisamente.

—Si es que aquí la única pobre que hay debo ser yo, Lore, pero guárdame el secreto. —Me guiñó el ojo.

—Pues ahora ya somos dos, algo vale que por lo menos mi hermana sí que parece que corrió más suerte en ese sentido, aunque será en el único, porque su padre debe ser un rufián.

—No te hagas mala sangre que todo eso va a cambiar, la prima va a flipar cuando os conozca a ti y a la tía.

—Dios te oiga, porque tengo un miedo que no veas, Lucy.

—¿Quién dijo miedo? Me da a mí que esto es el comienzo de una nueva y apasionante historia para nuestra familia.

Capítulo 5

Viendo el panorama, Miami era para echar el ancla allí y negarse una a moverse de allí, así lo intentarían con una grúa.

Y no es que a mí Málaga no me gustara, que mi tierra me tenía enamoradita de siempre, pero aquello era de película.

La casa de los padres de George estaba situada en Mid Beach, en una zona privilegiada, cosa que no nos cogió de sorpresa a la luz de cómo se las gastaban allí.

Playa y lujo, así es como podía resumirse esa paradisíaca zona que, según nos contó George, albergaba mucho de los hoteles más lujosos de Miami, así como con una serie de restaurantes exclusivos de esos cuyas cuentas debían ser astronómicas.

Para completar la escena, sus aguas, ¡no me extrañaba que aquel fuera el destino vacacional predilecto de quienes podían permitírselo! Todo allí parecía único y sacado directamente de una serie de televisión de esas que describen a familias adineradas cuyos problemas distaban mucho de los de la mía.

Sencillamente paradisíaco, Miami ofrece al visitante un incomparable compendio de aguas cristalinas, arenas blancas y cocoteros, además de unas playas tropicales de infarto. Y luego está lo de su sempiterno magnífico clima, que invita al baño y al disfrute del océano durante la mayor parte del año. Y no digamos ya en verano, pues el termómetro apuntaba unas altas temperaturas que quizás terminarían haciendo estragos en mi baja tensión.

Mientras avanzábamos por sus calles, pensé en lo irónico que me resultaba haber pensado tantas veces en poner los pies para hacer turismo en esa ciudad y hacerlo ahora en unas circunstancias tan diversas.

Descubrí también con asombro que la celeridad con la que había viajado hasta allí y lo mucho que me asustaba lo que pudiera encontrarme no me había permitido ni siquiera trazar un plan para cuando estuviera cara a cara con mi hermana.

—Lucy, ¿qué le digo cuando la vea? No llevo nada pensado.

—Lore, no me seas taruga. Si te parece, te preparas un guion. Es tu hermana, no tienes más que decírselo y abrazarla. Ya después, cuando pase un poco la impresión, se lo explicas todo despacito y con buena letra.

—Sí, sobre todo despacito, porque para colmo, si lo tengo que hacer en inglés... —Me dispuse a tararear el “Despacito” de Daddy Yankee y Luis Fonsi.

—No, mujer, si su padre y abuelos vivieron en España, seguro que sabe castellano.

—Mejor, mejor, porque yo en inglés todavía tengo que pensar mucho y no me sale espontáneo.

—Yo te oigo bien —dijo George que permanecía al volante, pero atento a la conversación.

—Ay, qué acentito más gracioso te sale, pareces un *cow-boy*, pero eso es porque tienes buenas orejas, no porque yo lo hable bien.

—Mujer, ni que el pobre fuera Dumbo... Lo has puesto de orejón y todo.

—No... —Me sonrojé pensando que esperaba que él no se hubiera molestado, porque además el chaval lo tenía todo en su sitito y muy buen puesto, que era de lo más mono.

—Menos mal —dijo él y ambas nos echamos a reír.

—Solo quería decir que eso es porque tienes buen oído, pero que mi pronunciación es nefasta.

—¿Nefasta? —preguntó no entendiendo.

—Mala, que mi prima dice que ella habla muy malamente y no es para tanto —zanjó el temita Lucy, que ya se estaba poniendo nerviosa con tanta explicación.

Llegamos a casa de George y allí sí que aluciné en colores. ¡Menudo casoplón con piscina interior y exterior, zona de SPA y jardines para correr, caballos incluidos!

—¡¡Toma ya!! ¿Y tus padres no querrán adoptarme? —bromeé.

—Hombre, siempre te puedes liar con su hijo y convertirte en su hija política —me dijo en el oído Lucy.

—No eres más tonta porque no entrenas, ¿por qué no te lías tú con él? Yo eso sí que lo veo, fijate... —le respondí mientras George iba a decirle a la chica de servicio que nos preparara algo para picar.

—Pues porque yo diría que eres tú la que le ha molado, fijate tú —repitió mi coletilla, a sabiendas de que eso solía ponerme mala, pero que muy mala de los nervios.

—Mira, cállate, que no sé lo que te hacía. ¿Cuándo vamos a ir a buscar a mi hermana?

—Yo creo que esta tarde estaría bien. Nos quedamos aquí mientras dándonos la vida padre y luego nos vamos a aumentar la familia, ¡qué emoción!

Llamé a mi madre y a Martín y a ambos les dije que estaba en casa de una amiga de Lucy que se llamaba Georgina. No me sentí nada bien mintiéndoles, pero ya lo había decidido. A mi madre tampoco le hubiera parecido demasiado bien que me alojara con un chico, pues, a pesar de que Martín no gozara de sus simpatías, ella era de lo más formal para esas cosas.

Almorzamos en el jardín. Lo hicimos de manera opípara, y es que la cocinera de la casa debía ser de diez y hasta los zumos naturales los había preparado ella misma.

Después del almuerzo, George nos invitó a que durmiéramos una siesta tomando el solecito en las ideales hamacas situadas estratégicamente en aquel maravilloso jardín.

—Lástima que no he traído bikini, no contaba yo con hacer turismo —le comenté a mi prima.

—Mujer de poca fe, yo he pensado en todo. He traído uno para ti...

—Ains, mi prima, si es que la tengo que querer por fuerza.

Nos colocamos los bikinis y bajamos con unos favorecedores pareos que había traído también, colocados en la cintura.

George ya se había puesto su bañador y, en medio de tanta vegetación, me salió de golpe...

—Míralo, es George de la Jungla...

—Ya te lo advertí, mi prima es un caso perdido —le dijo Lucy.

—Pero si ha sido honesta, te habrá dicho también que eso es cosa de familia —le advertí.

Un par de horas después, aquellos dos estaban fritos en sus hamacas y yo seguía con los ojos como un búho. No, no era el *jet lag*, eran los nervios que me estaban corroyendo.

—Venga, venga, que nos tenemos que ir —les dije casi volcando sus hamacas al zarandearlas y haciendo que ambos tuvieran que agarrarse para no caerse.

—Prima, por Dios, controla esos nervios, a ver si me voy a tener que vender hasta yo para ponerme piños nuevos —me advirtió mi prima para que me tranquilizara un poco.

—Perdona, es que esto es un sinvivir y mi madre me ha encargado que le lleve a mi hermana los patucos, que me haga una foto con ella y se la dediquemos y no sé cuántas cosas más...

—Pues espero que la cojas de buenas, valor y al toro, bonita —me dedicó una sonrisa maliciosilla mientras nos dirigiáramos al baño.

—¿Por qué dices eso? Yo supongo que ella estará encantada, ¿no te parece?

—Hombre, pues muy claro del todo no lo tengo. Porque yo no te he querido decir nada hasta

ahora, pero un poco de malas pulgas sí que me parece que tiene tu hermana. Que igual es una apreciación mía, pero que cuando la confundí contigo, no la noté muy amable.

—Mujer, lo mismo es que se asustó o algo así.

—Guapa, que vale que una no tenga ni donde caerse muerta, pero que va decentita. No creo yo que pensara la ricachona que la iba a atracar, vamos, digo yo.

—No lo digo por eso, mujer —suspiré pensando en cuántas explicaciones tenía que darle.

—Y entonces, ¿por qué lo dices? No me estarás llamando fea así de una manera encubierta, ¿no?

—Que no, no me taladres más, por tu madre te lo pido. Que lo único que estoy diciendo es que quizás la cogiste de improviso, pero seguro que mi hermana debe ser un amor.

—Vale, vale, lo que pasa es que los amores también pueden ser de lo más diverso, tú ya me entiendes.

—Prima, no me pongas más nerviosa que me va a dar un jamacuco, tú deberías insuflarme buen rollo, tú ya me entiendes...

—Mientras no nos insuflen a las dos un buen sopapo por aparecer por la mansión, todo va a ir bien.

—Venga, tonta, ¿unos polvos? —le pregunté sin malicia alguna.

—¿Qué dices, loca? ¿Al final te has animado a liarle con George?

—¡Asquerosa, mente sucia! —le dije, pues yo me refería a si le ponía unos polvos en la cara y la maquillaba un poco como iba a hacer yo.

—Menos mal que has dicho mente y no sangre, porque si no hubieras sido clavadita al niño ese, al Draco Malfoy de Harry Potter....

—Ains, qué buenos ratos nos pasamos de pequeña viendo la saga, ¿eh?

—Sí, con nuestras madres diciendo disparates cuando aparecía Lord Voldemort, que decían que tenía la nariz peor que Michael Jackson, ¿eh?

—Sí, anda que no tienen guasa tampoco las dos, madre mía...

—Eso, eso, la madre tuya y la mía también.

George dio con los nudillos en la puerta del cuarto de baño y nos preguntó si estábamos listas.

—Listo es él, menudo lumbreras, el tío lo tiene todo —me contó mi prima antes de salir del baño.

—¿Sí? Pues sí que es completo el chaval...

—No lo sabes tú bien, este se va a graduar con honores. Y viendo el cochazo que ya le han regalado sus padres, digo yo que ese día le regalan un avión.

—Con estrella que ha nacido el chaval, no hay más que verlo.

—Y nosotras estrelladas, prima —sentenció ella mientras poníamos rumbo a la misión más fascinante de nuestras vidas.

George nos dejó en la puerta de la casa de mi hermana y pude comprobar *in situ* que la misma, la misma suerte, no es que hubiéramos corrido.

—¡¡La leche!! El cuarto de baño más pequeño de esta casa tiene que ser como el piso de mi madre entero...

—Sí, hija. Ahora, que la alegría que tiene tu madre seguro que no la han visto esta gente ni en pintura.

—Eso por supuesto, hay que ver el arte con el que pasea ella su traje de faralaes por la feria de Málaga, si eso es para hacerle un monumento.

—Ni que lo digas. ¿Te acuerdas del día que nos subimos las cuatro en el coche de caballos?

Qué arte, qué buenas fotos tenemos...

—Sí, sí y que mi madre le dijo al cochero que era más feo que el de Drácula, eso fue la leche...

No parábamos de hablar y George nos miraba un tanto sorprendido.

—¿No pensáis entrar? —nos preguntó indicándonos la casa.

—Sí, hombre, lo que pasa es que estoy intentando templar una miajilla los nervios, que estoy como un flan.

—¿Una miajilla?

—Sí, un pizquito, un poquito, que todo te lo tenemos que explicar y yo no tengo el chichi para farolillos...

—Farolillos, como los de la feria, qué flamencas estamos, pues venga, prima, valor y al toro.

—Tú conmigo, no se te ocurra dejarme sola.

Hasta los nudillos me temblaron cuando di en el portón.

—¿No creerás que te van a oír así? Llama al timbre, Lore, que se te están atrofiando las pocas neuronas que siempre has tenido.

—Calla, es verdad. —En el fondo debía ser mi subconsciente, que en parte me decía que saliera de allí como una bala.

Una persona de servicio nos abrió.

—Buenas tardes, ¿está, está...? —Cielos, yo no sabía ni por quién debía preguntar.

—Señorita Cecilia, ¿pero usted no se había marchado de viaje hasta el lunes? —me preguntó en inglés.

“En cuanto abras la boca y la cagues, bien va a notar que no eres ella”, ese pensamiento me hizo afinar mi inglés.

—¿Cecilia? ¿Mi hermana se llama Cecilia? —le pregunté con emoción.

—¿Su hermana? ¿Está usted bien? —Ella hizo ademán como de tomarme la temperatura y yo me retiré.

—Estoy bien, solo que no soy Cecilia. Soy su hermana y me llamo Lorena.

—¿Su hermana? No puede ser...

Y, sin mediar palabra, aquella mujer de avanzada edad, que debía conocer a Cecilia de toda la vida, comenzó a tambalearse y se fue al suelo....

—La has matado, prima, la has matado del susto...

—Calla, y como haya hecho un socavón en el suelo, a ver si van a querer cobrárnoslo...

La mujer estaba bien, pero bien entradita en carnes, y el estruendo fue monumental cuando se fue al suelo, afectada como quedó por una noticia que, a buen seguro, no iba a dejar indiferente a ninguno de los habitantes de aquella casa.

Capítulo 6

—Desde luego, prima, que no puedes ser más peligrosa —me recriminaba Lucy cuando por fin acudieron al socorro de la mujer y salimos de allí a la velocidad de la luz.

—¿Yo? ¿Pero qué he hecho? A ver si te crees que soy como Atila, que por donde pasaba no volvía a crecer la hierba, guapa...

—Pues más o menos, no te creas... —Hizo ella un gesto con la mano y yo suspiré pensando en la santa paciencia que debía tener.

—Bueno, la tuya hermana llegará el lunes, no es ninguna tragedia —me comentó el buenazo de George, que a ese lo teníamos ahí como comodín del público.

—Chiquillo, a ti te vamos a aburrir. Cuando quieras, nos mandas a las dos a freír monas y te quedas tan ricamente.

—De eso nada, que te mande a ti, a mí me va a tener que aguantar todo el curso, que de Miami no me mueven ni con agua caliente.

—Eso va a ser lo malo, que cuando vuelvas no vas a querer nada con los pobres, seguro, prima...

—Tranquilas, tenemos todo el fin de semana por delante para disfrutar. No tenéis nada que hacer este finde, ¿no es así?

—Así es...

—Pues se me ocurre que hagamos una fiesta esta noche en la mía casa —propuso con energía.

—¿Una fiesta en tu casa? Pues vaya fiesta que va a ser esa con tres personas. —Pensé en alto.

—No, mujer, invitaremos al resto de la gente de clase, ¿lo veis bien?

—Yo lo veo cojonudo, ¿y tú, prima? —me preguntó Lucy indicándome con la mirada que no se me ocurriera rehusar la idea.

—Yo no sé, la verdad es que igual a Martín le molesta que me despendole tanto cuando esto iba a ser una cuestión familiar únicamente.

—Claro, y cuando seguro que él donde va a ir este finde es a la misa del gallo. Prima, te cogía y no sé lo que te hacía, te lo prometo.

—¡¡Para el carro!! ¿Qué estás insinuando? Oye, que Martín está de exámenes, me lo imagino al pobre ahí hincando los codos cada noche. —Entrecerré los ojos y visualicé la escena.

—Pues yo me lo imagino más bien empinando el codo, mira tú qué cosa...

—Joder, ni que fuera un borrachuzo, también tú tienes unas cosas que vamos...

—Un borrachuzo, no, pero un fiestero de cuidado sí que es...

—Bueno, tal vez la fiesta le gusta un poco, pero conmigo, ¿qué pasa?

—Nada, nada, que es la primera vez que tú no estás allí, ya veremos si la fiesta solo le gusta contigo o si le da igual ocho que ochenta.

—Eres cruel, prima, me dices esas cosas y me pones mal cuerpo.

—Sí, sí, soy Cruela de Vil, ahora vamos a ir a buscar a los indefensos dálmatas...

—Qué harta me tienes, siempre igual con Martín...

—Chicas, chicas, que esta noche nos vamos de fiesta, tranquilas...

—Pues tiene razón aquí George, que a este paso nos vamos a tener que pedir triple de tila con Coca-Cola en vez de cubatas...

—Sí, hombre, yo me bebo esta noche un cubata o dos o los que se tercién, que voy como una moto y me vendrá bien para relajarme —concluí.

—Prima, no te me desmelenes que tú nunca has sido de beber y a ver si te tenemos que llevar en brazos a la cama.

—Pues mira, digo yo que una vez al año tampoco hace daño...

—Yo qué sé, hija, como tú eres más cumplida que un luto para tus cosas, pues igual te parece que es un pecado o algo...

—Un pecado es pensar en lo que yo te haría cuando te pones tan pesadita.

—Tira ya, anda...

—Oye, que estoy pensando yo que habrá que hacer una vaquita o algo para comprar las bebidas de la fiesta —le propuse en cuanto estuvimos solas.

—¿Tú eres tonta o te diste un buen golpe con la pila bautismal? A ver si te has creído que esta gente sabe siquiera lo que es hacer una vaquita. Este tiene en su casa material para celebrar no una, sino diez fiestas multitudinarias...

—Y entonces, el resto ¿qué llevamos?

—La alegría, eso es lo único que tenemos que llevar, prima, que esta gente es más sosa que un pan sin sal y nosotras somos un chorro de alegría, no veas si eso lo valoran. A mí me tienen en un pedestal...

—Oye, prima, quédate con nosotros también al menos el fin de semana, ¿no? Que yo no quiero quedarme sola con George.

—Huy, huy, no será que no te fias de ti misma, ¿no? Que mira que cosas más raras se han visto.

—No seas cenutria, anda...

—Venga, pero yo el lunes tengo que volver al campus. Mientras, te haré el favor de quedarme aquí. —Se tumbó sobre aquella enorme cama y se echó a reír.

—Sí, sí, tú haz un sacrificio y te quedas aquí conmigo, que ya veo yo que no te gusta ni nada.

—¿A mí? Para nada, para nada. ¿Sabes? Yo creo que podría acostumbrarme perfectamente a esto.

—Yo también te veo muy metida en el papel, la verdad... Pero vamos, que yo con dar con mi hermana y que todo salga bien, ya considero que me ha tocado la lotería. Y con volver a ver a mi Martín, claro.

—Sí, mujer, no vaya a ser que te lo quiten —ironizó.

—No digas eso ni en broma, que me muero.

—No te morirías, no, eso ya te lo digo yo.

—Oye, a ver si lo que te pasa a ti es que tienes es envidia de que a Martín y a mí nos vaya tan bien, que yo ya no sé qué pensar.

—Sí, sí, yo tengo unos celos locos... Loquita estoy por estar con un tío como él.

—Eres más boba...

—Sí, sí, la boba soy yo...

—Pues ahora vete y déjame, que voy a hablar un ratito con él.

Deseosa de contarle cómo iban las cosas, le hice una videollamada a mi chico.

—¿Qué tal todo, amor? —me preguntó en cuanto me vio la carita de afligida.

—Pues todavía estoy aquí, en la punta de la picota, cielo... Mi hermana se ha ido de viaje y a mí me toca esperar.

—Qué pasada de habitación esa en la que estás, ¿no?

—Sí, sí, esto es como una mansión de esas de los famosos que salen en las revistas, no veas

qué pasote.

—A ver, a ver, hazme una panorámica. —La hice bailando por toda la habitación y él comenzó a decirme algunas de aquellas cosas que tanto me gustaban cuando quería mandanga de la buena.

—Cállate, demonio, que no sé lo que te hacía y estás muy lejos.

—Sí, sí, suerte que estás en casa de una amiga y no tengo nada de lo que desconfiar que, si no, hasta me pondría celoso, que la distancia es muy mala.

—Hombre, claro —le respondí mientras tragaba saliva y trataba de que se desanudara el nudo aquel que se me había formado en la garganta, fruto inequívoco de la culpabilidad.

Tan culpable me sentí que no pude articular palabra al respecto, pues en normalidad le hubiera contestado algo así como que tuviera cuidadito él, que era un bombón y un puñado de cosas del estilo... Sobre todo, porque yo no podía evitar sentirme mal pensando que Rosa pudiera intentar atacar en aquellos días.

—¿No me vas a decir nada? —me preguntó él, que ya me conocía como si me hubiera parido, igual que al contrario.

—Nada, nada, solo que te voy a tener que dejar porque Georgina ha decidido celebrar esta noche una fiesta y tendremos que echarle un cable.

—Perfecto, mi vida, pues pásalo genial...

Mi prima no podía ser más tonta, pues en España era de madrugada y mi chico estaba allí, con los libros como toda compañía. Ojalá que algún día abrieran los ojos mi madre y ella y se dieran cuenta de por qué era el hombre de mi vida.

—Y a ti que te cunda mu... —No llegué a terminar el “mucho” cuando unos nudillos tocaron en la puerta. —Pasa, prima —le dije y la cara se me cambió de color cuando vi que era George.

—Bonita, venía a decirte que si nos ayudas a preparar...

—¿Quién es ese? —me preguntó sin dilación mi novio.

—Él, él es... —George entendió que acababa de meter la pata y me dejó sola.

—¿Es el dueño de la casa? ¿Ese es Georgina? Me cago en todo, Lorena, ¿de qué va esto?

—Amor, te lo puedo explicar, no te pongas así.

Yo jamás había visto a Martín tan enfadado, claro que también era la primera vez en la vida que le mentía. Hasta entonces, jamás se me hubiera ocurrido, pero es que los acontecimientos se habían precipitado y yo no me podía sentir peor.

—Martín, mi vida, escucha, puedo explicártelo.

—Ya, déjame adivinarlo, lo veo venir, vas a decirme que esto no es lo que parece y tal, ¿no? Joder, Lorena, la primera vez que te vas de mi lado y aterrizas justo en casa de un tío. Y no contenta con eso, me mientes con todo el descaro, como si fuera idiota...

—No te pongas así, Martín, te lo suplico. Yo te adoro, solo ha sido por ahorrar, me lo sugirió mi prima y...

—¿Tu prima? Debí suponerlo, menuda lagarta —me espetó en toda la cara y me dejó atónita.

—¿Cómo? ¿Acabas de llamar lagarta a mi prima? Pero ¿con qué derecho? Martín, no la metas en esto, ella no ha tenido ninguna culpa.

—No, y ahora es cuando me quieres hacer comulgar con ruedas de molino y me dices que yo le caigo estupendamente, ¿no?

—Pues mira, probablemente no, pero a juzgar por cómo te estás portando, lo mismo algo de razón tiene...

—O sea, que tú me engañas y encima la culpa es mía, por enfadarme. Muy bonito, Lorena, apúntate un diez.

—Y tú otro, que no entiendes nada, que lo único que hemos querido evitar ha sido que te enfadaras... George me ofreció alojamiento y a mí no me sobra el dinero, ¿sabes? Igual el problema es ese, que tú llevas toda la vida nadando en la abundancia.

—Sí, sí, al final Martín va a tener la culpa de todo, hasta de haber nacido. Y no será que tú estabas deseando tener una excusa para irte corriendo a los brazos de otro, no. Eso son solo suposiciones mías, que soy un malpensado de mierda.

—Pues mira, nunca lo hubiera creído, pero va a ser que sí. Si no entras en razón, prefiero que esta llamada se quede aquí, antes de que lo estropeemos todo aún más.

—Por mí perfecto y, de paso, puedes dar también por finalizada nuestra relación, hasta aquí hemos llegado.

—¿En serio? Tú te lo pierdes, Martín, me estoy dando cuenta de que no te conocía en absoluto.

—Lo mismo digo, adiós.

La fuerza me acompañó hasta ese momento, que fue cuando me derrumbé. Apenas podía creer que Martín acabara de dejarme, justo después de que yo hubiera reprendido a mi prima por pensar mal de él.

—Me tiro por la ventana, Lucy, me he quedado sin novio —le dije cuando la vi entrar apresuradamente en el dormitorio, después de que George le informara de su fortuita entrada en este.

—¿Qué dices? Que se tire él. Concretamente se va a tirar de los pelos de donde yo estoy pensando cuando caiga en lo que ha hecho. ¿Se puede ser más idiota? ¿Todo por haber visto a George?

—No, prima, todo por mentirle, que eso sí que ha estado fatal.

—No me digas que todavía le vas a dar la razón, porque eso sí que me da por saco, Lore.

—Prima, él se ha puesto como un energúmeno, pero igual yo no lo hubiera hecho mejor. La he cagado y he perdido al hombre de mi vida, ahora sí que te digo que me voy a coger esta noche la borrachera del siglo.

—Sí, sí, así es como me gusta que afrontes las cosas, con madurez, como tú sabes...

—No seas irónica, prima, que esto es muy gordo.

—No, esto lo único que representa es que, si te ha dejado sin ni siquiera tener la posibilidad de explicarte, mucho no te quería...

Capítulo 7

No sé si con madurez o no, pero con bastante alcohol corriendo por mis venas, desde luego que sí. Y puedo garantizar que no es algo que hiciera a posta.

Simplemente, me dejé llevar por el ambiente de aquella noche en que mi corazón salió al ruedo a punto de estallar por las emociones acumuladas en las horas previas.

A pesar del estacazo que acababa de arrearme Martín, hay que reconocer que semejante escenario festivalero invitaba a perder el norte en todos los sentidos y parecía que George estaba dispuesto además a hacer todo lo que estuviese en su mano para que yo me evadiese y disfrutara de todo lo que teníamos por delante.

—¡Wow! —estás muy beautifulísima, Lorena —me dijo al verme aparecer por los jardines con el maravilloso vestido de noche que me había prestado mi prima para la ocasión.

—Ja, ja, ja. ¿Cómo has dicho? ¿Beautifulísima?

—Ummm, ¿y cómo se dice? Estás guapa, pero que mucho guapa. —El intento por corregir su piropo hacia mi persona ya fue el remate de la risa.

—Anda, déjalo, que ya te he entendido —le contesté sin parar de reír. Por cierto, ¿dónde andan tus padres? No se presentarán aquí en cualquier momento y...

—*Don't worry*. Ellos están lejos y no “venirán”.

Más gracia no pudo hacerme ya ese “venirán”. Demasiado, y es que hay que reconocer que nuestro idioma es complejo hasta decir basta. No me dieran más castigo a mí que ser inglesa y tener que aprender a la perfección el español, con su infinidad de tiempos verbales, frases coloquiales y mil puntillitas más que volverían loco incluso al mismísimo demonio.

Al parecer, Carl y Jane, los padres del guapo anfitrión de la fiesta que no se separaba ni un momento de mí, habían ido a pasar tres o cuatro días en Cabo Cañaveral, coincidiendo con su aniversario de bodas.

—¡Qué romántico! —le solté sin pensármelo cuando me lo contó.

—Sí, ellos son un par muy unido...

“Un par”, no una pareja. George no iba a dejar que parara de reírme en toda la noche aun sin pretenderlo. Esos fallitos involuntarios, unidos a su gracioso acento, le daban un aire de ternura ante mis ojos que... en fin, mejor me callo y no me adelanto.

Aunque distintos miembros del servicio de la casa pasaban constantemente por delante de nuestros ojos con bandejas repletas de cócteles para todos los gustos, mi “casero” no quiso esperar al siguiente para que yo empezara a beber.

—¿Qué querés tomar, Lorena? —Lo que me faltaba. ¡Ahora ya mezclando los términos con la lengua argentina!

—¿Yo? Pues no sé. La verdad es que no tengo ni idea de qué hay. Tráeme una copa de lo mismo que vayas a beber tú —le respondí.

George salió detrás de uno de los jóvenes con pajarita que se paseaban por allí, bandeja en alto, como en la famosa peli “El guateque”, de Peter Seller. La diferencia es que mi inseparable acompañante no tenía nada que ver en ningún sentido con el torpe de Hrundi, su protagonista. Para mi gusto, aquel es feo con avaricia. Además, patoso como él solo en su papel.

Le seguí con la vista y observé que uno de los invitados se le acercaba y hablaba con él,

haciendo aspavientos como si estuviese un tanto apurado. Al volver, a él también se le veía también algo contrariado y me contó el motivo.

—Tenemos un pequeño problema, miss Loren.

—¿Qué ocurre? ¡No me asustes, por lo que más quieras!, que menudo día llevo encima.

—No, no, no es nada grave.

En realidad, no lo era tanto, pero sí lo suficiente como para obligarnos a poner la cabeza en “on” y trazar un plan sobre la marcha para justificar mi presencia allí.

John, el chico con el que había estado hablando, le contó que hacía un par de minutos había recibido la llamada de su amigo Barton, queriendo saber dónde andaba para enredarle y llevárselo de copas por ahí.

—¡Hey! Esta noche no puedo. Estoy en la mansión de mi colega George, que ha organizado una fiesta en honor de su amiga Lucía y una prima venida desde España.

—¿Una fiesta? ¡Qué bueno, tío! Supongo que no le importará un invitado más de última hora — le espetó el otro.

—Barton, hazme el favor, que te conozco bien. Ni se te ocurra, ¿me oyes? A ti nadie te ha dado vela en este entierro.

—¡No seas buitron! Además, George me conoce. Acuérdate de que coincidimos el año pasado en la graduación de su hermana Leslie y lo pasamos de escándalo echándonos unos tragos...

—Sobre todo tú, que te pillaste tal pedo que tuvo el chaval que llevarte hasta tu casa con su propio coche.

—Mira quien habla, el abstemio. Como que a ti no tuvo que llevarte, vamos. Bueno, yo voy para allá. Y si George no me levanta la barrera, cojo el camino de vuelta y aquí no ha pasado nada.

—Ya te vale, tío. Te estoy diciendo que no. Me pones en un aprieto gordo y lo sabes...

—Tú déjame a mí.

Ahí había quedado la cosa y a eso se reducía el apuro que se veía desde lo lejos en la expresión del chico mientras hablaba con George. Distinto era el come come que este traía consigo al regresar a mi lado.

—¿Y qué pasa? ¿Es que no te cae bien o qué? Porque, en ese caso, con decirle que no.... — George no me dejó terminar de hablar.

—No es eso, Loren. A mí no me importa que venga alguien más a “la mía casa”, pero en cuanto que John me ha dicho de quien se trataba recordándome el detalle ese de que tuve que llevarle “borraucho” en mi coche...

—¿Qué? Que no te fías mucho ni un pelo de él, ¿no?

—Eso me da igual. Por mí, como si se bebe toda el agua de la piscina. El problema es que ese Barton es vecino de tu hermana.

—¿¿¿Qué me estás diciendo??? ¿Con cerca de medio millón de habitantes que tiene Miami y ese tipo tiene que ser precisamente vecino de mi hermana?

—Créeme que es así. No es que viva pared con pared con ella, pero sí en la misma avenida, unos cien metros más allá. Precisamente yo me acordé de aquel asunto cuando os dejé a ti y a “la prima tuya” en la puerta, mientras os esperaba en mi *car*.

—No puede ser, Dios mío de mi vida.

—Pero lo es. Y ese hombre viene para acá. A ver qué le decimos cuando llegue. A mí me da vergüenza decirle que se vaya con “tiempo fresco”.

Lo del “tiempo fresco” en vez de con viento fresco deshizo la tensión por unos instantes cuando

nuevamente me eché a reír al escuchárselo. George también se rio, aunque seguro que no era consciente de qué era exactamente lo que había provocado mi risa.

—Pues nada. Yo me hago pasar por ella si me reconoce y me quedo calladita la boca para no meter la pata.

—No es mala idea. Pero ¿y si son amigos por casualidad? Ten en cuenta que ellos dos tienen la misma edad más o menos, viven muy cerca el uno del otro y pueden tener *friends* en común, no sé...

En ese punto de la conversación, apareció de repente mi prima Lucy, sonriendo con una picaresca que yo bien le conocía.

—Vaya, vaya con la pareja de tortolitos. ¿Interrumpo?

—Para nada. Al revés.

Le resumí rápidamente lo que estaba pasando para ver si se le ocurría algo, ¡y vaya sí se le ocurrió! Otra cosa tal vez no, pero mi prima tenía una agilidad mental que a mí siempre me había sorprendido. Todo con tal de no dar el cantazo una entre aquella sarta de pijos.

—Tira para adentro, que ahora mismo te convierto en otra. ¿Tú no veías el “Cámbiame”?

—¿Qué dices, loca?

—Lo que oyes. Vas a salir de nuevo por la puerta como si hubieras caído en manos del Pelayo ese. Que, por cierto, no veas tú si estaba bueno... A ese sí que le hacía yo un buen cambio, pero de gustos, nada de tonterías.

Nos echamos a reír las dos. Supongo que ella trataba de desviar mi atención, de quitarle hierro al tema porque me veía un tanto preocupadilla. Por mi parte, me había hecho gracia el comentario, y es que la veía capaz y capataz de traerse a su terreno a un hombre como aquel. El asunto es que le hice caso y entramos las dos en uno de los despampanantes baños de aquella mansión de película.

—Mira, Lorena, tienes suerte de que tu hermana lleve el pelo por encima de los hombros y sea más rubiasca que tú, así que por ahí vamos bien. Digamos que no te ha podido crecer ese melenón que tienes de un día para otro.

Era cierto. Tanto como que casi ni yo me reconocí cuando me miré al espejo antes de salir de aquel habitáculo para volver con la gente que cada vez andaba más animada, bebiendo y meneando el cuerpo al compás de la música por los exteriores.

Mi prima, que se daba muy buenas trazas desde siempre con las tijeras, me había sacado en un santiamén un flequillo de Cleopatra que me daba un aspecto de chica mala que para qué. Para contrastar, unas lentillas verdes que llevaba en el bolso “para ocasiones especiales” me proporcionaban una mirada mucho más dulce que la mía.

Las gafas de aumento de farmacia, también suyas, terminaron de alejar hasta cierto punto mi rostro del de mi hermana. El cuerpo era lo de menos. Cecilia, según mi prima y lo que yo misma había podido comprobar a través de la foto, pesaba también lo mismo que yo.

De estatura andaríamos igual, pese a lo cual, me quité los taconazos de infarto y los sustituí por otro calzado también bonito, pero completamente plano.

Para completar mi camuflaje, me cambié el vestido negro de lentejuelas que me había dejado Lucy por otro mío que me había traído en la maleta, más sencillo y de color rojo burdeos...

Capítulo 8

Aunque no podía quitarme a Martín de la cabeza porque estaba enamorada hasta la médula de él, sentía a la par una rabia enorme por lo injusto que había sido conmigo.

Es verdad que yo le había ocultado el hecho de que me hospedaba en casa de un desconocido y no de Georgina, esa supuesta amiga de Lucy. Pero un poquito de misericordia, señores, que una no había cometido un delito.

Mis modestas condiciones económicas me habían llevado a aceptar aquella propuesta que no encerraba ninguna maldad. Digamos que era una absurda mentirijilla piadosa y no un pecado capital que en mi caso había desembocado en la ruptura sentimental que me había partido en un segundo por la mitad el corazón.

Como quiera que fuera, no podía aguarles la fiesta, nunca mejor dicho, ni a mi prima ni a George, puesto que ninguno de los dos se lo merecía. Todo aquello lo estaban haciendo por mí de algún modo, de manera que decidí aparcar mis pesares al menos durante aquella noche y lucir la mejor de mis sonrisas a partir de ese momento.

Miré hacia un lado y hacia otro, pero no le vi por allí fuera. Ya aparecería, pensé. Mientras, me tomé dos o tres chupitos de licor con mi prima, brindando por el éxito de mi cometido en tierras forasteras.

—Y porque mis ojos te vean quedándote aquí, casada con el George —añadió la muy cachonda en el último brindis.

—Claro que sí, y con una piara de niños de ojos azules correteando por todas partes, como en las mejores novelas rosas, ¿no te fastidia!

—Ja, ja, ja —exacto.

—¿A ti se te ha ido la chaveta o qué, prima? —le respondí—. Tú sabes que yo a quien quiero es a Martín, te guste o no. Y si tengo que casarme un día con alguien, será con él, no con George. Esto no puede quedarse así. Como que me llamo Lorena que lo arreglo.

—Bueno, ya veremos. Por cierto, hablando del rey de Roma...

Por la puerta se asomaba. Por la cancela de entrada, me refiero. Y lo hacía acompañado por un fulano que debía ser el tal Barton.

—Mira, allí está John con Catherine y Mary. Ve con ellos y disfruta de la noche, estás en tu casa —le escuché decir desde la distancia.

—Gracias, George. Eres un gran tipo.

Cuando el menda se quitó de en medio, vi como que George buscaba a alguien con la mirada y supuse que era a mí. O al menos eso quería pensar, y es que, aunque no quisiera admitirlo, empezaba a sentirme poderosamente atraída por aquel chico tan amable y guapo.

—¡Hey! ¡Estamos aquí! —gritó la indiscreta de mi prima, haciéndole señas agitando una mano, con el brazo en alto.

Según se acercaba a nosotras, noté la sorpresa en su cara.

—¿Loren?

—La misma...

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué te has hecho?

—El cambio no me favorece, ¿verdad?

—Yo diría que “todo del revés”. Se te ve más linda, más niña tú...

—La madre que me trajo. ¿Es que antes parecía una vieja o qué?

—¡Oh, no, no! Tú siempre pareces *very very* bonita.

—Yo ya me largo de aquí, parejita, que creo que ya estoy estorbando.

No me había dado tiempo a quitarle la idea cuando ya se había dado media vuelta y enfiló hacia un grupito de chavalillas que se encontraban al borde de la piscina, contoneándose al compás de la música.

Las dos horas siguientes transcurrieron sin ningún contratiempo, si bien se notaba a leguas que entre George y yo había una química especial, por más que yo no me lo pudiera creer.

La verdad es que tampoco hice nada por frenarla, sino al contrario. Me dejé arrastrar por ese punto de desinhibición que da el alcohol y por lo idílico del marco en que me encontraba.

En un momento dado, no pude evitar acordarme también de Julia Roberts dando vida a Vivian en *Pretty Woman*, salvando el hecho de que ella había llegado a saborear las mieles del lujo por una causa muy distinta a la que me había llevado a mí hasta aquella impresionante residencia de Florida.

Eso sí, mi compañero de reparto en el ficticio guion no tenía nada que envidiarle al Richard Gere ese. Serían cerca de las cuatro de la mañana cuando, con unas cuantas copas ya encima y mucho cachondeo por aquí y por allá, se nos acercó aquel tipo que se había auto invitado a la fiestuqui. Además, lo hizo acompañado por una chavala pelirroja que me clavó la mirada.

—Bueno, George, nosotros ya nos vamos. Te agradezco mucho todo —le dijo en su idioma, con voz un tanto afectada por los pelotazos.

—Nada que agradecer. Gracias a vosotros por venir.

—Por cierto, ¿tú eres familia de Cecilia? ¿Una prima o algo así? —me preguntó, volviéndose hacia mí.

—¿Cecilia? No, no. Ni me suena. Creo que debes confundirme con otra persona —le expliqué con mi inglés de andar por casa.

—Es cierto. Si no fuera por los ojos claros, diría que sois idénticas como dos gotas de agua.

La Pipi Langstrump de los co... no se podía haber quedado con el pico cerrado, mal rayo la partiera, pero George salió al paso con el capote para quitarme los toros de encima.

—Será una coincidencia. Mi amiga es española y ha venido tan solo a pasar unos días aquí para conocer esto.

—Bien. Pues espero que te guste. Buenas noches.

Sin más, los dos cogieron la puerta y se largaron en un impresionante Maserati blanco conducido por ella, que andaba más serena que el otro. Por un instante, sentí un ligero mareillo que a George no se le pasó por alto.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, bueno, no es nada.

—Estás un poco pálida.

Y cálida, me dije para mis adentros, y es que a esas alturas de la película ya no salía en ninguna escena ni Martín ni Cecilia ni niño muerto que valga. Tan solo quedaba George junto una mujer anonadada en medio de aquel paraíso terrenal, portando en su sesera un deseo irrefrenable por sentir el calor del cuerpo de aquel galán de cine, cuya sonrisa me había cautivado ya desde el minuto cero.

—Quizás te vendría bien humedecerte la nuca con un poco de agua.

—Es posible.

Esa fue mi única respuesta. Hubiera estado bonito que le hubiera dicho que otras partes de mi cuerpo ya contaban con bastante humedad por sí solas, pero eso era lo que había.

George se ofreció a acompañarme al baño y acepté. Antes de entrar en aquella casona, le dio una serie de instrucciones a alguien del servicio y le dijo que él ya se retiraba a descansar. Sí, sí... a descansar... Sería del bullicio que armaba la gente y de la música y los cegadores focos, porque el descanso verdadero aún tardó lo suyo en llegar, tanto para él como para mí.

Subimos al dormitorio principal, una suite de las que quitan el hipo con paredes tapizadas y un amplísimo cuarto de baño con un jacuzzi en el que bien se podría bucear.

Abrí el grifo del lavabo y me contemplé en el espejo, pero este me devolvió mi imagen y la de un embelesado hombre a mis espaldas, mirándome directamente a los ojos a través de él. Ya no hubo necesidad de agua ninguna en mi nuca.

George me echó el pelo con delicadeza hacia delante, inclinó la cabeza y empezó a besarme lentamente el cuello por atrás. Sentí cómo sus manos me bajaban la cremallera del vestido sin mangas antes de que este resbalara hasta caer en el suelo.

Me volví y me senté de un saltito en la encimera de mármol travertino. Rodeé sus nalgas con mis piernas, su cabeza con un brazo y empezamos a besarnos con una entrega que yo no conociera hasta entonces.

George hizo ademán de desabrocharse el cinturón del pantalón, pero yo sentía tal calor en esos momentos que le pedí que nos diéramos un bañito en el jacuzzi.

No solo preparó un increíble baño de espuma en un abrir y cerrar de ojos, como quien dice, sino que no sé qué leche de sales le añadió que aquello desprendía un olor para delirar ya.

Bajo esas aguas indescriptibles y a la luz de media docena de velas prendidas sobre el ángulo de la inmensa bañera, lo hicimos por primera vez...

Capítulo 9

Abrí un ojo, abrí el otro y pegué un grito...

—¿Qué te pasa, qué te pasa? —George no sabía a qué carta quedar mientras se removía en la cama echándose mano a la cabeza, dada la impresionante resaca que también le azotaba.

—Que no sé lo que hago en esta cama, en la tuya, para más señas.

—Dormir, tú dormir en ella, conmigo. —Me dijo ese particular chico en su idioma medio indio.

—Eso ya lo veo, pero por lo que me está pareciendo aquí se han cocido más habas —repuse mirándome y comprobando con auténtico horror que estaba desnuda.

—¿Cociendo? Fuego en cocina...

—Sí, sí, fuego en la mismísima *kitchen*, pero que me da a mí que no es en el único sitio en el que ha habido fuego.

—Ah, entiendo...

Claro que entendía, y yo también lo entendía muy bien. La habíamos cagado, pero bien. En realidad, era más bien yo quien la había cagado, que George debía haberse llevado el premio gordo, pues me recordaba la noche anterior de lo más rumbosa.

Hice ademán de levantarme y me tapé con la sábana, pues me daba auténtica vergüenza que George me viera con el disfraz de Eva, por mucho que ya resultara ridículo.

—Y mira para otro lado —le dije.

—Pero, mujer, yo ya he visto el tuyo cuerpo entero, ¿no te das cuenta?

Sí, sí, que me daba cuen como Chiquito de la Calzada, otra cosa es que no me la quisiera dar...

—Por favor, que no está el horno para bollos, date la vuelta.

—Está bien, está bien...

En un gesto que le honró, George se dio la vuelta y yo me vestí a la velocidad del rayo, sin pasar ni siquiera por la ducha, cosa que ya haría una vez que estuviera en mi dormitorio.

En él me encontré a mi prima roncando como un lirón. Y después decía que no roncaba, menos mal. Recuerdo que lo hacía ya desde niña, porque decía que tenía “vegetaciones”. ¿Vegetaciones? La madre que la echó al mundo, que por cierto era mi tía, esa debía tener la selva del Amazonas completa en la napia, qué fuerte...

—Prima, prima, la he cagado —le dije mientras la zarandeaba de arriba abajo.

—Si te has cagado, ahí está el baño y déjame que estoy fritita.

—Más bien lo que estás es resacosita, pero bueno...

Sí que entré en el baño, que por cierto cogí a lo justo porque los retorcijones de vientre que sentía eran el fruto de los remordimientos, que no me dejaban vivir...

Una reconfortante ducha de agua calentita, que yo era de las que la ponía tan caliente que salía colorada como un salmonete, pese a que fuera verano, y unas lágrimas que se me saltaban camino de la cama de mi prima...

—Lucy, me he acostado con George —le confesé sin que hubiera compuerta alguna que pudiera detener las muchas lágrimas que brotaban de mis ojos.

—¿Te has acostado con él? Enhorabuena, por algo se empieza... —De repente se levantó y se quedó sentada en la cama, como si hubiera saltado un muelle del colchón y le hubiera dado en

todo el trasero. Claro que allí no había colchones de muelle ni los conocían, allí todo era de alta gama.

—No me seas cenutria, que ha sido un error. Ya sabes que yo quiero con locura a Martín.

—Lo de la locura es el término que mejor lo define, de eso no tengo duda. Ains, si fueras capaz de dejar las tonterías a un lado y centrarte, cabecita loca...

—¿Centrarme en qué?

—En cambiar de vida o, mejor dicho, en tomar las riendas de la tuya. Lore, yo nunca he querido hablarte claro del todo para no parecer cruel, pero tú siempre has parecido una marioneta en manos de tu novio.

—Y tú pareces un poco Pinocho, porque me estás mintiendo descaradamente...

—¿Sí? Puedo ponerte un buen puñado de ejemplos que te harían cambiar de opinión.

—Ni uno, estoy segura.

—Espera, que voy a tirar de hemeroteca.

Me dispuse a escuchar a mi prima con la total seguridad de que podría desmontar uno por uno los argumentos que esgrimiera, pero pronto reparé en que más bien tendría que dejar la lengua en pausa porque me puso por delante una serie de evidencias de que yo, desde que estaba con él, mucha personalidad no es que hubiera tenido. Dicho de otro modo, sí, habría sido un poco títere en sus manos.

—¿O no tengo razón en todo lo que te he dicho? —concluyó ella.

—No te la puedo quitar del todo. —Quise suavizar el asunto.

—Porque no puedes que, si no, ya te diría yo...

—No es solo por eso, es porque en el fondo creo que la culpable de toda esa situación he sido yo. Que vale que sí, que igual he sido un poco condescendiente con sus cosas, pero que él no me ha pedido nunca nada, lo he hecho yo porque me ha dado la gana.

—Claro, claro, no vaya a ser que la reputación de Martín quede dañada, ¿cómo no ibas a absolverlo de toda culpa?

—Niña, ni que fuera yo el cardenal Richelieu, no te toca las narices...

—¿Qué narices? —George acababa de asomar por la puerta y yo pegué otro salto al ver que estaba de nuevo enfundada en la toalla.

—Eso sí, ahora corre, a buenas horas mangas verdes, prima. —Se rio Lucy.

El asunto era de locos, hasta que volviera mi hermana nos quedaban todo un sábado y un domingo por delante. Luego esperaba poder quedarme con ella en su casa, que para algo éramos hermanas.

—Prima, vámonos al campus, yo no debo quedarme aquí —le dije cuando salí del cuarto de baño ya vestida y ambas estuvimos a solas.

—Claro, como que te crees tú que el campus es como el camarote de los hermanos Marx, que de allí puede entrar y salir todo el mundo. Pues anda que no está todo controlado. No me seas ruina y aguanta aquí, que además me da a mí que te va a traer tela de cuenta...

—Ozú, yo no sé cuántas veces te voy a tener que decir que yo no quiero nada con este tío...

—Pues eso bien podías haberlo pensado antes de calzártelo, porque ahora seguro que tiene unos ojillos de enamorado que no sé yo, ¿eh?

—¿Ojillos de enamorado? Mira prima no me toques más la moral que no sé ni lo que tengo encima, que yo he venido aquí a buscar a mi hermana, no al amor de mi vida, que ese ya tiene nombre y apellidos.

—Sí, sí, el nombre es George y el apellido...

Resoplé. La primera en la frente, buena la había liado yo con aquel polvo... Para ser justa polvazo que, pese al efecto del alcohol, no era capaz de quitarme de la cabeza.

Todavía en aquel momento las escenas tórridas venían a mí una detrás de otra a modo de flashes, una pasada de noche que no podía haber sido más ardiente.

Mucho me temía que, con lo mucho que me comía yo el coco, el recuerdo de aquella noche iba a perseguirme por mucho, mucho, tiempo. ¿Cómo iba a poder mirar de nuevo a Martín a los ojos después de lo sucedido? Y eso no era todo, ¿cómo iba a lograr que me perdonara? Yo ya sabía que las mentiras para él eran “alta traición” y ahora iba a considerarme una traidora...

Maldije el vil metal una y otra vez. Desde que era niña, había visto cómo mi madre pasaba las de Caín para que a mí no me faltara de nada.

Sin embargo, eso no me había convertido para nada en una persona ambiciosa y, aunque a nadie le amargaba un dulce, yo era una romántica empedernida que suspiraba por amor y no por billetes.

—Déjame anda, que voy a llamar a Martín.

—¿Todavía te han quedado ganas de que te siga vistiendo de limpio? Te prometo que no lo entiendo.

—Eso es porque nunca has estado enamorada de verdad que, si no, bien que lo entenderías.

—Porque tú lo digas...

—Eso mismo, cuando uno te toque la patata de verdad —me llevé la mano al corazón —ya me lo dirás.

—La patata, la patata, ese te ha sorbido el seso, aunque me da a mí que aquí lo que te han sorbido se parece bastante, solo que con una “x...”

—No me seas gurarrona y no me lo recuerdes más, que me estoy poniendo malísima.

Aunque, en honor a la verdad, malísima me ponía cada vez que algunos de aquellos dichosos flashes asomaban de nuevo a mi cabecita.

Y malísima me puse también cuando comprobé que Martín no me cogía el teléfono ni a la de tres.

Capítulo 10

Pues sí que estaba buena la cosa. No paraba de darle vueltas al tema. Yo, que durante la fiesta le había dicho a mi prima con tanta convicción que arreglaría el tema con Martín, empezaba a pensar que, de conseguirlo, no me iba a resultar tan fácil como en un principio me supuse.

Y no solo eso. En vista de lo duro que se había mostrado conmigo, también estaba comenzando a creer que detrás de todo aquello se escondía algo extraño, y esa idea iba cobrando cada vez más fuerza en mi pensamiento. “Piensa mal y acertarás”, le he escuchado decir a mi madre de toda la vida de Dios.

Habíamos pasado de ser una pareja de novios súper felices, a dos verdaderos desconocidos en menos que canta un gallo. ¿Acaso estaba deseando encontrar un pelo al que agarrarse para decirme “chao, ahí te quedas”? Me costaba creerlo, pero cosas más raras se ven por ahí.

Por otro lado, aunque podía decirse bien alto que yo era una mujer libre en el momento en que entré por la puerta de aquel cuarto de baño con George y empezamos a enrollarnos, eso tan solo era en teoría para mí. La cosa era que tenía unos remordimientos que me estaban quemando en el alma.

Siempre he creído en el karma y, por tanto, en que todo daño que se hace termina cayéndole a uno encima. De modo que, si me había acostado tan alegremente con George, justo era que después el otro fuese tan duro conmigo. Y eso que ni se imaginaba lo que había ocurrido aquella noche.

Eso de que ni se lo imaginaba es lo que yo quería creer, pero está claro que nadie puede meterse en cabeza ajena. Trataba de adentrarme en la suya invirtiendo los papeles, de meterme en su piel para ver cómo me hubiera sentido yo, qué hubiera pensado, cómo habría actuado...

Y no llegaba a ninguna conclusión. Debía ser imparcial, pero, lógicamente, me inclinaba a mi favor de alguna forma, y es que no podía permitirme acabar dándole la razón. Todas esas cuestiones me estaban volviendo loca por minuto que pasaba.

—¡Hey, tú! Desentórtate de una puta vez y ya me estás cambiando de cara —la voz de mi prima me arrancó de cuajo mi run run.

—Lucía, yo...

—Yo, tú, él, nosotros, vosotros y ellos. Como en el colegio, cuando estábamos en clase de lengua, ¿te acuerdas?

—Sí.

Por unos instantes, se me vino la estampa a la cabeza. ¡Qué tiempos tan felices, tan entrañables! Entonces, poco teníamos en qué pensar y nuestro único sacrificio consistía en madrugar para ir al cole y hacer la tarea por la tarde en casa. Problemas los justos.

Más tarde, según van pasando los años, la vida empieza a apretarte las clavijas. Es como si te dijera “bienvenid@ al mundo real”. Y a partir de ahí, apáñatelas como puedas.

—Pues eso, Lorenita de mis amores. Arréglate, que me ha dicho George que todavía queda mucho fin de semana por delante y que nos tiene preparada una sorpresa.

—¡Ay, no! No tengo ganas de nada, prima.

—¡Ay, sí, guapita de cara! Con ganas o sin ellas, tú te me arreglas a la voz de “ya” y sales por esa puerta conmigo, que falta te hace despejarte.

Eso era cierto, con lo cual cogí mi neceser e hice cuanto pude por recomponer mis demacradas facciones, que no fue mucho. Dicen que la cara es el espejo del alma y la mía tenía que estar mucho más negra de lo que yo misma creía, a juzgar por la imagen que aquel en que me miré me devolvió.

Entre las ojeras que me llegaban hasta los pies y los ojos enrojecidos por la falta de sueño y las sesiones de lágrimas precedentes, más que una chica que había llegado hasta aquel glamuroso distrito de Estados Unidos para cumplir un sueño, parecía un zombi escapado de la coreografía de Thriller, del difunto Michael Jackson. Yo sí que parecía una difunta totalmente. Y mi prima pareció leerme el pensamiento.

—Se acabó el mortificarte con las pamplinas ¿vale?

—Vaaale.

No me quedaba otra. Cuando salimos de allí, George ya nos esperaba en el coche, aunque no era precisamente el mismo flamante Mercedes Benz de línea deportiva que había utilizado para recogerme en el aeropuerto ni para llevarme a donde vivía mi hermana.

Para esa ocasión, había echado mano de otro *buga* de gama superior, cuya marca una ni había escuchado siquiera en su humilde vida. Sabe Dios cuántos tendrían en el garaje de aquella morada de ricachones.

—Loren, qué bellísima te encuentras —me dijo George según me subí en el asiento del copiloto.

Lo de “te encuentras” me sacó una sonrisa de medio lado. Se veía a todas luces que el chico se esmeraba por perfeccionar nuestro idioma y, al menos, ya no me había llamado “beautilísima”.

—Gracias, pero no me veo yo muy fina.

—¿Fina?

Según se lo dije, entendí que le estaba complicando la existencia sin necesidad.

—Nada, déjalo y no me hagas ni caso. No tiene importancia.

—Eso. No le hagas ni caso que esta está hoy atontada perdida —intervino Lucy.

—¿Y se puede saber a dónde nos llevas esta tarde? —le pregunté.

—Esta tarde, esta noche y mañana. No digas más y pronto lo “verais” las dos.

En materia de verbos todavía le quedaba al pobre un trechillo curioso por recorrer. Por lo que respecta a nosotras, fue tan solo un trecho corto lo que nos separaba de descubrir esa sorpresilla que George nos tenía preparada.

—¡Puffff! ¡Esto es la bomba! —exclamó mi prima según se bajó del coche.

—Todavía tú no has visto nada —le contestó él.

Yo no comenté ni media palabra en esos momentos, y es que, mal que me pesase, seguía erre que erre en mi cabeza con lo de Martín y lo ocurrido la noche anterior.

Si me hubieran dicho al oído antes de montarme en aquel avión rumbo a tierras americanas lo que me supondría, tal vez me lo hubiera pensado un poco más, andaba diciéndome para mis adentros en el preciso instante en que George apagó el motor del coche y yo me disponía también a abandonar mi asiento. Dos palmadas de mi prima delante de mis propias narices pusieron fin a mi estupidez mental.

—¡Eh! ¡Se acabó! ¿Estamos?

—Estamos.

Y estábamos, pero no en un sitio cualquiera, no, sino en otro rinconcito increíble de Miami; en la Calle Ocho, también conocida como Little Havana. El colorido letrero a su entrada, donde reza “Welcome to Calle Ocho”, es la mejor muestra de lo que por allí se cuece.

Digamos que es un animadísimo barrio de ambiente cubano, con galerías de arte latinoamericano, restaurantes llenos hasta la bandera y chulísimas cafeterías con ventanitas a pie de calle en las que priman fumadores de puros, comprando café cubano a mansalva.

En un momento equis, dando vueltas por todas partes, tuve la sensación de estar en un circo, habida cuenta del colorido que se apreciaba en todas y cada una de sus esquinas.

—¿Te gusta este territorio? —quiso saber George.

—Territorio comanche... ¡ja, ja, ja!

—¿Perdón? Yo no he comprendido.

—Nada, nada. No te preocupes, era una broma. ¡Sí! ¡Me encanta! —exclamé, mucho más animada ya.

Sin embargo, el subidón del todo me dio entrada la noche ya, cuando después de cenar a capricho en un fabuloso restaurante de la zona, fuimos a caer en una de esas discotecas al aire libre con música latina.

Entre los tres vinos mientras cenaba, un par de copas de ron con Coca-Cola que me zampé del tirón en la disco, la alegría de mi prima, que ya no permitió que mis ánimos decayeran ni un segundo, y unas cosas y otras... ¿cómo lo digo para que no suene muy fuerte?

Resumiendo; detrás del wáter del servicio de mujeres quedó tirado mi minúsculo tanga rojo de encaje. Tal como suena. La cosa empezó con un tonteillo entre George y yo cuando le seguí hasta la barra en el momento en que se dirigió a ella para pedir otra ronda.

Y lo que fue un ligero beso en los labios que no debería haber ido a más pronto derivó en un casquete de esos de “aquí te pillo y aquí te mato” en aquel servicio que tengo perfectamente grabado en la memoria aún.

Tanto como la cara que se le quedó a una mulatilla que esperaba tras la puerta, al vernos salir de él a los dos juntos. Mi amante, con las mejillas como la Heidi y yo con media teta saliéndoseme por el escote...

Capítulo 11

Lo que sobre la marcha puede parecerse ir metiendo la pata una y otra vez, el tiempo se encarga muchas veces de demostrarte que eran simples pasos necesarios para forjar tu futuro, ese que no estaba previsto en tu mente, pero claro... eso con el tiempo, y no sobre el tablero de juego.

Y estaba también visto y comprobado que a mi prima no se le escapaba ni una jamás. Apañada era la niña. George había salido un momento “para recoger algo del coche”.

—¿Qué? Te supo a poco lo de anoche y te quedaste con ganas de más, ¿no? —me espetó sin cortarse un pelo en cuanto me senté nuevamente a su lado.

—¿Qué dices, loca?

—No, si ahora resulta que encima la loca aquí soy yo, no te fastidia —dijo bajando la mirada hacia mi pecho.

—¡Ay, madre mía!

Casi me entra un telele al darme cuenta. Me eché rápidamente mano al pecho para recolocarme el sujetador y cortar de golpe mi imagen de golfilla de tres peras al cuarto, a la par que Lucía rompía a carcajadas.

—Sí, sí, ay, madre tuya. Si supiera lo bien que te lo estás pasando con el americano, seguro que no le quedaba ninguna pena. Porque no le has contado nada de esto, ¿verdad?

—Pues no. Ni creo que le diga ni *mu*. ¿Para qué? Te digo que esto es un *affaire* que ha llegado hasta aquí.

—Y yo te digo a ti que eso ya lo veremos.

La aparición de George, que portaba una rosa roja en la mano izquierda y ocultaba su brazo derecho en la espalda, puso fin a nuestra “discusión”. Creo que debí quedarme blanca imaginándome la maniobra.

—Toma. Es para la chica más bonita de España completa.

Con lo de España completa fue esta que habla la que estalló en risas.

—Gracias.

Ese cumplido fue lo único que pudo pronunciar mi boca al tiempo que noté el típico calor repentino que te sube a la cabeza cuando te quedas cortada. Suerte que la embalada de mi prima se debió dar cuenta y salió al quite.

—¡Ah, mira tú qué bonito! Y a mí que me den por saco, ¿no?

Por saco, no, pero un zasca en todo el morro sí que se llevó porque casi no había terminado de decírselo cuando George echó el brazo escondido para delante y depositó en sus manos otra preciosa rosa como la mía, solo que blanca.

—Bocazas, que eres una bocazas, primita... ja, ja, ja.

Decidí no probar ni una gota más de alcohol a partir de ese momento, y es que ya andaba yo un tanto suelta a esas horas. Además, quería disfrutar del tiempo restante con la mente lo más despejada posible.

Me venían al pensamiento retales sueltos de la noche anterior en brazos de George y, aunque no me disgustaban tanto los recuerdos, en cierto modo achaqué a la bebida ese capítulo.

Para colmo, acababa de montármelo otra vez con él en los retretes. ¿No era para matarme? ¡Qué comedero de tarro, la virgen! En cambio, cuando las cosas han de suceder, suceden, te

pongas como te pongas.

Y en mi caso, resultó que volví a ponerme en mil posturas un poco después. A eso de las cinco de la mañana, el ambiente empezó a flojear, coincidiendo con la sarta de bostezos con que comenzó a obsequiarnos mi prima.

—Chicos, es tarde. ¿No os parece que debiéramos ir volviendo ya a casa?

—Tienes razón, Lucía.

La verdad es que a día de hoy todavía no tengo muy claro si verdaderamente él estaba cansado o si lo que estaba era loco por volver a meterme en el catre, pero lo cierto es que le dio la razón y acto seguido se levantó de la silla, dando por terminada nuestra estancia en aquella discoteca.

—Ummm... estoy deseando coger la cama y abrazarme a la almohadita —murmuró Lucy.

—Pero yo no debo conducir ahora. He bebido —dijo él.

—¡Qué gracioso, no te digo! Si te parece, nos metes en el coche según estamos y nos dejas ahí durmiendo.

Para nada era su idea. George, que conocía el terreno como la palma de su mano, nos propuso enseguida ir a pasar lo poco que quedaba de noche en un hotel, según él, a tan solo tres minutos a pie del punto en que nos encontrábamos.

Así era. En un pis pas, ya estábamos los tres ante la imponente fachada de lo que terminó siendo un hotel todavía más guapo por dentro de lo que dejaba entrever por fuera, con una terraza plagada de plantas tropicales gigantescas y con vistas espectaculares de los alrededores.

Nuestro George habló con el recepcionista y, a pesar de que yo particularmente no entendí palabra por palabra lo que hablaban, sospeché sus intenciones cuando se volvió hacia nosotras con tres tarjetas en la mano, es decir, había pillado tres habitaciones. Y las tres eran dobles, por cierto.

Le entregó una a mi prima y a mí me dijo al oído con disimulo que tenía varias opciones: dormir con Lucy, en la mía a solas o hacerlo con él en la suya. Ahí lo llevas, Lorenita, me dije. Así se las gastaba el muchacho. Desde luego, está visto que no hay nada como que a uno le sobre el dinero.

Mi prima dijo que no quería saber nada de nosotros y que hiciésemos lo que nos viniera en gana. Eso fue justamente lo que hicimos. Ella se encerró en la suya, yo en la mía y George tiró para la que le correspondía.

Me acosté, pero el sueño se me había espantado por completo y contemplaba el techo con los ojos como los búhos. Al cabo de cinco minutos nada más, oí un par de toques suaves en mi puerta. Era él. ¿Quién iba a ser si no?

Dado que el aterrizaje en aquel hotel había sido producto de la improvisación, ninguno de nosotros llevábamos un pijama ni nada por el estilo, de manera que yo me había metido en la cama en tanga y sujetador. Admito que no tuve ningún reparo en recibirle de tal guisa al abrirle la puerta de inmediato.

—¿Se puede? —me preguntó con una educación que se desvaneció en el aire en cuestión de segundos.

—Pasa, anda...

Imagino que el verme tan receptiva fue la puntilla para que el hombre terminara desmelenándose por completo, y es que apenas me había dado tiempo de chapar la puerta cuando ya me había acorralado contra la pared y se lanzó a mi cuello como una jodida fiera.

¿Para qué nos vamos a engañar? Yo tampoco me las di de santa. Es más, pensé que, de perdidos, al río. Total, ¿no me lo había tirado ya un par de veces? Por una vez más, ya daba lo

mismo.

Sí, sí, por una vez más. Pero esa tercera vez tuvo matices distintos, puesto que una estaba más consciente que la noche anterior y contaba con un escenario infinitamente más cómodo que el servicio de la disco que acabábamos de dejar atrás.

Así que esas cuatro paredes fueron testigos del homenaje que nos metimos para el cuerpo; una sesión de sexo en toda la extensión de la palabra. Omitiendo los detalles guarrillos, diré tan solo que hasta la bañera nos oyó aullar como los lobos.

Ya más calmados sobre las sábanas, se me vino de golpe algo a la cabeza que me inquietó, y es que no habíamos tomado precaución alguna. Y no era eso lo peor; era un error que venía repitiéndose desde el principio entre nosotros. Aparté como pude la puyita de mi cerebro y terminé rindiéndome al sueño.

Cuando quisimos abrir los ojos eran ya alrededor de las doce de la mañana. Por instinto, eché mano al móvil y vi que tenía un WhatsApp de mi prima en el que me decía que era una “perraca” y que nos esperaba en la cafetería.

Allí estaba la pobre esperándonos cuando bajamos a la carrera, releendo las hojas de un periódico y con tres tazas de café vacías por delante.

—¡Vaya! Resucitaron los muertecitos —dijo con toda la ironía del mundo.

Aun así, yo, que la conocía mejor que si la hubiera parido, sabía que no estaba enfadada con nosotros ni mucho menos.

—Eh, George, mira esto.

Le enseñó una foto que aparecía entre las páginas centrales del diario y le preguntó si estaba lejos de donde estábamos.

—Para nada. Bueno, yo tenía otra sorpresa para tú y Loren y *me*, pero vamos allí si “preferirís”.

No sé si lo “preferirimos” o no. El caso es que no tardamos en caer en el “Jungle Island”, un parque temático que simula una selva tropical donde te vas topando con toda clase de animales exóticos.

Los cientos de guacamayos con ese plumaje de extraordinarios colores eran los que más me llamaban la atención, aunque los monos de todos los tamaños también eran para no perderse los.

Caimanes americanos, pingüinos africanos, inmensas plantas que rebosaban vitalidad... en suma, se trataba de un lugar bastante cuidado y digno de ver si se tiene la oportunidad.

Echamos en ese lugar un día inolvidable los tres juntos. Fue precisamente tomándome una piña colada en aquellos impresionantes chiringuitos rodeados de agua cuando, viéndome en medio de esa buena vidorra, me dio de nuevo por reflexionar.

“Hay que jorobarse, lo bien que vive la gente con pasta. Firmaba yo ahora mismo por quedarme aquí el resto de mis días. Aquí o por aquí. Cualquier parte de Florida me vale”.

Y tanto que sí, pero una cosa eran mis ganas y otra bien distinta la cruda realidad: yo estaba de paso por esos lugares para cumplir un objetivo y, en cuanto lo alcanzase, se me acabaría el duro. Qué ignorantes podemos llegar a ser con nuestras elucubraciones, *mae* mía...

Capítulo 12

Lunes por la mañana y un maremágnum de sentimientos en mi cabeza que no me iban a dejar vivir...

Pensé en mi madre y en que era mi obligación dejar por un rato mi vida sentimental a un lado y centrarme en lo verdaderamente importante; buscar a mi hermana.

Ese día ya debería estar de vuelta de viaje y, como no podría ser de otra manera, ya la habrían puesto sobre aviso. Por un lado, la chica de servicio de su casa y, por otro, probablemente sus amigos, pues no creía que se les hubiera saltado por alto que yo tenía algo que ver con su familia, por mucho que mi menda lerenda hubiera intentado disimular.

Después de un fin de semana sin parar (y tanto que sin parar, ya me valía), y todavía con las emociones a flor de piel, tampoco podía evitar pensar en Martín y en las muchas ganas que tenía de escuchar su voz. Sí, sí, en Martín, podía sonar muy fuerte después de las veces que me había liado con George, pero es que mi cabeza hervía.

Temblando si tenía que temblar, telefoneé a Martín.

—¿Todavía no te has enterado de que no quiero saber absolutamente nada de ti? Creí que tenías más dignidad, Lorena.

La frialdad de sus palabras traspasó mi dolorido corazón.

—Martín, creo que tendríamos que sentarnos a hablar cuando yo llegara.

—Pues nada, cuando llegues siéntate y ponte cómoda, que ya llegaré yo si eso... en otra vida.

—No seas sarcástico, por favor, que me estás haciendo polvo.

—Y tú no me pongas ciertas frases a huevo, porque entonces entro al trapo y va a ser peor.

—No he querido decir eso, no seas borde y no me faltes al respeto.

—Aquí la única que no me ha respetado, faltando a la verdad, has sido tú...

—¿Martín? —pregunté cuando el tono del teléfono me indicó que me había colgado sin siquiera decir un triste adiós.

—Te ha dejado con la palabra en la boca, ¿no? Prima, es lo que te mereces, que parece que te has caído de un guindo o algo —me preguntó Lucy al encontrarme de aquella guisa.

—Lo que tú digas.

Demasiado tiempo con Martín como para hacerme a la idea de haberlo perdido. Cierto que, aunque lograra su perdón, quizás fuera yo misma la que no me perdonara haberle puesto unos cuernos como de Miami a la luna, pero tenía que ir por pasos. Volví a marcar.

—Martín, por favor, escúchame —le insistí cuando descolgó.

—Es cansina, la tía es cansina —escuché decir a alguien que, desde luego, no era mi novio. Alguien a quien yo conocía a la perfección y a quien consideraba una comadreja sarnosa... alguien llamado Rosa.

—¿Es Rosa quien ha hablado? —le pregunté en el colmo de la angustia.

—Sí, es Rosa, ¿tienes algo que objetar? —me preguntó y la venda que, hasta ese momento había tenido en los ojos, se me cayó y por fin pude ver que era del tamaño de una sábana y lo suficientemente opaca como para no dejarme observar con nitidez la realidad.

—No, no tengo nada que decir al respecto, solo que eres un miserable y que te ha faltado el tiempo para meterla en tu cama —dije en el tono más decidido, pensando a continuación que quién

era yo para hablar por mucho que aquel gesto me hubiera hundido en la mierda, cuando me había convertido en una ponecuernos de libro en Miami.

En ese instante y, recordándome que el desayuno estaba ya servido, mi prima volvió a entrar en el dormitorio y, al verme de esa guisa, me abrazó fuerte, muy fuerte...

—Prima, se ha acostado con Rosa, Martín se ha acostado con Rosa —sollocé sobre su hombro.

—Bueno, tonta, pues así ya no tendrás nada por lo que sentirte mal, empate técnico. Bueno, que igual tú todavía le ganas por goleada, no se sabe.

—Muy graciosa, mi mundo se está yendo a la misma mierda.

—Tu historia todavía no está escrita, Lore, y te advierto de que este es un sitio estupendo para empezar a meterle la pluma...

Una hora después, y conduciendo George (quien permanecía ajeno a mi llamada a Martín) llegamos al campus y pensé que había otras vidas, pero que eran más caras.

Madre del amor hermoso la cantidad de coches de lujo que estaban aparcando allí los pijos aquellos. Eso era vida y lo demás eran tonterías.

—Caliente, caliente —me dijo mi prima y supuse que ya estaba de nuevo con sus bromitas de índole sexual.

—Prima, ya está bien, que tengo unos nervios que voy a necesitar tila inyectada en vena, pero directa.

—Relax, que no lo decía por eso, pero que como sigas andando recta te comes a tu hermana.

—¿Qué dices? —En ese instante sí que se me pusieron los pelos como escarpías.

—Que allí la tienes...

Los palitos del sombrero se me cayeron cuando vi el plan. Mi hermana, que se parecía a mí como lo hacen dos gotas de agua, estaba pletórica pareciendo aleccionar a una sarta de pijas que la escuchaban como si estuviese predicando el evangelio.

Por su forma de hablar y por cómo gesticulaba, me pareció cualquier cosa menos sencilla y por un instante pensé que en mí no iba a ver más que a una pueblerina, pero rápidamente deseché la idea. Por el amor de Dios, era mi hermana.

No pensé ni un segundo más y me lancé corriendo a sus brazos.

—¡¡Cecilia!! —chillé y vi cómo ponía una cara de asco impresionante.

—Uff, quita, quita... —me dijo cuando intenté echarme en sus brazos.

—Cecilia, soy tu hermana, Lorena...

—Yo no tengo hermanas. —Me miró haciéndome sentir de lo más insignificante mientras su séquito comenzaba a murmurar, pues parecían alucinadas.

—Sí, soy tu hermana. Y gemela, ¿acaso no ves el parecido? —Yo hacía un esfuerzo porque me saliera un inglés más o menos decente.

—Un aire te das, pero en pobre. Mira, niña, te repito que yo soy hija única y si me sigues molestando llamaré a seguridad del campus para que te pongan de patitas en la calle. ¿Tú acaso estudias aquí?

—¿Yo? No, claro que no, pero mi prima sí, bueno nuestra prima, Lucía.

—¿Otra vez tú? —La miró con las mismas pocas ganas que a mí.

—Sí, otra vez yo, que en mala hora me di de cara contigo, pues vaya joyita que íbamos a incluir en la familia. Lorena, vámonos que esta idiota no vale ni para estar escondida, mejor le decimos a tu madre que fue un error.

—No, Lucy, esta me va a escuchar quiera o no quiera. Tiene que saber que su madre está en Málaga y que es una mujer impresionante, ya quisiera ella llegarle a la suela del zapato.

—Yo no tengo madre, niña. Mi madre murió en el parto. —Los ojos encolerizados de mi hermana irían a más cuando yo le dijera todo aquello que quería soltar por la boca.

—De eso nada, monada. Tu madre, que también es la mía, vive en Málaga y a mucha honra. Menuda mujer, cuando la conozcas se te van a quitar todas las tonterías de golpe, que tú no eres de Miami ni nada que se le parezca, que eres andaluza.

Las pavisosas que la rodeaban se echaban las manos a la cabeza, por lo que llegué a la conclusión de que algo me estaría yo haciendo entender.

—Deja de decir sandeces, cállate ya, te lo estás inventando todo. —Las mejillas de mi hermana iban a entrar en erupción, al final íbamos a ser gemelas, pero una en blanca y otra en colorado.

—Mira, aunque no te merezcas que te diga que ni por ahí te pudras, te voy a enseñar unos patucos que te manda mamá. Te los hizo ella cuando estaba embarazada.

Los saqué de mi bolso y se los mostré. Ella se echó para atrás como si mordiesen.

—Niña, que nosotras seremos pobres pero muy limpias, a ver si te crees que de los patucos van a saltar piojos.

—Quita eso de mi vista, qué horterada, yo solo he vestido en mi vida ropa de marca.

—Yo no sé lo que te hacía, puedes disimular todo lo que quieras, pero llevas la misma sangre en las venas que yo.

Una de las chicas se dirigió a mi hermana y su rostro fue todavía más iracundo.

—Cecilia, esta chica se parece mucho a ti, yo creo que sois gemelas...

—¡¡Lárgate!! —le chilló ella.

Lo más increíble del asunto es que la otra cogió las de Villadiego como si fuera un perrito faldero.

—¿Alguna otra va a decir una tontería parecida? Yo soy única y exclusiva y quien se atreva a contradecirme quedará inmediatamente expulsada del grupo.

Lucy y yo nos miramos como si nos hubiéramos comido un kilo de setas alucinógenas cada una.

—¿Del grupo? Querrá decir del reino, esta chalada se cree de verdad que es reina y que tiene una corona y todo, por mi madre de mi alma que a esta le había hecho falta que le hubieran dado dos o tres buenos sopapos de pequeña en nuestro barrio —me comentó Lucy mientras yo miraba a mi hermana pensando que vaya bicho que había echado mi madre al mundo.

Guardé los patucos y pensé en mi madre y en la suerte que había tenido de ahorrarse aquel numerito, aunque ella era una mujer de armas tomar y, con un poco de mala suerte para mi hermana, le hubiera cruzado la cara allí mismo.

—Nos vamos, Cecilia —le anuncié con contundencia pensando que era una verdadera pena que existieran personas así.

—Adiós —me soltó con total frialdad.

Giré sobre mis talones y, aunque me quedé con ganas de que salieran unos cuantos sacos y culebras por mi boca, me contuve.

—¿Quieres que me vuelva y le cante las cuarenta, prima? Te prometo que le tengo unas ganas que no son ni medio normales, yo a esta la entero de lo que vale un peine en un momentito.

—Déjalo, Lucy, es evidente que niega la mayor. Ella no es tonta y el parecido no deja lugar a dudas, pero no le interesamos. A estas alturas es muy posible que su padre le haya contado una milonga y que le interese creérsela antes que volver con las pobretonas.

—Pues que la parta un rayo, prima. Tú ya has hecho todo lo posible, has viajado hasta aquí, le has hablado, has intentado abrirle los ojos y ni siquiera te ha querido escuchar...

—Es que tengo una pena, sobre todo por mi madre. Lucy, ¿nos ha mirado un tuerto? De unos días para acá no levantamos la cabeza, ya verás cuando se entere del asunto.

—¿Se lo vas a contar? Es que es muy cruel, yo no sé si es mejor decirle que todo esto ha sido una equivocación.

—Sí, y que el día de mañana se entere de la verdad y me coja a mí por el cuello como a Burt Simpson, de eso nada.

—Ozú, qué plan... Yo no me cambiaba por ti, vaya aterrizaje que vas a tener en Málaga. Prima, yo de ti me pensaba lo de George. —Ya estaba tardando en volver a la carga.

—Qué pereza me da cuando te pones tan pesadita, hija mía...

Y precisamente fue con George con quien nos dimos de frente, pues aguardaba en la puerta del aulario nuestra llegada.

—¿Cómo te fue? —me preguntó enarcando una ceja al ver la cara de malas pulgas con la que yo iba avanzando.

—Pues nada más que veas que estoy alegre como unas castañuelas —le contesté emulando el gesto de la gitana del WhatsApp.

—¿Unas castañuelas? —repitió sin saber lo que eran.

—Sí, sí, unas castañuelas para bailar flamenco, déjalo, ya te lo explicaré otro día que ahora a ver qué hacemos con esta...

Lo peor del asunto era que mi prima y George tenían clase y que me iba a quedar más solita que la una en una mañana en la que me encontraba fatal...

—Os veo luego. —Apenas me salía la voz del cuerpo y fui a sentarme en aquella enorme escalinata que antecedía a uno de aquellos edificios que estaban reservados para el estudio de lo más granado a nivel social de un distrito ya de por sí privilegiado.

Por unos instantes pensé que mi prima sí que había sabido aprovechar bien las pocas oportunidades que la vida le había ofrecido y ahora estaba viviendo una experiencia increíble en una universidad que su madre no le habría podido costear ni en mil años que viviera.

Sin embargo, yo, igual sí tenía que claudicar y pensar que me había conformado con menos, ¿y si todavía estaba a tiempo de apuntar más alto y mirar hacia arriba en lo laboral en vez de contribuir a que fueran otros los que se enriquecieran a mi costa y a la de mis compañeros?

Cerré los ojos y me imaginé inaugurando mi propia escuela de maquillaje profesional e incluso subiendo tutoriales a un canal de YouTube que yo misma habría creado al efecto, consiguiendo una legión de seguidoras.

—Lore, ¿estás bien? —Mi prima bien sabía que no lo estaba.

—No te preocupes, solo me había quedado un poco ensimismadilla.

—La engreída esa de tu hermana te ha dejado loca, ¿no?

—Hombre, una paliza emocional sí que me ha dado, tengo la cabeza como una cafetera.

George se me quedó mirando y debió pensar que como una cafetera no, pero que igual me venía bien un café.

—Una cafetera, jaja, te invito a la cafetería. —Se detuvo en cada una de las sílabas como quien está diciendo un trabalenguas.

—Anda, sí, llévatela a la cafetería, que yo no puedo faltar hoy ni a una clase —añadió mi prima.

—Y tú tampoco debes faltar, me niego —le comenté a George causando su risa por lo enfadada que lo dije.

—Pareces mi madre, déjame que yo sí que puedo y además me apetece mucho —argumentó y

lo malo era que yo sí que necesitaba compañía, por mucho que dijera que no.

—Por este no te preocupes que ya te he dicho que es un listillo, prima, y si dice que no tiene que ir a clase será porque ya se haya empapado el libro entero, te lo digo yo.

—Pues no lo tengo tan claro, a ver si al final os voy a perjudicar yo con mis tonterías.

—Y dale la burra al trigo, no es pesadita ni nada mi prima...

Capítulo 13

Aquello no podía quedar así. El martes por la mañana, después de haber caído de nuevo la noche anterior, me levanté en la cama de George y pensando que tenía que hacer algo.

—Debo pillarla cuando esté a solas, delante de las otras arpías no va a reconocer absolutamente nada.

—Ya, es que esto que os está pasando es muy fuerte. ¿Cómo está tu madre? —me preguntó él dándome un abrazo, pues aquello parecía ya estar trascendiendo el ámbito meramente sexual. ¿En qué estaba pensando yo?

—Pues te lo puedes imaginar. Nosotras siempre hemos sido muy sinceras la una con la otra y ayer le conté el glorioso encuentro con mi hermana, Me imagino que se habrá pasado la noche llorando. Le estoy cogiendo un coraje a la niña esa...

George me abrazó y, aunque la sensación fue de lo más reconfortante, salí volando para la ducha. No quería pensar en que aquello fuera a más. Ya estaba bien de líos. Reconocía que se me había ido la pinza por completo y que me lo estaba pasando genial con él, pero tocaba volver a poner los pies en la tierra. En tres días yo volvería a Málaga y aquello solo sería un recuerdo.

—Hoy también me quedo contigo —me dijo en referencia a que no iría a clase. Ya llevábamos más de veinticuatro horas solos en aquella casa, con mi prima en el campus, y yo no sabía ni qué pensar de todo aquello.

—No, no, tú te vas a estudiar, que al final tus padres van a odiarme, ¿qué viene a ser esto de quedarte todos los días conmigo? Ya lo hiciste ayer y va a ser que no.

—¿Es que acaso se te ocurre alguien mejor con quien “hacer olas”?

—¿Con quien “hacer olas”? ¿Qué dices? A ver si te has creído que yo soy Poseidón, el rey del mar, tú querrás decir “coger olas”.

—Eso, coger olas —repuso mirando la tabla que tenía en su dormitorio.

—Mira, yo en lo alto de una tabla de esas iba a durar lo mismo que un chupa chups en la puerta de un colegio, chaval, es decir, ni dos segundos.

—Yo te enseña —insistió con su particular manera de conjugar.

—Tú ya no me enseñes nada más por lo que más quieras, que ya me has enseñado bastante.

—Vente conmigo a la playa. Lo pasaremos muy bien, yo prometo.

Bueno, por lo menos este no era uno de esos que “después de metido, nada de lo prometido”, este seguía haciendo promesas y eso que ya me había dado hasta en el cielo de la boca.

—Pero solo si ahora pasamos por la casa de mi hermana, quiero pillarla antes de que se marche a la universidad.

—¿A ti te gusta que te den? —me preguntó y, por la forma de hacerlo, no pude más que reírme.

—¿Cómo que me den? —Ya le había yo demostrado que sí que me gustaba, no me reconocía ni yo.

—Que te den palos, tu hermana es un poco bicho y no para de arrear palos a ti...

—Sí, George, ya lo sé, ahora que en cualquier momento me vuelvo yo como “el tío de la vara” y esta va a tener que ir a ponerse dientes nuevos.

Él se reía con mis cosas y, convenientemente ataviados para ir más tarde a la playa, nos dirigimos a la casa de mi hermana.

—Buenos días, señorita —me dijo con cara de espanto la misma persona de servicio que me había atendido en la primera ocasión.

—Buenos días y vamos a dejarnos ya de monsergas, dígame a mi hermana que baje, que para luego es tarde.

—¿Qué está pasando aquí? —Ronald entró en escena y ahí me temblaron un poco las piernas. Hasta ese momento yo solo pensaba en ese gusano como en el padre de mi hermana, pero al tenerlo delante de mí tomé conciencia de que también era mi padre.

—¿Tú eres...? —Estiró el brazo como queriendo acariciar mi pelo.

—Soy tu hija, sí, y tú el malnacido que le ha dicho a mi hermana que tiene que renegar de su familia, ¿o no es así?

—No, no, eso no es así...

—¿No es así? Pues yo creo que sí, fíjate... Creo que le has dicho que nos eche a los perros cada vez que aparezcamos y que ya nos cansaremos de insistir, ¿y sabes lo que te digo? Que has ido a dar en hueso duro, que yo no me voy a cansar hasta que me la lleve a Málaga, que ayer tiré la toalla, pero que hoy me he levantado otra vez farruca.

Menuda carrera que había cogido, pero es que lo solté todito en castellano, aprovechando que él me estaba entendiendo.

—Estás pensando de más, tu hermana no reniega de ti, solo es que es cierto que piensa que su madre murió en el parto y que quizás tú solo seas una oportunista.

—¿Mi madre morir en el parto? Ya os vale a tus padres y a ti, so crápula. Con mi madre no hay quien pueda,

—Yo... yo era muy joven y mis padres tomaron una decisión, tienes que entenderlo.

—No, no tomaron una decisión, sino que le robaron una de sus hijas a mi madre. Y ojalá que ardan en el infierno por ello, yo los maldigo.

—Quizá ya estén ardiendo, pues murieron en un accidente de barco hace unos años...

Del piso de arriba provenían unos tacones que no podían ser otros que los de mi hermana.

—Papá, ¿qué hace aquí esta farsante? —le preguntó con los mismos aires de “me voy a ventilar al mundo entero” que ya había mostrado el día anterior.

—Ceci, hija, no es ninguna farsante. Esta muchacha es tu hermana...

—Pero papá, ¿entonces? No me digas que todo lo que ella me ha dicho es verdad, ayer mismo me dijiste que mentía...

—Sí, pero ayer mismo no la había visto todavía, no la había tenido delante de mí y pensado que ella también era mi hija, igual que tú...

Cecilia lo miró con inusitada ira y a mí me dedicó otra mirada igual de cariñosa.

—¡¡Os odio, os odio!! —Salió corriendo de la casa y, sin mediar palabra, debió poner el coche de cero a cien en un periquete.

—¿Ves lo que habéis logrado? Me temo que vas a pagar por todos tus pecados juntos. Yo no sé si mi madre ganará o no una hija, pero es probable que acabes de perder a Cecilia y, en cuanto a mí, no quiero volver a verte en la vida —le espeté, dándole la espalda y saliendo de aquella casa.

Buscar a Cecilia en Miami hubiera sido como buscar una aguja en un pajar. Absolutamente conmocionada y abrazada por George, salí de aquella casa.

Preferí no remover más la mierda y no contarle a mi madre nada de esto último hasta ver por dónde salía el sol.

—Bonita, tú y yo vamos a surfear de todos modos, lo que tenga que ser, se hará...

—Más bien lo que tenga que ser, será. — Que ya sabía lo que George y yo hacíamos, algo que

cada vez tenía más ganas de repetir, dicho sea de paso.

Yo me miraba y no me reconocía. Por un lado, me seguía acordando tela de Martín, pero luego George se me ponía por delante y se me nublaba el sentido por completo.

Lo que no estaba nublado era el día, sino todo lo contrario, de lo más soleado, por lo que me dispuse a dejarme enseñar por el surfero de mis amores. Recordé que, en mi infancia, en Málaga, muchas veces quise hacer surf, pero en casa no nos llegaba para tablas, neoprenos y clases.

Un rato después estaba en el agua con George, quien me explicó que allí el surf no era un deporte tan extendido ni popular como en California, pero que, pese a ello, el día que la meteorología lo permitía, las fuertes oleadas también hacían que se disfrutara de lo lindo.

Por fortuna, parecía que la mejor época para practicar ese deporte era en los meses de verano, al coincidir con los huracanes de la región.

—Chiquillo, qué miedo, mira que un huracán es lo que parece ya haber pasado por mi vida, solo me faltaba.

—Si viene un huracán, yo protejo a ti —me dijo en un tono tan dulce que le di un beso en los morros, sin más. Ya de perdidos, al río.

Pese a que las circunstancias personales no me eran propicias, lo pasé de miedo intentando aprender a surfear. Caída tras caída, George me levantaba e incluso también caía un beso sobre otro en un mar que parecía regalarnos lo mejor de sí.

En cuanto al resto de la playa, estaba, como diría el Dúo Sacapuntas “*abarrotá*” y el espectáculo de tantísima tabla colorida surcando las aguas era inigualable.

—¡¡He podido, he podido!! —le chillaba yo cuando por fin me vi de pie en lo alto de la tabla.

—¡¡Eres una “*championa*”!! —me chilló él haciendo que mis carcajadas resonaran por encima de las olas.

—Será una campeona, alma de cántaro...

Por desgracia, y aunque para mí era un hito personal el ponerme de pie sobre aquella tabla, muy campeona no me sentía, esa era la realidad. Ni había logrado conseguir que mi hermana quisiera conocernos ni sabía hacia dónde se dirigía mi futuro sentimental.

—Tú podrías quedarte en Miami conmigo...

—¿Estás loco? —Tumbados en la arena, George acababa de hacerme una propuesta que me sonó de lo más disparatada.

—¿Por qué? Tú podrías acostumbrarte, Miami es muy bonito.

—Y tú podrías acostumbrarte a Málaga, por esa regla de tres simple, míralo...

—¿Tú querer que yo viaje contigo a Málaga? Porque si es así, yo viajo...

—Sí, sí, a la feria de Málaga te podrías venir —bromeé.

—¿Qué es la feria? —me preguntó con interés.

—Uff, eso es algo que no se puede aguantar, la mejor fiesta del mundo.

—¿Fiesta? Tú me has dicho la palabra mágica... mí querer fiesta.

—Y mi querer poner mi vida en orden, que parece que le ha pasado por lo alto un rinoceronte —le confesé mientras, tumbada en la arena, observaba aquellas emblemáticas torres de los vigilantes de la playa.

—Yo puedo ayudarte...

—Sácame una foto, anda —le dije con ánimo de enviársela a mi amiga Nazaret, que esa sí que iba a flipar cuando se enterara de todo lo ocurrido, pues no había vuelto a hablar con ella.

Abrí su canal de WhatsApp y comprobé que me había escrito un buen montón de mensajes. Ya apenas le quedaban emoticonos para intentar llamar mi atención. Llevaba unos días que parecía

haber caído no en otro continente, sino en otro mundo.

—¿Le mandas foto a tu amiga? Yo también quiero conocer a tu amiga —me espetó y me sonó peor que mal.

—Oye, guapo, ¿tú no dejas títere con cabeza? Espera por lo menos a que yo me haya ido para intentar hincarle el diente a otra, que todos los tíos sois iguales.

—No te enfades, yo quiero conocer a ella, porque es tu amiga, pero mi novia ser tú. También quiero conocer a tu madre y...

—¡Para el carro! ¿Qué has dicho de novia?

George estaba haciendo un soberano esfuerzo por hablarme todo el tiempo en castellano, pero yo estaba a un tris de que se comiera una a una sus palabras...

—Yo quiero ser tu novio y que tú seas mi novia, me gustas mucho, Lore.

Miré al cielo haciendo el gesto de que me daba un tiro en la sien. ¿Cómo iba a salir para Miami con un novio y regresar en una semana con otro?

Imaginé que Lucy me diría cuatro cosillas al respecto, pero yo no era así. O, mejor dicho, nunca había sido así, porque ahora ya no sabía ni qué pensar de mí. Y esa era otra, que pensar en mí era lo de menos, pues menuda papeleta teníamos por delante con una Cecilia desaparecida y con una madre a quien le estaba corroyendo la pena.

—Dame un beso —le pedí sin pensar.

—Entonces, ¿vas a ser mi novia? —me preguntó con desbordante alegría.

—Pues lo mismo sí.

Capítulo 14

Lloré al despedirme de Lucy, pero más al hacerlo de George. Ya estaba en el aeropuerto y nada había podido volver a saber de mi hermana...

—He hecho un pan como unas hostias aquí en Miami —le confesé a Lucy entre lágrimas.

—Ey, nada de infravalorarte, ¿eh? Que eso está muy requetefeo, Lore. Tú lo has hecho lo mejor que has podido y la papeleta que te encomendó tu madre no es que fuera precisamente fácil tampoco, prima.

—No, no, eso vive Dios que es verdad, no ha sido para nada fácil, pero yo me siento más inútil que la “p” de psicólogo, no he logrado absolutamente nada.

—Gracias por la parte que toca a mí —George me miró con pena y yo sentí que en ese instante me había colado tres pueblos al escucharse lamentarse en su particular castellano.

—Perdona, guapísimo, no lo decía por ti. Tú sí que mereces la pena, eres lo mejor que me llevo de aquí.

—Pues todavía me puedes meter en la maleta y me llevas a Malaga...

—Dices allí Malaga y te dan con un palo en la boca. Es Málaga...

—Pues eso, Malaga...

Me eché a reír, pues nada a “Malaga” que me iba. Era reír por no seguir llorando, que los chicos no se merecían que yo les diera ese disgusto.

Reconozco que se me partía el alma de dejar allí a George pues, más allá de un buen puñado de polvos gloriosos, el chico se había ido acercando a mi corazón en un tiempo que era de récord Guinness. Pero ahora tocaba volver a la realidad o, mejor dicho, cada uno a la suya, porque las nuestras eran dos realidades muy distintas.

Recuerdo el vuelo hacia Málaga de lo más sombrío. Cuánta tristeza acumulada, tanto por lo estéril de la búsqueda de mi hermana como por el alejamiento de George, un hombre que podría haber sido el de mi vida de no ser porque vivía donde Cristo perdió la boina y porque pertenecíamos a mundos distintos, el suyo infinitamente más glamuroso y rico.

Mi madre me recibió a bombo y platillo, como si fuera una auténtica heroína.

—Hija mía, estoy súper orgullosa de ti, no podrías haberlo hecho mejor —me soltó en cuanto me vio aparecer por las puertas.

—Mamá, sí que podría, ha sido un desastre total, no he logrado nada.

—¿Un desastre, dices? No me seas tontuela, has hecho todo lo posible y te has enfrentado incluso al bicho inmundo de tu padre. En el fondo soy yo quien tendría que haber hecho todo eso y te lo has comido tú solita, mi niña...

—No digas eso, mamá. —Los ojos se me llenaron de lágrimas y corrí a mi dormitorio, donde no puede más que dar un grito de júbilo.

—¿Te gusta, Lore? —me preguntó apoyándose en el quicio de la puerta.

—¿Bromeas, mamá? Es el traje de faralaes más bonito del mundo, pero ¿tú lo has visto bien?

—Sí, cariño. Llevaba todo el año ahorrando para él y se lo encargué hace un mes a Rafaela, la costurera.

—Mamá, no sabes cómo lo voy a lucir sobre el albero. Me muero de ganas. —Me lo puse por encima e hice el arranque de bailar con él.

—Pruébatelo como Dios manda, hija, y que te vea yo las hechuras esas tan bonitas que tienes con él puesto.

—Ahora mismo, mamá.

Me lo probé y ella empezó a dar palmas.

De color malva y con su mantoncillo en pico, sus mangas eran de lo más voluminosas y sus pasacintas y tiras bordadas hacían del vestido una auténtica obra de arte.

—Estás increíble mi niña, pareces una señoritinga de esas que salen en las portadas de las revistas con sus trajes, subidas en los coches de caballos y del brazo de un buen mozo.

—Mamá, esto te debe haber costado un huevo de pato, me da penita...

—¿Penita? Penita me hubiera dado a mí no poder comprártelo, hija. Ahora me siento feliz por vértelo puesto. Qué más quisiera que tener que hacer un esfuerzo para comprar dos, y regalarle uno a cada una de mis gemelas, pero a este paso me parece que ese día no va a llegar nunca.

—Nunca es una palabra muy grande, mami, aunque sí es verdad que hoy por hoy parece que lo tenemos un poco difícil.

—Tu hermana no es como tú, ¿verdad?

—Mamá, tenemos que entenderlo, ella tiene una vida de lujo, como las de las series, que nada tiene que ver con las nuestras, eso es así.

—Pues sí, Lore, ojalá que tengas razón y que todo esto algún día se arregle y yo pueda tener en mi regazo a mis dos hijas. Nada me haría más feliz que eso.

—Seguro que sí, mami —suspiré y pensé que, por fin, ya estaba de vuelta en casa.

Un par de días después, al salir de mi trabajo, quedé con mi amiga Nazaret a la que tenía que poner al corriente de cuanto me había ocurrido.

—¿Y dices que el tío está bueno para reventar, que es un cerebritito y que encima es hijo de unos millonetis? Pues sí, hija mía, lo tuyo es toda una tragedia, no sé cómo vas a poder vivir con todo eso.

—No seas lerda, eso es ya agua pasada de esa que no mueve molino, como diría mi madre...

—Cariño, ¿y por qué? No seas tonta, tienes que aprovechar esta oportunidad que te ha dado el destino.

—¿Qué oportunidad ni qué ocho cuartos? Han sido unos cuantos polvos bien echados, pero hasta ahí.

—Sí, tú tienes una cara de que solo hayan sido unos polvos que tira para atrás... Anda ya, que estoy segura de que esos ojos esconden algo más.

—Lo dices como si Martín no hubiera existido, cuando hasta hace solo unos días yo pensaba que me iba a casar con él.

—Martín es un idiota como una catedral que además te ha demostrado que no era de fiar, ¿no dices que está con Rosa?

—Pero ¿tú te has escuchado? ¿Y en qué me diferencio yo de él si al final lo he hecho hasta mucho peor?

—Pues en que lo has hecho a raíz de que viste que no confiaba en ti ni un ápice, el jodido, pues anda que vaya manera de leerte la cartilla a voces porque te quedaras en casa de George. ¿Tú eso lo ves normal?

—Es que los celos son muy malos y yo creo que estaba muy enamorado de mí. ¿Puede ser eso?

—Puede ser eso o que ya estaba cansado de ti, porque él tiene una fama de caprichoso que no es normal, lo que pasa es que tú solo le veías la parte buena y de la mayoría de sus amigos para qué te voy a contar, que esos son todos más tontos que una caída de espaldas.

—Fíjate que yo también lo pensé, ¿tú crees que a él en el fondo le ha venido fenomenal todo esto para perderme de vista?

—Pues no lo sé, pero a quien seguro que le ha venido fenomenal ha sido a Rosa, que a esas le ha faltado el tiempo para aprovechar el filón.

—No seas mala, igual ha sido él quien le ha metido cuello...

—Sí y ella habrá opuesto una resistencia loca, como si lo viera...

—No, supongo que no, pero que tampoco le vamos a echar toda la culpa a ella.

—Claro que no, a la chiquilla, con lo linda que es —ironizó Nazaret quien le tenía hecha la cruz a Rosa desde el mismo día en que las presentamos.

—Yo no he dicho eso, qué plan, ¿te imaginas si nos los encontramos en la feria? Ya solo queda una semana y eso para mí iba a ser un mazazo de categoría, igual me lo merezco y ha sido el karma el que me ha abierto los ojos.

—Pues mira que no sería nada raro, porque la feria será muy grande, pero yo no sé lo que tiene que allí se encuentra a todo el mundo...

—Calla, calla, que yo no tengo ni ganas de ir ni nada, pero que mi madre me ha comprado un traje que es una maravilla, no quiero ni imaginarme los sacrificios que habrá hecho la pobre para comprármelo, como para no lucirlo por el real de la feria, vamos...

—Hombre, sería para matarte a escobazos, tú tienes que ir para eso y para acompañar a tu mejor amiga.

—En eso tienes razón, iré, aunque sea tirando de mi cuerpo.

—Mira tú la víctima. Aunque sea tirando de su cuerpo, dice, será tontaja... Anda que nos lo vamos a pasar poco bien.

—Y eso que este año vamos a echar tela de menos a mi prima, con lo que nos hemos reído con ella siempre.

—Sí, sí, siempre hemos ido un día las tres solas y eso no tenía precio. Este año le vamos a tener que enseñar las copichuelas y el albero por videoconferencia. Pero ¿esta mujer por qué se ha ido en pleno verano ya para Miami?

—Porque celebraban una serie de jornadas y de cosas antes del comienzo del curso y, con lo aplicada que es, ya sabes que esa iba a estar allí como Mariquita la Primera.

—Sí, buena es. Por cierto, con su carácter le habrá faltado el canto de un duro para arrastrar a la pija de tu hermana por los pelos. Qué plan, esto sí que es un culebrón y no los venezolanos.

—No lo sabes tú bien. Y Cecilia tampoco tiene ninguna culpa, que ella es otra víctima de la situación. Y encima que se nos ha quitado de en medio y no hemos vuelto a saber de ella, ¿dónde estará esta criatura? Esto es de locos...

—Sí, vaya tela... Yo estoy segura de que en el momento que recapacite y valore que tiene una madre y una hermana aparte de ese hijo de la gran china de padre, va a aparecer, ya lo verás...

—Dios te oiga, pero para mí que le hemos perdido el rastro para siempre, mi hermana no quiere saber nada de nosotras...

—Pues eso es porque no sabe lo bien que se vive en Málaga ni los espetos tan ricos que se comen.

—Eso es verdad...

Oye ¿y ya has visto a Servando en el trabajo? Porque exsuegro y jefe no me parece la mejor combinación, debe ser un poco terrorífica...

—No, no creas, Servando me ha demostrado ser todo un caballero y estar por encima de eso.

—Pues mira, eso que tienes ganado. A mí, si te digo la verdad, siempre me ha parecido más

interesante el padre que el hijo, fijate.

—¿En serio? ¿Qué dices, lagarta? No me digas que le tenías echado el ojo a mi exsuegro.

—Hombre, tanto como eso no, pero que se da un airecillo a Richard Gere, de eso no te quepa la menor duda...

—¡¡Tú estás loca!!

—Que si tonta, hombre yo no me lo calzaría, pero a tu madre le vendría de perlas un galán así, que es lo que ella se merece...

—No sé, no sé, a mí me da que igual es un poquillo tonto para eso y algo clasista, pero...

—Anda, mujer, eso es porque no ha conocido en su vida a una mujer como tu madre, menudo mujerón, te digo yo que lo tenía comiendo en la palma de su mano en cuanto le diera la gana.

—Pues mira que estaría bien, ¿eh? Porque a esa mujer no la emparejamos ni a tiros.

—Pues no sabe lo que se pierde...

—No sé, no sé, que según está el patio...

—Te quejarás, tú...

Capítulo 15

Siempre me ha gustado mi trabajo y, entre consejo y consejo a las clientas, pensaba que yo no sería rica, pero que al menos contaba con muchos elementos en mi vida que valían la pena.

Claro que, para pena, la que me generaba George cada vez que me llamaba por videoconferencia y me ponía aquella carita de cordero degollado que tanto me afectaba.

—Yo echo de menos a ti —me decía y en sus ojitos se vislumbraba incluso una lagrimilla a punto de deslizarse por sus mejillas como si estas fueran un tobogán.

—Y yo también te echo de menos, *salao*, que eres muy *salao*, pero que tú tienes que ligarte a una vigilante de esas de la playa con las tetas de plástico, que es lo que se lleva ahí. Yo estoy donde tengo que estar, con mi gente, en mi ciudad.

—Pero yo te echo de menos a ti —repetía.

—Que ya lo he escuchado, chiquillo, pero que lo nuestro no puede ser, que es un imposible.

—¿Un imposible? Yo no lo creo. Yo podría volar a Málaga y...

—Que es Málaga, hombre, Málaga.

Las nuestras eran auténticas conversaciones para besugos. Lo que él no sabía era que yo me hacía la fuerte, pero que sus palabras me dejaban un mal cuerpo de padre y muy señor mío.

A veces tenía la sensación de que me había enamorado de George en pocos días, aunque luego me venía a la mente el recuerdo de Martín y se me pasaba. Lo mío era como nadar entre dos aguas, pero, en cualquier caso, no me iba a valer absolutamente para nada, pues a ese paso me quedaba para vestir santos.

Inmersa en mis pensamientos no vi venir a un ramillete de tres que, sin duda, iba a hacer que me doliera la cabeza.

—A ver, quiero el mejor maquillaje que haya en esta sección, que un cutis como el mío lo merece. —Rosa venía con ganas de guerra.

—Pues nada, que eso digo yo, que buenos días. —Me puse farruca porque me dio la gana.

—Cuidadito con el tono con el que hablas a las clientas o le digo a mi suegro que te mande directa al INEM. —Se regodeó en lo de “mi suegro”.

—Ya, pero ¿sabes lo que pasa? Que Servando siempre ha sido un hombre muy justo y no creo que fuera a poner en peligro el puesto de trabajo de una dependienta buena y experimentada por la opinión de alguien de tu calaña.

—¿De verdad te vas a atrever tú a hablar de mi calaña? Piojo muerto de hambre, que eso es lo que eres, un piojo muerto de hambre. Mira que yo se lo decía a Martín, que no eras más que una trepa y una chupóptera, pero ha tenido que ver con sus propios ojos de la pasta que estás hecha para abrirlos definitivamente e irse con alguien que de verdad le pegara.

—Pues mira, con sus propios ojos no ha visto todavía nada. Y te advierto una cosa, ya veremos lo que pasa el día que me vuelva a tener frente a él.

Me tiré el moco porque para mí que Martín había estado muy enamorado de mí, igual que yo de él, aunque a aquellas alturas del partido yo ya dudaba de si lo seguía queriendo o si perdía el sentido por mi George, que también me había llegado muy dentro, sin ánimo de hacer un juego guarrillo de palabras.

—¿Y qué crees que va a hacer cuando te vea? Te recuerdo que yo valgo un potosí y soy la que

le pega —insistió.

—Yo no sé si tú le pegarás a él, pero que yo te pegaría a ti, eso puedes jurarlo, te pegaría un chocazo en condiciones para que no volvieras a tocarle las narices a nadie, y mucho menos en su puesto de trabajo.

—Eso es verdad —apuntó Carmen y Rosa la miró con cara de querer degollarla.

—¿Tú de qué parte estás? Porque no lo entiendo, ya sabes que aquí no hay medias tintas. O estás conmigo, o estás con la muerta de hambre.

—Y dale, tú sigue llamándome así y no te va a librar ni la Caridad de que coja por los cuatro pelos esos teñidos que tienes.

—¿Qué dices de teñidos? Yo soy rubia natural, como tú.

—Tú, naturalmente, que estás teñida, eso lo saben hasta los hebreos.

Julia, que no abrió el pico para nada, miró a Carmen y le hizo un gesto como de que mejor se pusieran ambas una cremallera en la boca, porque si no lo mismo salían de allí escaldadas.

—Mira, ¿sabes lo que te digo? Que ya no quiero el maquillaje y que perdiste la comisión por bajunilla, ya nos veremos.

—Procura que yo no te vea mucho por ahí, porque fuera de mi puesto de trabajo no respondo —le advertí.

—Pero ¿se puede saber qué está pasando aquí? —Servando acudió alertado por las voces que estaba dando Rosa.

—Hola, suegro, pues nada que estaba poniéndole a la niñata de tu antigua nuera los puntos sobre las íes, para que comience a entender un poco de qué va la cosa.

—¿Sí? ¿Y puedes decirme con qué derecho vienes a su puesto de trabajo a incordiarle? Ten muy claro, Rosa, que no voy a permitir este tipo de comportamientos en mi trabajo, así que te pido por favor que te marches y que no vuelvas por aquí.

Un volcán en erupción estaría fresquito al lado de las mejillas de Rosa en ese momento. Ole por Servando, ese hombre cada vez me estaba cayendo mejor, demostrándome que sabía diferenciar el polvo de la paja.

—¿Cómo estás, Lorena? —me preguntó una vez el trío se hubo marchado, con Rosa a la cabeza, refunfuñando.

—Un poco confusa, Servando. Han pasado muchas cosas en los últimos tiempos, demasiadas. De hecho, me gustaría haber hablado antes contigo, pero todavía me impone demasiado que seas mi jefe.

—Creo que siempre te he demostrado que, por encima de todo, era tu suegro. Perdona si en ciertos momentos no fui todo lo accesible que debiera o si no me mostré lo suficientemente atento. Soy un hombre despistado y, en ocasiones, también puedo haber pecado un poco de distante, pero jamás fue porque no te valorara. Más bien es que la muerte de mi mujer me hizo apartarme un tanto del mundo.

—Tú no tienes que disculparte de nada, y mil gracias por lo que acabas de hacer. No entiendo muy bien por qué has actuado así.

—Sé que esa chica ha estado siempre interesada en mi hijo, y cuando digo, “interesada” —entrecomilló en el aire—, lo digo en toda la extensión de la palabra.

—Pues ella me acusa a mí de trepa.

—¿A ti? Hija, tú eres una trabajadora como la copa de un pino y ella, sin embargo, no sabe hacer ni la “o” con un canuto, es una vaga de libro.

—Gracias. —Ahora eran mis mejillas las que adquirirían todas las tonalidades rojizas posibles.

—No tienes que dármelas. Ignoro qué es lo que ha sucedido entre Martín y tú, pero quiero que sepas que lo siento de corazón. Además, estoy seguro de que mi hijo se ha equivocado por completo rompiendo la relación contigo.

—Servando, en honor a la verdad, yo tampoco hice las cosas del todo bien. —No quise que Martín cargara con toda la culpa, pues allí había un poco de aquello que dicen de que “entre todos los mataron y él solito se murió”. Vaya, que yo sentía que allí había concurrencia de culpas, como diría la empollona de mi prima Lucy.

—Ains, mi hijo tiene que aprender mucho todavía de ti, no sé en qué estará pensando ese cabeza hueca. Muchacha, te digo una cosa, si yo fuera él, no te dejaría ir por nada en el mundo.

Eché unas risas y lo vi irse con aquellos andares tan tranquilos que le caracterizaban. Me dejó bastante helada porque, hasta ese día, yo ignoraba que Servando tuviera tan buen concepto de mí. Le seguí con la mirada hasta que subió las escaleras. Después me acordé de las palabras de Nazaret y pensé que igual algo sí que se parecía a Richard Gere. Uno así quería yo para que le alegrara la vida a mi madre, que anda que no se lo merecía, no ni *ná*.

Capítulo 16

A nadie le amarga un dulce y a mí la conversación del día anterior con Servando me había servido para subir la autoestima.

Todavía estaba en una nubecita cuando vi venir a aquel repartidor de la floristería, provisto de un maravilloso ramo de flores que parecía más grande que él.

—¿Son para mí? —Los ojos se me abrieron como platos cuando vi que era yo la destinataria de tan precioso regalo floral.

¿Era posible que George me hubiese enviado flores al trabajo? Lo cierto era que sí, porque seguro que mi prima Lucy le habría dado todas las indicaciones sobre mi puesto y él no solo era un empotrador nato, que ya conocía yo sus dotes de romántico empedernido.

La tarjetita que acompañaba al susodicho ramo me sacó rápido de dudas, si bien me dejó anonada.

“Perdóname, amor, he sido un necio. Nos vemos a la salida. Martín”.

¿Martín? Por el amor del cielo, su nombre el último que esperaba ver en aquella tarjeta.

Las piernas me temblaron, el pulso se me disparó y el color de mis mejillas debió decirme adiós...

—¿Estás bien, Lore? —me preguntó mi compañera Cristina, viendo que me agarré al mostrador para no caerme.

—Bien, bien, gracias —murmuré.

—Pues menos mal, cualquiera diría que has visto a una fantasma, chica.

—No, no, todo bien.

A un fantasma no, pero que aquello no parecía tener mucho sentido, eso sí. ¿A qué diantres estaba jugando el karma conmigo? Lo de Martín parecía ser una especie de “ahora sí, ahora no” que me tenía el coco de lo más alterado.

—Si quieres te traigo un poco de agua. —Esbozó una sonrisa que yo traté de corresponder.

Aquel día no hubo manera humana de que pudiera concentrarme. ¿Cómo iba a hacerlo cuando sabía que el amor de mi vida estaría esperándome al salir?

Bien visto, no era esa la pregunta, sino más bien la de si yo seguía teniendo claro que Martín era el amor de mi vida o si George se había convertido en el candidato ideal para ocupar ese puesto.

Desde luego que aquello era el lío del monte Pío y, por si faltaba algo, una chica vino, loca de ilusión, pidiéndome consejo para su maquillaje de novia. Sí, estaba claro que unas nacían con estrella y otras estrelladas, como comentábamos habitualmente mi prima y yo.

Suerte que, entre la mencionada novia y una serie de mensajes de WhatsApp con fotos que recibí de Nazaret enseñándome el traje de faralaes que se había comprado, me entretuve un poco.

Yo: “El vestido es precioso. Vamos a partir la pana en la feria”

Ella: “Eso puedes jurarlo, este año va a arder”

Yo: “Claro, ¿quién necesita hombres? Y eso que Martín me ha enviado un ramo de flores pidiéndome perdón”

Ella: “Desde ya te digo que, como vuelvas con él, a mí no me ves más el pelo”

Cerré ahí la conversación, que además sabía yo que no nos iba a llevar a ningún sitio. Mi

Nazaret tenía un genio de mil demonios, pero a la hora de la verdad era una hermanita de la Caridad. Si yo decidía volver con él, primero pondría el grito en el cielo, pero luego estaría ahí, como siempre.

Por fin la hora de salida y mis nervios iban a más. Miré al frente y allí estaba Martín, con mi polo preferido, el verde agua. Sin duda, la primera estrategia por su parte.

—Hola, Lore. Estás muy guapa y morenita, se nota que te ha dado el solecito en Miami.

—Menos de lo que tú piensas, que debiste creer que iba de vacaciones cuando en realidad no le deseaba mi cometido ni a mi peor enemigo.

—Lo sé, no he sabido ver nada, ¿me dejas que te dé un abrazo?

Tuve mis dudas entre decirle que sí o mandarle a tomar por donde amargan los pepinos, pero finalmente me pudo el cariño que aún le tenía. ¿Solo cariño? Yo misma me asusté por mi reflexión.

Martín había sido el hombre de mi vida hasta hacía nada, pero la aparición en esta de George también debía calificarse como de monumental y yo estaba hecha un completo lío.

—Si quieres, vale...

Me llegó, no voy a decir que no, pero fue una sensación rara. Días atrás hubiera muerto por el perdón de Martín y, sin embargo, en ese instante no sabía lo que quería para mi vida.

Estuvimos abrazados en torno a un minuto en el que llegué a faltarme el aire, me agobié... Pero entonces me perdí en aquellos ojazos que tantas horas me pasara contemplando en el pasado y concluí que las llamas que entre nosotros habían ardido no estaban definitivamente apagadas.

—Lore, yo... Te invito a comer, tenemos que hablar.

—¿Y Rosa? —Aquella lógicamente era la pregunta del millón.

—Ni lo sé, ni me importa. Rosa ya forma parte de mi pasado y, en cuanto a ti, quiero que vuelvas a ser lo que siempre fuiste; mi precioso proyecto de futuro.

Ya me había tocado la fibra sensible. Una lagrimilla resbaló por mi mejilla, pues bien sabía el muy villano lo mucho que de siempre me había gustado escucharle hablar en esos términos...

—¿Me das la mano? —me preguntó casi con la absoluta certeza de que yo se la daría.

No tuve que decir nada, Martín tomó mi mano y yo, simplemente, me dejé llevar. Ni siquiera reparé en el rumbo que llevábamos, él cogió el timón y yo me acomodé, hasta que llegamos a mi restaurante favorito.

—He pensado que este es el mejor lugar para hablar, ¿te parece?

Me parecía, aunque en el fondo un tremendo nudo aprisionaba mi garganta. Mi cabeza daba vueltas y vueltas y, de pronto, escuché en ella las risas de George mientras me enseñaba a surfear. Encima de aquella tabla, me sentí más alta que nunca y ahora era como si esta fuera a la deriva y yo hubiera perdido la capacidad de dominarla.

La voz de Martín me llegaba como si estuviera lejos, si bien yo sabía que tenía muchos argumentos que esgrimir. Contar con un piquito de oro era uno de sus puntos fuertes cuando venía al caso y él estaba a punto de recordármelo en vivo y en directo.

Capítulo 17

A decir verdad, no sabía lo que hacía allí, pero ver a Martín tan entregado y solícito, me emocionó, no pude evitarlo.

—Cariño, necesitaba hablar contigo. Sé que no hice las cosas bien, lo sé y lo siento de corazón —me confesó.

—Martín, me hizo mucho daño tu desconfianza, tienes que entenderlo. —Una fina capa de sudor perló mi frente.

—Te conozco bien y estoy seguro de que no hubo ninguna mala intención en tus actos. Es más, no me cabe ninguna duda de que no has tenido nada que ver con ese chico, ¿cómo es que se llamaba?

—George, se llama George. —De nuevo el sudor me invadió al poner en mi boca al hombre con el que le había traicionado.

—Está bien, George. Pues eso, que confío en ti, ya lo sabes.

No, no lo sabía, esa era la realidad. Primera noticia que tenía, pero por Dios que me sentía como una miserable comadreja. Tardé como un minuto en reaccionar, un minuto en el que permanecí perpleja, no sabiendo muy bien a qué carta quedar.

“Confiesa, Lorena”, si vais a daros una oportunidad, no puedes mentirle, tienes que comenzar por contarle la verdad, mi angelito bueno me instaba a que hiciera las cosas como era debido. “Ni de coña”, este es un tontaina, mi angelito malo se mofaba de él aconsejándome que diera la callada por respuesta y actuase como me viniese en gana.

—Hay algo que debes saber, Martín —le espeté por fin y mis palabras salieron despedidas de mi boca como cuando se descorcha una botella.

—Dime, Lore...

—No era mi intención tener nada con George, te doy mi palabra de honor, pero cuando actuaste de aquella manera, poniéndote como una fiera, las cosas cambiaron. Si vamos a volver, no quiero que haya más mentiras entre nosotros, la base de una relación es la confianza, en eso no te voy a quitar la razón. Y en confianza te diré que después de que me dejaras me acosté con George y no una, sino varias veces.

En ese instante el silencio se hizo por su parte, si bien no tardó demasiado tiempo en arrancar a hablar.

—Nada puedo reprocharte tampoco Lore, también corrí a refugiarme en los brazos de Rosa a las primeras de cambio.

—Ya lo sé. Y también me dolió infinitamente porque sé lo mucho que siempre me ha criticado. Martín, ¿por qué ella?

—Obvio, cariño, porque era la que tenía más a mano y, en cuanto se percató de la situación, me lo sirvió en bandeja de plata. Ya sabes cómo es, comenzó a taladrarme y yo, que tenía encima un ataque de cuernos alucinante, sucumbí.

—¿Y entonces? ¿Me estás diciendo que ella no representa nada para ti o es que te ha dado la patada y ahora pretendes que sea yo quien te sirva de segundo plato?

—No seas loqui, cariño. ¿De verdad piensas que ha sido Rosa quien me ha mandado a paseo?

—No, en realidad no. Ella, con tal de estar contigo, más bien hubiera aguantado carros y

carretas.

—En una carreta te quiero yo subir el año que viene para irnos al Rocío, anda...

—Déjate de Rocío, que ahora lo que viene es la feria.

—Dime que iremos juntos, por favor, quiero lucirte por el real de la feria como a una auténtica joya, porque ahora me he dado cuenta de que eso eres para mí.

—No sé, mi cabeza está hecha un lío, tienes que entenderlo, Martín, han sido muchos los acontecimientos y en muy poco tiempo.

—Cariño, yo le he dado el pasaporte a Rosa y, si tú tienes al tal George en el coco, seguro que es un espejismo, lo mismo que me pasó a mí con ella.

—Cuéntame, anda, que a saber lo que habrás visto en esa lianta...

—Pues ¿qué voy a ver? Que se ha metido como Pedro por su casa en mi vida y ha querido organizarlo todo desde el minuto uno, pretendiendo incluso manejar a su antojo a mi padre y ahí es donde se ha equivocado.

—Sí, no lo vi ayer ejerciendo de suegro feliz con ella, más bien estaba que trinaba, esa es la verdad.

—Ya, me lo contó todo y precisamente fue él quien me abrió de manera definitiva los ojos, diciéndome que no había color entre vosotras. E incluso más cosas.

—¿Más cosas? Ahí ya me dejas un poco fuera de combate.

—Lore, mi padre me ha hecho ver que yo me he dormido demasiado en los laureles en estos años y que quizás tampoco haya sabido fomentar como es debido nuestra relación.

—Ya, que has sido un poco vago y eso, ¿no?

—No me gusta escucharlo, pero tengo que reconocer que ha sido así, mucho no es que me haya esforzado por darme prisa en ofrecerte un futuro mejor, tengo que claudicar, es así.

—Ya, ya, de eso me he dado cuenta, por mucho que yo pareciera hacer oídos sordos a lo que me decía mi entorno, algo sí que notaba.

—¿Tu entorno me criticaba? —Puso los brazos en jarra como haciéndose el ofendido.

—Hombre, un poquito, para qué nos vamos a engañar...

—Merecido me lo tengo, ¿y si hacemos borrón y cuenta nueva? Por mi parte no tendré en cuenta nada de lo sucedido. Si tú eres capaz de hacer lo mismo, te aseguro que voy a hacerte la mujer más feliz sobre la faz del planeta.

De nuevo el paralelismo en mi cabeza, ¿él iba a hacerme la mujer más feliz sobre la faz del planeta o yo ya lo era simplemente subida en la tabla de surf de mi americano?

Las dudas vinieron a mí a borbotones, aunque reconozco que la mirada agónica que detecté en Martín fue suficiente para que tomara una decisión que, a todas luces, podía ser un tanto precipitada. Sin embargo, recordé aquello de que “más vale pájaro en mano que ciento volando” y me quedé con sus palabras.

¿Las creía? Hasta cierto punto sí, aunque en los siguientes días y, una vez retomada la relación con Martín, fui incapaz de confesarle la verdad a George.

No quiero decir con ello que le estuviera dando carrete, creándole falsas expectativas, pero romper del todo la relación que mantenía con él vía videoconferencia o mensajes era superior a mis fuerzas.

Mi idea era ir rompiendo el cordón que nos unía poco a poco. Total, si lograba ir ilusionándome cada vez más con Martín e ir aminorando la relación con George, habría logrado mi objetivo sin hacerle demasiado daño al americano de mis amores.

En cuanto a Martín, tampoco es que yo le hiciera ningún daño hablando un poco con George,

eso es lo que quería creer, aunque en el fondo de mi corazón algo había de que todavía no terminase de fiarme del todo de él... El tiempo sería quien dijera si de verdad había cambiado y si ahora sus intenciones eran las que hacía ver.

Por mi parte, yo no creía estar jugando a dos barajas sino simplemente dejar que el tiempo dijese la última palabra.

En resumidas cuentas, tomé la postura que me pareció más cómoda, habida cuenta de que me parecía del todo improbable que George fuera a poner los pies en Málaga, aunque no por falta de insistencia por su parte, eso desde luego.

De todos modos, cualquier día se toparía con otra chica de la que se quedaría prendado y yo pasaría a ser historia, que para eso nuestras vidas eran muy distintas. En cambio, con Martín quizás pudiera disfrutar de las mieles del futuro que siempre quisimos forjar juntos.

Un día antes de que comenzara la feria, me dio una sorpresa a la salida del trabajo.

—Lore, no hagas planes para esta noche ni tu madre tampoco —me espetó.

—¿Mi madre? ¿No me digas que te quieres llevar a la suegra de marcha? Sería lo único que me faltase por oír, pues sí que habrías cambiado...

—No, mujer, de marcha no. Pero ya es hora de que nuestros padres se conozcan, el mío ha insistido tela marinera, ya sabes que está súper contento de que hayamos vuelto.

—Sí, me lo dice a cada momento en el trabajo, yo no sabía que ese hombre me tenía en tan alta estima, al final Rosa me ha hecho hasta un favor —bromeé para quitarle hierro al asunto.

—Tira, anda...

Llegué a casa y se lo propuse a mi madre.

—Lore, hija, que yo veo bien que tú hayas vuelto con Martín si es que él va a enmendarse, pero meterme a mí en su casa, no sé si me apetece.

—Mamá, no seas sosa, que no nos vamos a quedar allí a vivir. Es solo una cena. Y ya te he dicho que su padre está que no caga conmigo y encima el tío no veas si está bien.

—Lore, que te veo venir, que esto no es como lo de “Siete novias para siete hermanos”, ¿eh?

—Bueno, yo lo dejo ahí apuntado y, si tú quieres, lo recoges...

—La casa es lo que tenemos que recoger hija, que no nos da tiempo de meterle mano a fondo...

—Mamá, tú sí que te deberías dejar meter la mano a fondo y verías la vida de otro color, te lo garantizo.

—Pero niña ¿eso es lo que te ha enseñado tu madre? Tú no tienes vergüenza ni tienes nada...

—Es que con la vergüenza no se disfruta mamá, tenlo presente.

Un rato después ya la tenía convencida.

—Mami y te maquillo yo, hoy te dejas o me enfado.

—Pero hija de mi vida, que yo luego me veo muy rara pintada como una puerta...

—Mamá, que yo no te pinto como una puerta, que te voy a dejar más fina que a una condesa.

—Más fina que a una condesa, dice la niña, ¿y quién me quita a mí las ojeras estas que me han salido que no pego ojo desde que pasó lo de tu hermana?

—Ains, mami, los problemas de uno en uno, no sufras.

Y como una condesa fue quedarme corta. Mi madre, a sus cincuenta años recién cumplidos, era una mujer de bandera. Hacía tiempo que no la veía así de arreglada y me encantó.

Ambas llevábamos unos vestidos coordinados y ella pareció ser capaz de olvidar sus penas por un rato para llegar con su mejor cara a casa de Martín.

—Pero Lorena, no me habías dicho que tenías una hermana mayor así de guapa —Servando le besó la mano, aquello parecía de cine.

—Qué más quisiera yo, hombre. —Se rio ella, halagada.

Eso era lo que le hacía falta a mi madre, que alguien le hiciera sentirse un poco viva, que estaba en el mercado, que todavía podía enamorar, ¡y cómo!

Durante la cena nos reímos mucho, pues yo nunca había visto a mi suegro tan dicharachero como aquella noche.

—Hijo, vamos a brindar por dos mujeres de rompe y rasga como estas.

—Claro, papá.

Los cuatro brindamos y después seguimos degustando la exquisita cena que habían encargado a un catering.

—No eres capaz de bailar, Carmen —le dijo Servando a mi madre y poco sabía lo que decía.

Mi madre y mi tía Matilde eran dos bailarinas de postín, así que supe de inmediato que esa idea le iba a encantar.

Algo azorada, aceptó la propuesta. Martín y yo aplaudimos desde la mesa viendo lo bien que ambos se coordinaban.

—Aquí hay tomate —me dijo él mientras me guiñaba el ojo.

—Bueno, bueno, mira que la cosa tiene miga.

—Tú sí que tienes miga, que eres un bollito que estás para comerte.

—Cuidado con lo que le dices a la niña, chaval, que me estoy enterando —le advirtió mi madre.

—Suegra, si es que me tiene loquito —repuso él.

Servando se reía y la instaba a seguir bailando. Al final también Martín y yo nos unimos al baile y nos dieron las tres de la madrugada entre pieza y pieza. Jamás había compartido una velada así con mi madre y me pareció una delicia.

Capítulo 18

Aquel episodio en el Corte Inglés con la indeseable de Rosa solo había sido un aperitivo de lo que vendría después. Entre el corte que le había metido Servando allí mismo y el planchazo que le había dado Martín, me la tenía jurada y requetejurada.

De por sí, ella y yo habíamos sido siempre como perro y gato, pero todo eso había sido ya demasiado para su *body* y la había superado. Me tenía unas ganas que para qué, estaba visto.

—¿Y Servando la despachó así delante de la gente? —me había preguntado más tarde Nazaret cuando le conté lo sucedido esa tarde.

—Tal y como te lo cuento.

—¡Ole esos tíos que se visten por los pies! ¿Pues sabes que te digo? Que a ver si así escarmienta y se le bajan los humos de una vez a la petarda esa de mierda.

—Es posible, porque con el repasito que se llevó... ¡tenías que haberla visto! Se quedó a cuadros, la muy imbécil. Qué asco le tengo.

—Me parto, tía. Soy yo y, de la vergüenza, no vuelvo a poner más un pie por allí en mi puñetera vida. Las compras, online, en adelante.

—Descuida, no creo yo que a esa le queden más ganas.

De seguir liando la pita allí, desde luego que no, pero estaba más claro que el agua que la menda tenía sed de venganza y que estaba buscando su momento para buscarme las cosquillas otra vez. Lo que no sabía yo era lo poco que ese momento tardaría en llegar.

Mi relación con Martín seguía adelante, aunque había algo que... bueno, no sé bien cómo explicarlo. De esas veces que, aparentemente, no hay nada extraño, pero tu sexto sentido te indica lo contrario, no sé si se me entiende.

Estábamos ya en plena feria y habíamos quedado en que me recogería por la noche. O lo que es lo mismo, ¡había llegado el momento de estrenar mi maravilloso vestido de flamenca!

Lo tenía colgado de una percha en el pomo del altillo de mi armario. Sobre la cama, la flor, la peineta y mis zapatos de tacón, también de estreno, en su caja destapada.

Para completar el conjunto, el regalo que me había hecho Rafaela de última hora por sorpresa: un bolsito tipo limosnera con la misma tela del vestido. Me regocijaba viendo todo aquello expuesto sobre mi cama, al punto de que le hice hasta un par de fotos para subirlas a mi cuenta de Instagram. Estaba en ello cuando recibí la llamada de Martín.

—Cariño, ¿te importa si en vez de a las nueve me paso a buscarte a las nueve y media?

—No, claro que no. ¿Ocurre algo?

—Nada, tranquila. Es solo por no andar tan ajustado de hora. Cuando salga del trabajo, tendré que pasar por casa para ducharme, afeitarme y tal, ya sabes.

—Claro, no te preocupes.

—Estoy seguro de que vas a estar increíble esta noche con el traje.

—Por lo menos, buena cara tendré. Es lo que tienen los días libres, je, je.

—Y tanto. Oye, ¿y por qué no disfrutas también un poco del día y te vas a dar una vuelta por ahí con alguna amiga? Ya sabes, el centro, la calle Larios... tiene que estar de bote en bote todo.

—Mira, no lo había pensado, pero no es mala idea.

—Claro, nena, aprovecha tú que puedes.

—Vale. Voy a darle un toque a Nazaret, a ver si no tiene mucho jaleo hoy en casa.

—Muy bien.

—Seguro que, si le digo de tomarnos unos rebujitos en la terraza de la taberna de su primo Arturo, le va a faltar el tiempo para salir pitando.

—Estupendo, que lo paséis bien. Y, lo dicho, a las nueve y media te recojo en tu puerta.

La idea me entusiasmó, la verdad, aunque si yo no había hecho por ello por mi cuenta, era porque conocía bien a Martín y, pese a que nunca me había recriminado nada en ese sentido, sabía que en el fondo no le hacía mucha gracia que anduviera por ahí a mi aire sin ir él por delante en el lote.

De ahí que me extrañara un pelín su propuesta, pero lo achaqué a que estaba por la labor de camelarme a base de detallitos por aquí y por allá. En cualquier caso, no le di importancia al asunto y llamé a mi amiga del tirón.

—¿Pero te refieres a echar las dos el día por ahí?

—No, mujer, tanto como eso, no. Digo de tomar algo ahora a mediodía, un rebujito, unas cañas, unas tapitas, ¿no?

—Por mí, ningún problema, Lorena. Tú también sabes que el ambientillo de la feria de día me encanta.

—¿A la una o así está bien? Te lo digo porque a eso de las cuatro o cuatro y media como mucho quiero estar de vuelta para irme arreglando.

—¡Joder, qué tía! ¿Y dices que has quedado con tu queridísimo novio a las nueve y media?

—Pues sí.

—¡Anda que te va a faltar tiempo! Ni que te fueras a vestir de lagarterana, hija —dijo riéndose.

—Bueno, tú déjame a mí, que yo sé lo que me digo.

—Yo te deajo, yo te deajo. Venga, nos vemos a la una en mi portal.

La taberna del primo de Nazaret es una de las más populares de aquel entresijo de calles que, si en cualquier época del año están de lo más concurridas, para qué decir en fechas de feria. Cuando llegamos, la terraza estaba completa y no había ni un hueco libre.

—No os preocupéis —nos dijo Arturo—, ese grupito del rincón ya ha pedido la cuenta para marcharse, esperaos aquí.

—Vale, vale, tranquilo —le dijo ella.

Apenas tres o cuatro minutos después, ya estábamos ahí afuera sentadas como dos marquesas, entre farolillos de colores por lo alto, adornos florales por los cuatro costados de la terraza y compases de sevillanas saliendo por los altavoces.

Los coches de caballos iban y venían, paseando tanto a malagueños vestidos con sus mejores galas como a turistas que no habían querido perderse la gran fiesta de nuestra ciudad.

Nazaret y yo estábamos gozando como enanas dando buena cuenta de las gambas y el jamón, charlando de nuestras cosas y sin perdernos detalle de los vestidos de volantes de unas y otras.

—¿Has visto la abuela esa? ¡Pedazo de mantón de Manila que lleva!

—Ya te digo, le ha debido costar un riñón y parte del otro, pero el vestido que me ha hecho mi Rafaela no tiene nada que envidiarle al que esa mujer lleva debajo. Es una pasada que me tiene loca.

—¡Anda, mi madre! Mira a aquella de enfrente, la que está apoyada en el semáforo. Esa no se ha gastado ni mucho ni poco en modistas, ¿eh? Lo ha debido heredar de su tatarabuela, qué cosa más fea y más antigua, virgen santa.

—¡Puffff! Me tienen a mí que dar dinero para ponerme eso. Y ni aun así. ¡Qué horror!

¿Horror? El auténtico horror nos esperaba a ambas a la vuelta de la esquina. Y lo digo con el doble sentido, y es que, solo unos minutos después, apareció por la esquina de la calle en que estábamos un torbellino de volantes en tonos arena rematados por encajes, digno de pasarela y que acaparaba todas las miradas a su paso.

Hasta ahí, todo bien, de no ser porque la que iba meneando con tantos bríos y tanta premura aquel impresionante vestido era nada más y nada menos que la mismísima Rosa en persona.

—Bueno estamos, la linda flor —murmuró Nazaret al reconocerla, llevándose la mano a la boca y volviendo la cabeza hacia el lado contrario.

—Y tú que lo digas —dije yo, haciéndome igualmente la sueca mirando también hacia allá.

Peor fue el remedio que la enfermedad porque ese gesto de Nazaret y mío nos impidió ver de antemano lo que se nos avecinaba. Cuando quisimos reaccionar, ya la teníamos casi encima. Avanzaba hacia mí a paso de soldado, con una cara de desquiciada que daba miedo verla.

—¡Hija de puta!! —Eso fue lo primero que soltó la víbora, antes de arrearme tal cachetazo que me hizo saltar por los aires un pendiente —¡Te voy a partir la cara, zorra!!

Nazaret, que estaba sentada de frente a la fachada del local, se le abalanzó a la melena y le metió tal jalón que la tiró de culo, pero la tipa estaba como poseída por la furia y se levantó como las balas y volvió a emprenderla conmigo.

—¡Eres una cacho de zorra muerta de hambre!

No tuvo tiempo de echarme más “flores”. Viendo que me iba a arrear nuevamente, Nazaret echó mano de su botellín de Cruzcampo y le atizó tal botellazo en la cabeza que no sé cómo no se la abrió en dos, pero ni por esas.

Como una leona, se revolvió hacia ella y, qué empujón no le daría que, al girarse con tan mala leche, desequilibró hasta la mismísima mesa con la cadera, con lo que todos los platos y vasos se estrellaron contra el suelo, haciéndose pedazos.

—¡Eh, eh!! —gritaba ya la gente de alrededor.

Dos de los chicos de la mesa contigua ya se habían levantado para separarla de nosotras y la apresaron por los brazos. Pero como en las películas, vamos; la tenían alzada a un palmo de suelo y esta agitaba los pies en el aire como la que está en una cinta de correr de esas del gimnasio, mientras soltaba por su boca lo que no está en los escritos.

Alertados por el vocerío, un par de agentes de la policía local corrieron hasta nosotras para tomar cartas en el asunto y tratar de calmar a la bestia parda aquella.

—¡Dejadme que la voy a matar! ¡Iros a tomar por culo! —Tuvo la desfachatez de gritarles.

Con el fino “piropo” dedicado a la pareja uniformada, ya lo terminó de arreglar.

—Muy bien, señorita. Recoja usted su bolso y su flor del suelo que nos vamos a dar un paseo por ahí, pero no en carriola tirada por caballitos —le dijo uno de ellos—. Y ustedes dos, vénganse con nosotros también.

Así de bien empezó aquella soleada y animadísima jornada de feria para mí. ¿A las cuatro o cuatro y media pretendía yo volver por mi casa para irme duchando, depilando y demás? Pues antes, bastante antes llegué.

Todavía tenía sus dedos marcados en mi mejilla por el guantazo cuando, a eso de las tres de la tarde, ya entraba por las puertas, después de haberme dado en compañía de aquella loba y de mi amiga Nazaret mi buen paseíto por comisaría. Mal empezaba el tema, pensé.

Capítulo 19

—¡Pero hija mía! ¿¿¿Qué te ha pasado, por el amor de Dios??? —me preguntó mi madre en cuanto me vio aparecer.

—Nada, mami, no es nada.

Había decidido ocultárselo para evitarle el disgusto, pero fue echarme una ojeada al espejo de la entrada para entender que no tenía sentido mi pretensión. Mi mejilla era un cantazo, así que no me quedó más remedio que explicárselo todo. La pobre de mi madre no daba crédito a lo que escuchaba.

—¿Pues sabes lo que te digo? Que, por lo que me estás contando, no me extrañaría nada que tu divino novio estuviera detrás de todo esto.

—¿Martín? ¿Qué dices?

—Martín, sí, Martín. ¿O es que acaso has cambiado de novio desde que te fuiste con Nazaret a mediodía?

—No puede ser, mami. Él está muy bien conmigo otra vez, date cuenta de que hasta fue él mismo quien me dijo que me fuese a dar una vuelta por ahí...

Y “ahí”, ahí fue justamente cuando se activaron las alarmas en mi cabeza, pero me callé la boca al respecto. La tranquilicé como pude y tiré para mi cuarto con intención de echarme una siestecilla antes de comenzar mi particular sesión de acicalamiento.

Con la cara “calentita” aún, me tumbé en la cama y cerré los ojos, pero era incapaz de dormirme. Si de por sí a mí el tema de que él mismo me hubiera animado a darme esa vueltecilla con alguna amiga me había escamado un tanto, ese comentario de mi madre me dio mucho que pensar a posteriori.

Las personas no cambian, así como así y Martín tenía cosas buenas como todo el mundo, pero los celos era uno de sus fallos más gordos. Hete ahí como ejemplo el numerito que me había armado al escuchar de fondo la voz de George en la primera llamada.

Ni siquiera me dio opción a explicarme entonces. Se puso como un energúmeno sin más y me mandó a tomar por... directamente. Y no, no es que estuviera ya liado con Rosa y se estuviera agarrando al más mínimo pretexto para cortar conmigo, como llegué a sospechar en un momento determinado.

Las cosas habían quedado bastante claras entre nosotros después de hablarlo y en ningún momento dudé de la veracidad de su versión. El haberse acostado con ella y tal obedecía a un rebote tremendo por su parte, pero a la vista estaba que no tenía ningún interés de verdad en semejante bruja.

Ahora bien, ¿animarme a salir por ahí sin él? Eso ya era otro cantar. ¿Qué había de casualidad y qué de realidad en lo que no paraba de dar vueltas en mi cabeza? Martín me había incitado a coger la calle, sí, y yo, tan contenta, le había dicho exactamente dónde pensaba ir con Nazaret.

Él sabía de sobra cuál era el bar del primo de mi amiga, de modo que nos tenía localizadas a las dos. Y es cierto que nosotras, al ver torcer la esquina a aquella fulana, miramos para otro lado para ni siquiera cruzarnos la mirada con ella.

De ahí a tenerla delante de nuestras narices liando el dos de mayo solo medió un suspiro. Además, la terraza era grandecita y estaba abarrotada de gente. Vamos, que no era tan fácil que

hubiese pasado por allí de casualidad y nos hubiera visto y se le hubiera ido la pinza sobre la marcha.

Parecía más bien como si supiera que andábamos sentadas por allí en medio y hubiese venido directa a por todas. En cualquier caso, había que tener muy poquitas luces para hacer lo que había hecho con tantas personas presentes. Al fin y al cabo, nosotras no habíamos hecho nada. Simplemente, defendernos de su ataque.

—Lo único que me consuela un poco es que esa gachí se va a acordar un rato de lo que ha hecho —Fue lo último que me dijo mi madre antes de tirar para la habitación a acostarme.

—Pues sí, porque la gente también le contó a la pareja de guardias lo que había pasado, o sea, que ella había sido la que había empezado la pelotera.

—Y vosotras, claro...

—Claro, claro. En la declaración ha quedado recogido cómo fue todo, punto por punto. No entiendo mucho de estas cosas, pero me imagino que le caerá una buena multita de esta hecha.

—Por eso te decía. Ahora le tocará rascarse un poco el bolsillo.

—Ya, aunque mira lo que te digo, no creo que eso le importe tampoco mucho a ella. Para eso ha estado siempre su papaíto, para pagar los platos rotos de la niña. Así de bien la han educado en su casa y así de bien le va a ir por la vida. En fin... olvídalo, mami.

Tal vez mi madre ya lo hubiera hecho, pero yo seguía con la paranoia en mi sesera. Dándole al tarro sin parar, me quedé dormida y soñé con otra escenita similar que la alarma de mi móvil cortara de golpe y porrazo a las seis de la tarde.

Lo había programado a esa hora para disponer de suficiente tiempo para arreglarme en caso de quedarme dormida, y es que siempre he preferido que me sobre a que me pille el toro en esas lindes.

En esas y en todas. Nunca he llegado tarde a ningún sitio, no me gusta que la gente tenga que andar esperándome, eso me pone atacada de los nervios. Según apagué la alarma, vi que tenía un WhatsApp de Martín en el que me decía que ya se había enterado de nuestro “percance”. “Vaya tela con esta mujer”, concluía diciendo.

Por primera vez en la vida desde que le conociera, lo había leído y dejado en visto sin dignarme a responderle. Ese WhatsApp lo único que había conseguido era echar más leña al fuego de mi cabeza. ¿De verdad lo lamentaba o era recochineíto? Solo hubiera faltado eso.

Quizás estaba siendo muy mal pensada o quizás tenía más razón que una bendita. Tal y como se había ido desarrollando nuestra relación desde el punto y hora en que puse los pies en Miami, todo era muy extraño. Híper sospechoso, en boca de Nazaret, como había llegado a decirme días atrás.

—Vamos a ver, niña. Resulta que tu amado escucha la voz de un hombre en aquella llamada, te arma la de Dios es Cristo y poco después oyes tú la de Rosa con él por detrás.

—Ya, pero...

—Ni peros ni gaitas, Lore. Abre los ojos. Y luego, después de ese corte tan radical, según caes otra vez por aquí, se muere por ti y aquí no ha pasado nada.

—Es que tampoco había pasado nada tan grave entre nosotros. Bueno, que sí, que yo me había ventilado unas cuantas veces a George.

—Y él a la dichosa Rosita, ¿te parece poco? Y eso de llamarle suegro delante de ti a Servando y... Mira, yo no sé qué pensar, pero el tema no me inspira mucha confianza.

—Por favor, Nazaret, dejémoslo ya, ¿vale?

—Como quieras. Ojalá me equivoque y sepas bien lo que haces.

Pues, desde luego, estaba llegando un punto en que ya yo no tenía tan claras las cosas. No obstante, decidí aparcar mis dudas momentáneamente para no hacerme más mala sangre. Tiré para el baño, puse el tapón y llené la bañera hasta el borde.

Escuchando la música de piano que había puesto en el YouTube, mientras la mascarilla de brillo extra para el pelo untada por toda mi melena hacía su efecto, conseguí relajarme un poco.

Me arreglé a conciencia, aunque tampoco me sobró mucho tiempo que digamos. No es por presumir, pero el peinado, al igual que a mi prima Lucy, siempre se me ha dado bien, así que me hice sin ningún problema un semi recogido sencillo pero muy elegante a la vez.

Mi flor malva y blanca a juego con el traje, prendida con arte en el pelo por debajo de una oreja con un par de horquillas, ponían el broche a mi obra de peluquería. ¡Ya quisiera el Llongueras! En cuanto al maquillaje, ídem de lo mismo.

—¡Ole, ole y ole, esas gitanas guapas! —exclamó mi madre cuando por fin me vio salir de mi habitación completamente ataviada.

—¿Estoy bien, mami?

—Más que eso, hija mía. Vas a causar sensación esta noche. Estás divina de la muerte.

—Todo te lo debo a ti.

—No digas tonterías, cariño. La que es guapa es guapa, sanseacabó. Lástima que mis ojos no puedan veros a ti y a Cecilia juntas tirar para la calle, vestidas las dos de faralaes —su expresión cambió por completo diciéndomelo. Y esas palabras recalaban la misma pena que le nacía en el pecho cuando me dijera aquello de lo triste que le resultaba no haber podido encargar dos trajes a Rafaela en un lugar de uno.

—Bueno, mami, no te me vengas abajo ahora. La vida da muchas vueltas. ¿Quién sabe si el año que viene...?

No pude terminar de decírselo, ya que en ese preciso instante me entró la llamada de Martín anunciándome que ya estaba esperándome con el coche parado en doble fila.

—Venga, tira, hija. Disfruta mucho, pero ten cuidadito con todo, ¿eh? —Lo típico de todas las madres.

—No te preocupes, que todo va a ir bien.

Lo que no sabía yo era en qué medida. Ni ella en qué condiciones me vería regresar...

Capítulo 20

¿Qué decir de la feria de mi querida Málaga? Por mucho que me empeñase, todas las palabras del diccionario me serían insuficientes para describirla. Junto a la Semana Santa, es uno de los acontecimientos más grandiosos de mi tierra.

A mí personalmente es la fiesta que más me gusta porque en esas fechas se palpa por las calles un ambiente inigualable a todas horas, lo mismo de día que de noche. Incluso puedes ir a los toros todas las tardes en la plaza de la Malagueta.

Eso para quien le guste, claro está, pero no es mi caso. Distinto es el de Martín, que siempre que sus horarios se lo permiten está el primero en la cola para coger el mejor sitio en el tendido.

Y con intención de coger también un buen sitio en la caseta municipal, nuestra favorita desde siempre, habíamos quedado a esas horas antes de cenar.

—Y ya nos comemos allí unos pinchitos y unos pimentitos fritos de esos que a ti tanto te gustan —me había comentado por teléfono en la primera llamada, esa misma en que habíamos concertado vernos a las nueve.

—Ummmm, qué rico. Pero acuérdate de tomarte un Omeprazol un rato antes, que luego esas cosas te sientan mal por la noche en el estómago.

—Descuida, ya me he metido uno en la cartera por si acaso se me olvidara.

Así era yo, siempre pendiente de todo el mundo. Mejor dicho, soy, y es que, cuando se nace con una condición, difícilmente se cambia, como ya dije a colación de los celos natos de Martín.

En la caseta Municipal no había demasiada gente aún, pero tampoco es que quedasen ya muchas mesas libres para elegir. De hecho, tuvimos que coger una doble, dispuesta para seis comensales.

E hicimos bien, ya que poco después aparecieron por la entrada Jaime y Toni y no precisamente vestidos con bata verde, como es lógico. Pero tampoco de paisanos. El dúo sanitario venía bien preparado para la ocasión, enfundados ambos en sus respectivos trajes cortos, sombrero de ala ancha incluido.

—¡¡Hey, pareja, no veas si venís chulos los dos!!! —les dije cuando se nos acercaron.

—Qué menos, ¿no? Es lo que requiere la ocasión —soltó Toni.

—Bueno, tú sabes, pero aquí tu amigo Martín pasa del tema. No consigo meterlo en vereda ni a la de tres.

Juro por Dios y por todos los santos del cielo que no lo dije con ninguna maldad, pero la mirada de reojo que me echó mi novio me dejó tiesa, aunque tiesa del todo me quedaría algo más tarde con lo que mis ojos presenciarían. Como una estatua, vaya. ¡Qué fuerte!

Por fortuna, ese pequeño “incidente” causado por mi inocente comentario no fue a mayores. Martín se levantó a pedir unas cervezas para sus amigos, momento en que Jaime, pese a ser una persona de lo más discreta, aprovechó para interrogarme.

—¿Va todo bien entre vosotros, Lorena?

—Sí, tranquilo. Es solo que está un poco susceptible últimamente, no sé por qué.

—Vale, es que me ha parecido que no le ha hecho ninguna gracia lo que has dicho.

—Ya, ya me he dado cuenta. Como comprenderás, no lo he dicho con mala intención, es solo que me gustaría que me hubiera dado ese capricho. Aunque sé que es algo que no le gusta, le había

pedido varias veces que hiciera una excepción y se buscara un traje campero, ya que yo me he vestido de flamenca.

—Pues no será porque no tenga perras el titi y no pueda permitírselo —dejó caer el zalamero de Toni.

—Ya te digo, pero no ha habido manera humana. ¿Qué se le va a hacer?

Entre bocado y boca, me marqué unas cuantas sevillanitas en el tablao con el simpático enfermero y las dos horas posteriores a la llegada de la pareja fueron transcurrieron con normalidad. En otras palabras, divirtiéndonos los cuatro, pero sin nada reseñable.

—Voy a salir a fumarme un piti —anuncié cuando el mono de tabaco ya me estaba pasando factura.

—Ahora, con eso de que no se puede fumar en ningún establecimiento, lo lleváis crudo los fumadores —Una verdad como un castillo, lo que saliera por la boca de Jaime—. A ver cuándo te planteas dejarlo, chiquilla, ¿tú sabes lo malo que es eso para la salud?

—Lo sé de sobra. Y para el bolsillo, pero ya sabes cómo son los vicios. Algún día lo dejaré, te lo aseguro.

—Tú misma, Lore. Quizás te vendría bien darte un paseíto por el servicio de radiología de mi hospital y ver alguna radiografía de pulmones de fumadores.

—¡Ay! Calla, por favor, no me hables de eso ahora.

Con esas palabras corté la conversación del tabaco y fueron las últimas antes de encaminarme hacia la salida. Ya en la puerta, eché mano al móvil y me topé con un WhatsApp de mi prima Lucía en el que me preguntaba si estaba en la caseta de siempre.

No podía ser, pero me puse tan nerviosa que ya no quise perder tiempo respondiéndoselo y la llamé del tirón. El mismo ruido de fondo al descolgar, donde se mezclaban la música de las casetas y el *tiroriro riro riro riro riro* de algunas atracciones como los coches choque al ponerse en marcha, corroboró mi hipótesis. Mi prima estaba en la feria de Málaga y más cerca de mí de lo supuesto.

—¡Loquita! Mira para tu derecha, que ya te veo desde lejos —me pidió.

Le hice caso y pude distinguir su inconfundible silueta desde la distancia. Bueno, más que nada, la reconocí por el llamativo traje de flamenca en verde pistacho que había estrenado el año anterior sobre aquel mismo albero.

Mi alegría fue mayúscula al verla acercándose, pero el colmo de los colmos era que no venía sola, sino acompañada de un chico y una chica, vestidos también como estaba mandado en semejante fiesta. ¡Y estos eran nada más y nada menos que George y Cecilia!

No podía ni creerme lo que estaba viendo, es más, incluso afiné la vista para cerciorarme de que eran ellos. Y tanto que lo eran. Lo malo es que mi felicidad inicial pronto dio paso un repelús que me puso la piel de gallina cuando caí en lo que eso suponía; a ver cómo le explicábamos a Martín quien era el chico y qué cara se le quedaba.

Mi prima me dio un abrazo que casi me parte las costillas, Cecilia me dio dos besos sin mucha efusividad y George, sonriente, otros dos en las mejillas, cosa que me extrañó pero que atribuí a que quizás no quisiera emborronarme los morros con el pintalabios.

—Relájate, que ya me he encargado yo de todo por ti, pequeña sufridora —me soltó Lucía, anticipándose a que le expusiera mis temores.

—¿Qué vamos a decirle?

—Pues muy sencillo. Esta es tu hermana y no hay mucho que decir de ella, en cuanto al caballero aquí presente, es un compañero especial de servidora. Y no te agobies, que ya le he

puesto un poco en antecedentes de lo tuyo con el Martincito.

—De los cojones, ¿no?

—Eso. Ya lo sabes tú que cada día me cae mejor tu Romeo.

George nos miraba atentamente a las dos. Supongo que, en mitad de aquella explicación, buscaba desesperadamente algún gesto, alguna palabra, algo por mi parte que le indicase que le había merecido la pena caer en “Malaga” en aquellas condiciones.

Pero, aunque a mí me gustaba muchísimo ese hombre y volver a verle había sido un flash, tenía que andarme con pies de plomo. De lo contrario, la tangana a mediodía con Rosa iba a ser chica comparada con la que se podía liar entre los dos hombres si Martín llegaba a darse cuenta de quién era realmente ese estadounidense vestido con chaquetilla, fajín y botas camperas.

No hubo ningún problema en ese sentido. Y en ningún otro, afortunadamente. Martín se llevó también una sorpresa tremenda al verme regresar acompañada por aquel curiosísimo e inesperado trío y, tras las presentaciones entre todos ellos, agarró una silla libre de la mesa de al lado para que todos pudiéramos sentarnos.

Así fue como, de ser tan solo dos, pasamos a ser siete en aquella caseta. Siete hasta entonces, porque no tardó mucho más en dejarse caer también por allí Nazaret, a sabiendas de que nos encontraría en ella sí o sí.

Mi entusiasmo crecía por momentos, y es que, ¿cómo haber imaginado mientras me arreglaba en mi casa para verme a solas con mi novio que compartiría la noche con tan variopinta tropa?

Los dos buenos amigos, mi queridísima prima, mi hermana gemela, mi entrañable amiga desde niñas, mi novio y... ese otro hombre que, a pesar de no serlo, ya se había instalado irremediabilmente en mi corazón, me gustase o no reconocerlo.

Cecilia estaba alucinando con el ambiente. Una cosa es que tú hayas visto mucha feria en fotos o vídeos y otra vivirla de primera mano. Muy simpática tampoco es que se mostrase la criatura de entrada, pero había que entenderla.

Era humana como cualquiera y, el mismo impacto que me causara a mí en su día enterarme de todo aquel follón de familia, le causó a ella enterarse del mismo pastel, con todo su golpe de niña rica.

Quien se haya encontrado en una situación parecida sabrá bien de lo que hablo. No obstante, se tomó sus copitas de fino como los demás y poco a poco se fue soltando.

—A esta la hago yo bailar, ¿qué te apuestas? —me preguntó Martín en un momento equis de la noche, para mi pasmo total.

—Déjame que lo dude. Eso tendría que verlo con mis propios ojos.

Pues lo vieron también, señores. No es que se levantara tan alegremente de su silla, pero tampoco se hizo mucho de rogar. Fe de su poca gracia moviendo los brazos y dando vueltas como una peonza por el tablado, dan los tres cortos vídeos que les grabé para inmortalizar el improvisado “show” que se marcaron ambos.

Todo era aparentemente natural bajo los focos de aquella caseta donde bailaba hasta el gato. Sin embargo, una serie de miraditas que se cruzaron entre ellos con disimulo, me hicieron ver que quizás no fuese todo tan normal como parecía a simple vista.

Lo que sí era ya un descaro absoluto antes de la música se apagase y la gente fuera abandonando el recinto en que nos encontrábamos era el rollito que se traían Nazaret y Toni. ¿Sería posible que de aquel lugar surgiese una nueva pareja?

El tiempo diría. Lo único claro a las seis de la mañana era que había llegado la hora de retirarse casa uno a sus respectivas casas y, cómo no, a Cecilia le correspondía la mía.

Había llegado la hora de ponérsela por delante a mi madre; ese momento soñado por el que tanto había luchado y que pareciera que nunca fuese a llegar...

Capítulo 21

—Siento un poco de vergüenza —me comentó Cecilia cuando íbamos en el coche de Martín de camino hacia mi casa.

—No te preocupes ahora por eso ni lo más mínimo. Te entiendo, es normal, pero ya verás qué linda es nuestra madre.

Al decir lo de “nuestra madre” me sentí una miaja extraña, puesto que yo había sido toda la vida “hija única” hasta que me enteré de la existencia de Cecilia. La vida es así de caprichosa; había tenido que irse hasta allí mi prima Lucy a estudiar para que hubiéramos tenido la oportunidad de conocernos, aunque fuese tantos años después.

No a Londres ni a Washington, no, sino justamente a Miami, donde mi hermana vivía su vida a tutiplén, tan ajena como yo a lo que había. Con las mismas, el destino me había puesto en el camino a otro hombre que estaba haciendo que los pilares de mi relación con Martín se tambalearan a marchas forzadas. ¿Qué estaba sucediendo?

Mis meditaciones se cortaron de raíz cuando este frenó ante mi portal para que nos bajásemos del coche para subir a casa. Aún no había amanecido y, como es natural, mi madre debía dormir a pierna suelta, ya que vi todas las luces del piso apagadas cuando levanté la cabeza y miré hacia las ventanas.

Cecilia, con todo su golpe de “corte”, andaba bastante sueltecilla por las copas que se había metido entre pecho y espalda en la feria. Chisposa, dicho con otro término.

Le dije que procurase no hacer mucho ruido al entrar para que mamá descansara, y es, a pesar de mi entusiasmo por contemplar la cara que pondría cuando al fin tuviera delante a su otra hija, habíamos pactado no despertarla.

Pensé que sería mejor así, puesto yo conocía bien a mi madre y las emociones fuertes más de una vez no habían costado un disgusto al darle un subidón de tensión.

No me atrevía a despertarla poniéndole ese pastel tan gordo ante sus ojos. Lo de tan gordo es un modo de hablar, porque de gorda no tenía Cecilia ni un pelo. Al revés, estaba segura de que mi madre, en cuanto la viese, le espetaría en toda la cara que le hacía falta un buen cañonazo de potaje de tagarninas.

Pero una cosa son los planes que una haga y otra muy distinta lo que luego suceda. Al entrar a oscuras con todo el sigilo posible, un traspies de mi hermana con aquel viejo paraguero de cerámica que teníamos presidiendo la entrada, hizo que este se diera tal trastazo contra el suelo que se partió en dos, armando de paso el ruido suficiente como para despertarla.

—Lorena, hija, ¿estás ahí? —le escuché decir desde su cama.

—Sí, mamá. Ya he vuelto. Sigue durmiendo.

—¿Qué ha sido ese golpe?

Encendió la luz de su dormitorio, por lo que deduje que se iba a levantar, me pusiera como me pusiera.

—Corre, métete ahí detrás de la puerta del baño —le ordené a Cecilia.

—¿Ahí?

—Sí, y cállate la boca un momento, hazme el favor —añadí, llevándome un dedo a los labios para hacerle entender mejor mi petición de que guardase silencio.

Solo pretendía ganar un poco de tiempo para poner a mi madre en antecedentes. Lo que no preví es que ella, como solemos hacer todos, lo primero que haría sería ir al baño según se levantara.

Traté de impedirlo, pero lo conseguí nada más que por un mísero minuto. Ni a eso llegaría. Apareció por el pasillo a oscuras y apoyó una mano contra la pared, con el brazo extendido.

—¿Qué tal, hija mía? ¿Cómo ha ido la noche? ¿Y ese golpe que he escuchado?

—Lo siento, mami, pero me he tropezado con tu queridísimo paragüero y lo he roto en dos cachos. Bueno, ya estaba para jubilarlo con tantos picotazos, así que te regalaré otro.

—Bah, eso es lo de menos. ¿Qué tal os lo habéis pasado?

—Bien, mamá, bien. ¡Espera! —grité cuando se giró para dirigirse al baño.

—No, espérate tú un momento y ahora me cuentas lo que quieras, que me estoy orinando, hija.

No pudo. Al menos en ese momento. Pegó tal chillido cuando fue a abrir la puerta de par en par para entrar y se encontró de sopetón con el bulto tras ella, que creo que debieron escucharla tres calles más allá.

Al susto por encontrarse de sopetón con alguien que no esperaba ahí dentro, debió de unírsele el impacto por comprobar de quien se trataba.

—¿¿¿Cecilia???? ¡¡¡Dios mío, mi niña!!!!

—Hola.

Eso fue lo único que le ocurrió decirle a la muy sosona antes de poder evitar que mi madre se abalanzase sobre ella para besuquearla por todo el rostro y el cuello como si se le fuera a escapar.

Lloraba si tenía que llorar, la pobre. Mi hermana me miró y sonrió. Le devolví la sonrisa y le hice un gesto con la mano como diciéndole “ahí la tienes, guapa, anda y sé un poquito más cariñosa con ella”.

Una de dos, lo entendió perfectamente o salió de ella al ver lo que suponía para nuestra madre el tenerla entre sus brazos, porque ahí fue cuando realmente reaccionó como debía y comenzó a besarla con cierta ternura. Incluso le acarició el pelo, sin haberse podido zafar todavía del abrazo.

—Venga, mamá, suéltala ya y vamos a la cocina para preparar un buen café, que falta nos hace a todas. Ahora te cuento mientras desayunamos.

—Eso, eso, que tenéis las dos mucho que contarme.

Ya en la cocina, mi hermana miraba hacia todas partes en tanto que acababa de hacerse el café, poniendo unas expresiones complicadas de describir. No diré que de desprecio, pues eso tal vez sería pasarme.

Pero supongo que en su interior debía estar comparando nuestros enseres y el mobiliario en general con aquel que había dejado en Miami y, en la comparativa, salíamos perdiendo a base de bien. De eso no me cabía la menor duda.

Nada tenía que ver nuestra sencilla cafetera con más años que la tana con el súper cafeterón que debía haber sobre la encimera de la cocina de su mansión estadounidense.

Quien dice eso se refiere igualmente al antiguo fregadero de aluminio lleno de arañazos por el uso o las descascarilladas sillas de enea sobre las que nos sentamos para desayunar.

De todas formas, si su sino era quedarse allí con nosotras, ya podía irse acostumbrando porque eso era lo que había. Y a mucha honra, como digo siempre.

Cecilia le dio unos cuantos sorbos al café, pero a los bollitos de chocolate que puso mi madre en una bandeja les hizo el caso de la pared. Ni los miraba. Cuando aquella se percató, metió baza.

—Hija de mi corazón, cómete un dulcecito, no te vas a tomar el café solo.

—No, que el cacao engorda mucho.

El cacao... qué fina ella, ¡la leche que le dieron a mamar! Ese, ese debió ser uno de los problemas, la leche con la que la criaran. Pongo mi mano en candela sin temor a quemarme cuando digo que, de haberla amamantado mi madre al igual que lo hiciera conmigo, fijo que nos habríamos parecido un poco más.

Lo de que fuésemos prácticamente idénticas era solo por fuera. Por dentro, poco o nada teníamos que ver, según lo que yo había visto hasta entonces.

—¿Qué engorda mucho? ¡Será porque tú estés como una pelota y no te lo puedas permitir, vamos! Un buen potaje de cardillos es lo que te hace falta a ti, criatura.

¡¡Hijiiii!! No acerté de milagro con mi predicción culinaria, pero para el caso lo mismo era lo uno que lo otro.

—¿Qué es un potaje, Lorena?

El que me lo preguntase a mí directamente me dio a entender que se debía a que tenía más confianza conmigo que con ella a raíz de las horas compartidas en el recinto ferial, con lo cual comprendí que en breve la iría cogiendo igualmente con nuestra madre. Solo era cuestión de darle tiempo al tiempo y todo estaría al fin colocado en su sitio.

Aunque las tres estábamos alteradillas por lo emocionante de la situación, el cansancio empezó a hacer mella en nosotras dos tras la juerga nocturna, con que decidimos echarnos a dormir un rato a dormir.

De haber sabido mi madre con antelación que tendría tan especial huésped en su casa al amanecer, seguro que habría trasladado la cama de ochenta de la habitación de invitados a la mía para que hubiéramos dormido juntas, pero no había sido así.

Por consiguiente, Cecilia y yo dormimos en habitaciones distintas pero separadas tan solo por un fino tabique de ladrillos; algo por lo que siempre había suspirado desde niña, es decir, por tener ahí al lado una hermana con la que compartir mi día a día...

Quizás para compartir tanto como el día a día ya fuese un poco tarde, pero ya se vería lo que daba de sí en el futuro nuestro encuentro. Por cierto, en dicho encuentro tuvieron mucho que ver, como yo imaginaba, la actuación de Barton y Susan, la chica con la que se largó de la fiesta en casa de George en un pedazo de cochazo.

El pobre George había empleado todas las armas a su alcance para conseguirlo y tiró de ellos para que intercedieran, viendo que yo me había tenido que largar de Miami con el rabo entre las piernas y el posterior interés de Lucía por traérmela hasta España, aunque fuese arrastrándola por los pelos.

Con esos pensamientos me quedé dormida a una hora en que los rayos de sol ya comenzaban a dar la vara queriéndose meter a toda costa por las rendijas de la ventana. Fue el pitido de un WhatsApp del inoportuno de Martín lo que puso fin a mi plácido sueño a eso de las doce. ¡Qué coño haría él levantado tan pronto, cuando también se había acostado a las tantas!

Y, encima, nada más que para enviarme un escueto “¿todo bien?”. La cosa tenía timba. “Todo bien”, fue lo único que le contesté de mala gana. Y que diera gracias. Apagué el móvil y me eché nuevamente a dormir...

Capítulo 22

Mi sensación era de felicidad total. Y no precisamente por Martín, que respecto a ese no sabía ni que lo pensar, pero sí en lo concerniente a mi madre, que estaba como unas castañuelas.

—¿De dónde vienes, mamá? —le pregunté cuando la vi aparecer por las puertas cargadita de todo.

—Pues de dónde voy a venir, hija de mi alma, del mercado, que no quiero que a mis niñas les falte ni gloria bendita.

—¿Faltarnos algo a nosotras contigo? Déjame que lo dude, mamá.

De todo, la criatura había traído absolutamente de todo en aquel canasto de mimbre tan típico que yo le había visto desde pequeña: naranjas de zumo, mango, kiwis, ciruelas, sandía... Un compendio de color con el que daría luz a una mesa ya de por sí mucho más iluminada que nunca.

—¿Y tu hermana? ¿Se ha levantado ya? —Los ojos le brillaron más que nunca en la vida a la hora de preguntar por ella.

—No, mami, Cecilia está en los siete sueños, que entre el *jet lag* y el jaleo de la feria, no veas si debe tener una paliza en el cuerpo.

—Cariño, me has dado la alegría de mi vida esta noche, ¿lo sabes?

—Mami, pues en gran parte se lo debemos a George, que lo sepas. ¿No crees que deberíamos invitarlo también a almorzar?

—Eso está hecho, Lore y a tu prima Lucy también, que yo he traído comida para un regimiento.

Mi madre nunca habría tenido donde caerse muerta, pero a generosa no la ganaba nadie, no tenía un pan suyo.

Llamé a George y no pudo reprimir un gritito de júbilo al escuchar mi ofrecimiento.

—Dile que aceptamos y que estaremos en la tuya casa en un ratito...

—Sí, sí, que al fin y al cabo nos hemos levantado a las tantas y si no vamos a almorzar a la hora de la merienda.

Pero no, cuando hay prisa hay prisa y en cuestión de media hora ya estaba el americano tocando el timbre como si no hubiera un mañana.

—Chiquillo, que me lo vas a quemar... ¿Se puede saber lo que pasa? —le pregunté al abrir mientras me fundía con él en un fuerte abrazo.

—De sobra sé yo lo que te podría fundir a ti este, que vaya carita que se te pone cuando lo ves.

—Mi prima me hizo un gestito que indicaba lujuria por los cuatro costados.

—¿Qué son esas voces? —Cecilia venía frotándose los ojos por los pasillos.

—Ains, mi niña, toma un zumito de naranja. —Le ofreció mi madre antes de que pudiera decir ni mu.

—Es que yo recién levantada no puedo tomar nada...

—¿Qué dices? Estos son vitaminas, hija mía, que tú y yo necesitamos restablecernos después de tantos sustos.

Mi hermana comprendió que tenía que tomárselo sí o sí y, para nuestra risa, comenzó a dar pequeños sorbos como si en vez de un zumo se tratara de un purgante.

—No os riáis.

—No, si te parece vamos a llorar —le contesté y a continuación le presenté a George a mi

madre.

—Mira, mamá, aquí está el tunante que se ha empeñado en traer a la gamberra de tu hija de cabeza.

—Ay, chiquillo, que Dios te lo pague con una buena novia —dijo y las carcajadas de mi prima Lucy se escucharon hasta en Honolulu.

—Mamá, déjalo, no lo agobies.

—Si no me agobia, mujer, una novia es buena cosa —le respondió él.

—Una buena novia, prima, este lo que necesita es una buena novia —me decía ella partida de la risa.

Allí había guasa a esportones...

—Pues que la busque en otro lado, que yo ya tengo novio —sentenció por los bajinis.

—Dos telediarios te quedan a ti con ese después de que haya aterrizado aquí el americano... —me comentó ella en el mismo tono.

El almuerzo fue una auténtica fiesta y tras él mi prima dijo que se le había antojado un helado.

—Tata, tú también te vienes —insistió.

—De eso nada, hija, que yo tengo mucha faena, aquí hay un fregado que no se lo salta un galgo.

—¿Qué? Para eso estamos los jóvenes, que tú ya has hecho la comida, anda que no estaba bueno todo. Ahora a fregar los jóvenes, ¿tú qué dices, Cecilia? —se dirigió a mi hermana y a esta por poco se le salen las bolas de los ojos.

—¿Fregar? —Se miró las uñas esas de pitiminí que traía y mi prima volvió a la carga.

—Fregar, hija, fregar, que no se te van a caer los anillos por eso, ¿tú has fregado alguna vez? —le recriminó, pero en buen tono.

—Yo, nunca —nos comentó con total sinceridad como no sabiendo por dónde iban los tiros.

La cara de mi hermana no la olvidaré mientras viva cuando Lucy le dio los guantes de látex y la cazoleta para que la dejara como los chorros del oro. Ni coger el estropajo sabía la pobre mía.

—¿Así? —nos preguntaba.

—Bueno, así, pero con más gracia —a Lucy no le dolían prendas en ponerla a fregar y a lo que hiciera falta.

—Lucy, deja a la niña, que seguro que ella no ha hecho esto en su vida —le decía la buenaza de mi madre mientras que mi hermana la miraba con gana de que le perdonara la vida.

—Pues ya va siendo hora, que esto es de lo más sano que se puede hacer, tata, que la niña no se va a romper.

—Yo también echo una manita a “fregar” —ya estaba George preparado con un mandil, de lo más mono.

—¿No es para comérselo? —Mi prima me sacaba la lengua por detrás de él mientras yo lo miraba y, aunque no lo confesara, se me caía la baba.

Sí, mal rayo me partiera que mi cabecita estaba loca como una yegua. Martín, por un lado y George por otro... Lo malo era que la desconfianza se estaba adueñando de mí por momentos con respecto a mi novio. El incidente con la arpía de Rosa me había escamado más de lo que él pudiera imaginar...

Terminado el fregado, que hicimos en un plis entre todos, nos fuimos a tomar ese helado que tanto nos apetecía. Mi madre nos acompañó, porque por mucho que dijera que fuéramos los jóvenes, en el fondo estaba deseando compartir un ratito de confianzas con mi hermana.

Cecilia, por su parte, no es que fuera precisamente de lo más dicharachera, aunque se manejaba a la perfección en castellano, no ya solo porque su familia también lo hiciera, sino porque sus

amigos latinos le habían ayudado a que así fuera.

—Hija mía, no es que hables mucho, pero cuando lo haces sube el pan y baja el vino, qué requetebién te explicas —le decía mi madre, que la llevaba cogida por el brazo.

—Es que los idiomas siempre se me han dado muy bien, también hablo francés, alemán y ruso.

—En alemán quisiera yo escucharla, que eso es como decir Zaragoza con un polvorón en la boca —me comentó mi prima mientras me cogía también del brazo.

Aunque el que se notaba con ganas de cogerme del brazo o de cualquier otro sitio era George, que no paraba de mirarme de arriba abajo embelesado.

—Si nos encontramos con Martín, pégate a George como una lapa, ¿eh?

—Que sí, pesada, y eso que te voy a decir una cosita, aunque me da hasta un poco de apuro.

—¿Apuro a ti? Y yo me chupo el dedo, si tú no sabes lo que es eso...

—Venga pues voy, que resulta que yo diría que Martín miraba ayer mucho a tu hermana en la feria.

—Ya, yo también me fijé, pero supongo que será porque le llamaría la atención vernos tan igualitas.

—Bueno, bueno, yo no me fiaría tanto, que tu novio es un pájaro de cuenta, me parece a mí.

—Oye, ¿tú no pensarás que le van los tríos o algo de eso?

—Cosas más raras se han visto, que ahora parece que esto está de moda, pero no he pensado eso, la verdad. Yo más bien creo que se sintió atraído por la novedad.

—Mira, prima, palabra que de esta salgo yo majara, ya no sé lo que quiero ni de quién.

—Pues a mí mi intuición me dice que lo que tú quieres es un buen revolcón de George y ya después, si eso, lo que surja —bromeó.

—No te digo que no —George se reía con los disparates de mi madre mientras Lucy y yo cuchicheábamos—, pero el problema es que no le veo futuro.

—Es verdad, no había caído, mira que tiene miga la cosa, no darme yo cuenta de que lo vuestro es imposible, más tonta y no nazco. —Me sacó la lengua mientras la ironía corría por sus venas.

—No le demos más vueltas, anda, que al menos con Martín tengo novio, pero emparejarme con George iba a ser como el que tiene un tío en *Graná*, que ni tiene tío, ni tiene *ná*...

Una vez que nos sentamos todos en la mesa, pedimos unos helados que hicieron nuestras delicias.

Ahí Cecilia se soltó más la melena y comenzó a contarnos que le parecía imperdonable lo que había hecho nuestro padre, al que calificó de malnacido y cobarde.

—No seas tan dura con él, hija mía. —Mi madre le acariciaba la cabeza mientras la miraba con todo el amor del mundo.

—¿Cómo puedes defenderlo después del daño que te hizo? —le preguntaba ella.

—El daño es irreparable ya, no puedes imaginarlo, Cecilia, pero sé que en el fondo todo se redujo a una maniobra orquestada por tus abuelos, que esos sí que tenían mala leche acumulada.

—Ya, pero mi padre lo permitió, se las ingenieron para sacarme ilegalmente del país. Si es que debieron ir todos a la cárcel por aquello, fue inhumano.

—Inhumano sería, pero la colección de bolsos de Dior que te has agenciado tú, esa es impresionante, prima. — Lucy comenzaba a tratar a mi hermana con más familiaridad y se permitió soltarle tal disparate. Por su parte, Cecilia le correspondía en su línea sosa, pero con más aprecio.

—¿No es ese tu novio? —Miró Cecilia en ese instante en dirección hacia donde yo estaba sentada y me di la vuelta.

—El mismo que viste y calza —le dije enfurecida al ver que su acompañante era, nada más y nada menos que Rosa.

—¡¡Te lo dije!! —me soltó Lucy con voz cantarina.

Capítulo 23

Mentiría si dijera que lo vi me quemó la sangre. No fue así, en el fondo me sentí incluso aliviada...

Con esto no quiero decir que, en vez de la mencionada sangre en las venas, tuviera horchata. No es para nada el caso, pero en lo más interno de mi ser yo ya sabía que para mí y en aquel momento, donde se ponía George no se ponía ya Martín.

Eso era así aquí y en Pekín, por lo que me negué en rotundo a volver a hablar con el que me había comido el coco tanto tiempo...

—Prima, ¿cuándo os volvéis para Miami? —le pregunté en aquel momento.

—Pasado mañana, ¿por?

—Porque a mí me queda otra semana de vacaciones y me voy con vosotros, así tenga que pedir un préstamo para pagarme el pasaje.

—¿Qué dices, mi niña? —Mi madre se alarmó.

—Mamá, te dejo una semana con la hermana, hablaré con Servando ahora, necesito cambiar de aires.

—Pero Martín ni siquiera te ha visto, hija, tendrás que hablar con él, que te dé una explicación de lo que está pasando.

—Que le dé la bendita explicación a Rita La Cantaora, mami, que a mí no me hace falta ninguna.

El principal beneficiado por la situación, como no podía ser de otra manera, fue George quien se mostraba pletórico.

—Nada de préstamos, yo pagar el billete de ti...

—Y después pagarte unas clasecitas de castellano para terminar de ponerte al día, amigo —le indicó Lucy, que no podía ser más graciosa.

Sí, así de alocada fui. A decir verdad, me daba ya exactamente igual lo que tuviera que decirme el caradura de Martín. Por mi parte, como si quería ventilarse a Rosa en plena calle Larios, allá películas.

—Mami, ¿no te importa? Necesito cambiar de aires unos días y te dejo en la mejor compañía. —Miré a mi hermana y ella asintió con la cabeza.

—Pero en una semana te quiero aquí, que nos vamos a ir las tres al viajecito ese a Benidorm que tanta ilusión me hace, ya le diré yo a Servando que te dé algún día más, que seguro que él puede hacer algo.

—Mami, mucha confianza te veo yo con mi suegro —dije entre risas y George carraspeó, que lo de “suegro” no debió hacerle ni chispa de gracia.

—Sí, hija, que no para de hablarme por WhatsApp desde que me lo presentaste.

—Pues aprovéchalo, mami, y que todo quede en familia.

—Muy afectada no te veo por tu ruptura, hermana —bromeó Cecilia.

—No, te garantizo que no voy a ir como la Zarzamora, llora que llora por los rincones. —Le hice un gestito aflamencado.

—¿Qué es la Zarzamora? —preguntó ella con gesto extrañado.

—La Zarzamora, Cecilia, cultura popular andaluza cantada por Marifé de Triana, un fenómeno

sobre el escenario. —Mi madre la ilustró enseguida.

Aquella conversación quedó ahí y en breve, Lucy, George y yo estábamos subidos en el avión, rumbo a Miami.

—¿Martín te está molestando? —me preguntó él.

—Lo tengo archibloqueado, guapo, no te preocupes...

No, Martín no volvería a molestarme porque por mí como si se tiraba por la azotea de su bloque. Yo por fin había visto las cosas claras y quería estar con George, todo un amor y mucho menos celoso que él.

Llegamos a su casa y en esta ocasión sus padres sí que estaban. Tanto Carl como Jane contaban con el mismo agrado que su hijo y me acogieron entre algodones.

—¿Te hace una de surf? —me preguntó él a la mañana siguiente de llegar.

—Claro que me hace, amor...

Sí, porque era mi amor y porque el amor fue precisamente lo que hicimos esa primera noche, pues sus padres nos permitieron alojarnos juntos en su dormitorio.

Fue de lo más curioso porque resultó que George y yo ni siquiera lo habíamos hablado entre nosotros, pero cuando los tuvimos frente a frente ambos les confesamos que teníamos muy claro que éramos una pareja.

Eso sí, una pareja separada por miles de kilómetros... ¿Cómo lo haríamos?

Me hizo gracia recordar que, antes de nuestra partida, Cecilia me dio un fortísimo abrazo y me comentó que nos habíamos cambiado los papeles, que ahora era ella quien estaría en Málaga y yo en Miami, pero nada más lejos de la realidad...

En mi tierra, yo las tenía a ellas, a Nazaret, a mi trabajo... No podía renunciar a tanto, no sabía cómo hacerlo, aunque la idea de separarme de mi chico me hacía delirar de dolor.

—¿Tú estás sufriendo porque yo me quedo aquí en unos días? —me preguntó camino de la playa.

—Una *jartá* —le contesté.

—¿Qué es una *jartá*?

—Pues una barbaridad, chiquillo, lo mismito que yo te quiero —le dije.

—¿Tú quieres a mí? —me preguntó él con ojos hechizados.

—Sí, una *jartá* —le repetí.

—Pues si tú quieres a mí, yo me voy contigo a Malaga —asintió con total decisión.

—A Málaga, es a Málaga, pero ¿cómo va a ser eso?

—Porque yo tengo un currículum cum laude, no es problema. Puedo estudiar donde quiera.

—Ya, ya, un currículum cum laude y una cartera llena de billetes, porque si no ya te diría yo donde ibas a estudiar tú...

Creí que lo decía en broma, que sería un anhelo expresado en alto y que en pocos días yo volvería a la realidad, llegando a Málaga, como la una; esto es, sola.

Pero no, la vida a veces te da unas sorpresas que hace que se te descuelgue la mandíbula y que necesites ambas manos para recogerla. Eso fue lo que me ocurrió a mí cuando George avisó a sus padres horas después de que en unos días se trasladaría conmigo a España para terminar allí sus estudios.

¡¡Toma ya!! Al final yo también había nacido con estrella, lo que pasa es que no estaba al tanto de la cuestión.

Lo comprobé cuando me senté a su lado en aquel avión que nos llevaría de vuelta a España, con las manos tan entrelazadas como nuestras enamoradas miradas.

Atrás quedaron unos días maravillosos en los que logré hacer mis primeros pinitos en el surf y en el que comprobé hasta qué punto quería él implicarse en mi vida... Unos días felices de los que conservaríamos un millón de imágenes, entre las que destaca aquella en la que salgo poniendo los dedos en “V” en señal de victoria al coronar mi primera ola.

Sus padres, lejos de lo que podría pensarse, se tomaron con toda la deportividad del mundo su decisión e incluso nos prometieron que en breve vendrían a visitarnos.

—Tú y yo vamos a dormir todas las noches juntos, yo alquilar un buen piso con terraza —me anunció mientras el avión despegaba y me dejó anonadada.

—¿Así, sin más? —le pregunté con un nudo en la garganta.

—¿En tu país necesitáis un permiso del rey o algo? —Me miró con aquella sonrisilla de medio lado que tantísimo me gustaba.

—No, no necesitamos nada, prepárate porque te voy a hacer tan jodidamente feliz que no te vas a acordar de Miami ni de la madre que te parió. —Le pedí perdón por esa última parte, que no era literal, pobre de su madre...

—Ya me has hecho “jodidamente” feliz, ¿no se dice así?

—Más o menos, más o menos. —Reí mientras iba digiriendo todo lo bueno que me estaba pasando a marchas agigantadas.

Al llegar a Málaga no tardamos más de dos días en encontrar el ático ideal que nos sirviera de nidito de amor. Además, lo pillamos sin muebles y las primeras semanas fueron de lo más divertidas, amueblándolo y decorándolo a nuestro gusto.

Así las cosas, el viajecito de marras a Benidorm al final fue de cuatro y no de tres, pues George se apuntó. La idea era vivir felices y comer perdices, aunque la misma felicidad era la que embargaba a mi madre después de que mi hermana le dijera que se quedaba definitivamente a vivir en Málaga.

Y, por si algo le faltaba a la buena mujer, lo suyo con Servando parecía también ir afianzándose poco a poco... Yo cada día le pedía al cielo que así fuera porque si alguien merecía ser dichosa, esa era la que nos había traído al mundo a Cecilia y a mí... Y con que fuera la mitad de dichosa que yo comenzaba a serlo con George ya iba apañada.

Epílogo

3 años después...

Una boda doble, un sueño hecho realidad en nuestra familia.

—Mamá, estoy hecha un flan. No puedo creerme que las dos vayamos a casarnos el mismo día.

—Ni yo tampoco hija de mi vida, me siento feliz hasta decir basta, ni a soñar que me hubiera echado habría imaginado algo así en mi vida.

—¡¡Nos tenemos que ir ya!! —chilló Cecilia quien, en el poco tiempo que llevaba en Málaga, parecía haber dejado su parte sosa un poco al lado, volviéndose algo más salerosa. Vale, vale, algo, que tampoco es que fuera repartiendo la gracia a chorros, pero que una tiene que dejar bien a su hermana.

Las tres nos montamos en el coche, que llevaría a las dos novias... Un precioso coche de época con chófer y todo, gentileza de mi chico.

Un mensaje suyo de WhatsApp antes de salir hacia la iglesia me había advertido de que estaba contando los minutos para verme. Y él no era el único novio, que allí todo iba por duplicado.

Nos bajamos del coche y los vimos, mi George, guapo, guapo... Y el otro, pues también estaba hecho un pincel, no voy a decir lo contrario por el hecho de que fuera...¡¡Martín!!!

Sí, pese a lo que se pudiera pensar inicialmente, la otra novia no era mi madre, sino mi hermana Cecilia. La boda de mi madre y Servando ya se había celebrado un año antes, que ellos nos tomaron la delantera...

¿Cómo explicar que el novio de Cecilia fuera Martín? Pues muy sencillo, algunas veces las cosas no son lo que parecen y mi exnovio, que ahora iba a convertirse en mi cuñado, terminó siendo como aquellos justos que pagan por pecadores.

Voy por partes, que esto igual está pareciendo un poco lío, pero es que lo vieron mis propios ojos el día que estábamos todos sentados en la heladería, tenía una explicación. Martín se había enterado de que, tras la trifulca que Lucy y yo tuvimos con Rosa, esta se las había ingeniado para lograr un parte de lesiones falso que me apuntaba como agresora.

Sí, sí, que así se las gastaba la muchacha. Y lo que Martín intentó hacer aquel día fue disuadirla de sus oscuras intenciones a cambio de no revelar ciertos detalles escabrosos que conocía de su vida. Como quiera que eso no dejaba de ser un chantaje en toda regla, tuvo que quedar con ella personalmente para no dejar pruebas de la cuestión.

De esto me enteré yo a mi vuelta de Miami con George, pero, sinceramente, por mucho que fuera así, no cambió nada. Yo ya tenía claros mis sentimientos hacia el americano y no pensaba dar vuelta atrás.

Sin embargo, mi hermana Cecilia, quien quedó con él por lo muy insistente que fue al querer explicarle lo sucedido a la vista de que no podía contactar conmigo, acabó tocándole el corazón, algo que ya algunos vislumbramos el famoso día de la feria.

Total, que, con el paso de los meses, Cecilia y Martín se hicieron novios. Sí, fue con el paso de los meses y no de manera inmediata porque mi hermana le puso una serie de condiciones que tendría que cumplir sí o sí, como apencar fuerte en los estudios y tratarse esos celos tan mal llevados que le habían causado más de un dolor de cabeza. Y otros cuantos a mí...

Martín accedió a todo y lo cierto es que pareció darse la vuelta como un calcetín, pues en un

año estaba trabajando y sus celos de lo más moderados.

Sobra decir que Cecilia y yo, que en ese tiempo nos hicimos ña y carne, decidimos casarnos el mismo día, después de que nuestros respectivos novios (que también se hicieron amigos) se pusieran de acuerdo para pedirnos matrimonio a la par.

La ceremonia sería de lo más lucida y ambas llevábamos como damas de honor a Lucy y a Nazaret, quien por cierto ya estaba también enviada hasta las trancas con Toni, el enfermero de sus amores que además había logrado que el padre de mi amiga acudiera a las reuniones de Alcohólicos Anónimos y ahora estuviera rehabilitado.

—Hermanita, los tenemos atontados a los dos, mira las caritas con las que nos miran —le dije a Cecilia mientras que mi madre nos daba un beso a ambas, corriendo a ocupar después el lugar de madrina. Sí, sí, de madrina... un lugar que ocupó junto a mi suegra, porque allí todo iba por pares. En cuanto a Martín, como él no tenía madre, nada pudo decir al respecto.

Servando y mi suegro actuaron de padrinos. Un lío, que en la práctica no fue ninguno, porque todo salió a pedir de boca.

Mi hermana y yo lucimos para tan especial ocasión dos modelos conjuntados en corte sirena que quitaron el hipo a nuestros chicos cuando los vieron, con la salvedad de que yo combiné el mío con zapatos y ramo rojo, mientras que ella, tan fina como era, lo hice en verde mint.

Para mi madre, según nos sigue relatando en la actualidad, fue el día más feliz de su vida, al punto de que la anécdota de la ceremonia fue aquella en la que ella misma contestó el “Sí, quiero” antes que nosotras, dadas las ganas que tenía de vernos felices.

—Mamá... —le dijimos Cecilia y yo al unísono.

—Perdonad, preciosas, pero es que no puedo con la emoción.

Perdonada y más que perdonada, pues anda que no disfrutamos nada mi hermana y yo con aquellas fotos en las que, como si fuera una niña traviesa, se colocaba tras nosotras en cualquier lugar de la celebración, poniendo caritas.

No faltó ni un perejil en una boda que fue para Cecilia y para mí la culminación de un sueño; un sueño dorado en el que terminamos grabando un gracioso vídeo en el que recitábamos a dúo un “Dos de amor, por favor” mientras mirábamos embelesadas a nuestros ya maridos...